

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año 1.—Núm. 7

EMPRESA ZIG-ZAG
EDITORES PROPIETARIOS

Santiago de Chile, Octubre de 1909

DIRECCION:
CALLE TEATINOS 666

Precio: 1 peso

CUADROS CELEBRES



RETRATO DE REYNOLDS



Hechos y Notas

LA Primavera ha entrado, este año, como de contrabando en Santiago, entre muchas neblinas y días invernales, tal vez porque alguno de los diarios se ha olvidado, contra su costumbre clásica, de señalar su aparición en alguno de los párrafos en que de ordinario indica los acontecimientos nuevos. Pobre Primavera enfermiza y anémica, de tez pálida y ojos de japonesa, que apenas si se atreve á mostrar clandestinamente las flores sonrosadas de los duraznos, esas hojas de un color tan delicado y tierno que parecen como la expresión del pudor en la naturaleza, y las flores albas de los cerezos.

La Primavera, que hizo ya su entrada oficial en el almanaque, no la ha hecho de verdad en la vida. Por eso, la estación que debía ser de fiestas y diversiones, aparece fría y trasnochada. Es, propiamente, la *season*, como llaman los ingleses á esta época deliciosa del año. Se aprovecha el renacimiento de vida en la naturaleza, el brote de los árboles, la explosión de flores, la dulzura tibia de la atmósfera, la claridad del cielo para los *garden party* y para los bailes de fines de año, siempre los más hermosos y los más brillantes. Este año el cielo se ha portado mal, muy mal, con la sociedad santiaguina, dejando caer su lluvia intempestiva en dos de las más brillantes *matinéés* de la temporada, en las fiestas de las señoras Delia Matte de Izquierdo y Ana Luisa Ortúzar de Valdés.

La señora Delia Matte dió una excepcionalmente hermosa. Había invitado á Santiago entero, al Santiago social de todas las fiestas, al Santiago del arte y de las letras, al Santiago de la política. Lo que hay de más selecto en esos tan diversos mundos del pensamiento y del arte, de la diversión mundana y del *sport* político, se había dado cita en sus regios salones, en su casa de estilo señorial y de exquisito buen tono. Ese mundo, los dos mil invitados, tenían amplio espacio para circular en los hermosísimos y vastos patios de estilo andaluz; pero vino la lluvia é hizo una plancha tan grande como las de cierto amigo mío, una plancha atmosférica, y obligó á los invitados á circular por los corredores, vestíbulos y salones. La fiesta, con todo, resultó brillante, gracias á la amabilidad, á la distinción y al buen gusto exquisito de la dueño de casa que sabe mantener las grandes tradiciones de nuestra sociedad más refinada.

La señora Matte de Izquierdo ha tenido por madrina, sin duda, alguna de las hadas que puso en su canastillo esas condiciones tan raras, ó que tan rara vez andan juntas, de la virtud, la belleza, el talento y la personalidad. En ninguna circunstancia, en caso alguno podría ser vulgar, siempre será ella misma, con las distinciones innatas del espíritu y del corazón.

Toda reunión, en torno suyo, sea numerosa ó reducida, será siempre interesante. En esa fiesta se veía niñas bonitas, de las que recién salen, hermosas señoras de la nueva juventud—como quien dice de la última emisión—y bellezas reales, clásicas, mujeres que han metido ruido y que se impondrán donde se presenten, sea en Chile ó en el extranjero.

Nuestras mujeres son admirables, tipos vivos y raros de orquídeas humanas, en las cuales se une á la belleza fascinadora y magnética, un perfume de misticismo, un fondo religioso y sano, algo de noblemente ideal que la completa. Es la Beatriz de Dante, contemplada sobre el fondo de la selva oscura de la vida, inspirándole sentimientos hondos ó ideas altas. El molde en el cual se funden los destinos de un país está siempre en el alma de sus mujeres. Los espartanos y los romanos alcanzaron sus triunfos, antes que con las armas, con la educación y las ideas recibidas de sus madres. Son ellas quienes llevan á las almas infantiles esa fuerte contextura moral, la base de sentimientos que habrán de encaminarles en las luchas de la vida. El desprecio á la muerte, el sentimiento del honor, el amor á la patria, la honradez, la rectitud, han nacido en los espíritus de niños al calor del hogar. Y mientras el padre trabajaba, la madre, ocupada del cuidado de los hijos, iba sembrando en ellos los gérmenes de los cuales nacería más tarde el espíritu de sacrificio y de abnegación sin el cual no puede llevarse á cabo nada grande y duradero. Los observadores indiferentes, es decir, la mayoría, no se preocupan, de ordinario, en seguir la acción de la madre en la formación espiritual del niño. Creen que la educación es lo mismo que la instrucción; confunden el amontonamiento de principios intelectuales, de hechos, de leyes científicas y de estudios, con los cuales se recargan sus cabecitas, rubias ó morenas, con la base de educación moral y de sentimiento verdadero y levantado de la vida.

Los grandes pueblos son formados, en realidad, por las grandes mujeres, ó si se quiere mayor precisión de concepto, por las grandes madres. Es enteramente inexacto, ó más bien, sólo es parcialmente verdadero, el célebre aforismo de que fueron los maestros de escuela quienes dieron la victoria á los alemanes en la guerra de 1870. La instrucción es una fuerza enorme, sin duda, en el desarrollo de un pueblo, en su progreso, en sus triunfos, pero á condición de que sea dominada y dirigida por una poderosa contextura moral que sirva á manera de regulador y de brújula. Y esa brújula se forma lentamente, en la conciencia del niño, por la enseñanza de las madres, por la infiltración de buenos sentimientos y de nobles conceptos y de ejemplos inolvidables.

Como ha señalado, con razón, el príncipe de Braganza, en un estudio reciente sobre las mujeres chilenas, existe en ellas, junto con la belleza física incomparable, la nobleza moral y la delicadeza del tipo que valen más todavía, y que pueden producir romanos.

Sí, podemos ser los romanos, pero á condición de que mantengamos cuidadosamente en las mujeres chilenas un ideal de austeridad y de sencillez inconciliables con las frivolidades elegantes de la vida. Es preciso escoger entre los atenienses, con el culto supremo de la belleza y del goce, y los romanos, con el hondo sentimiento del deber y de la patria. Es preciso optar entre uno y otro tipo, del cual haya de salir el molde final de nuestra sociedad futura.

Para muchos tendrá, sin duda, atracción fascinadora la gracia brillante, la elegancia ligera, esa expresión encantadora y risueña de la vida creada por los griegos y reflejada en las líneas de su Partenón, en la cabeza y en el cuerpo de su Venus de Milo ó de su Apolo, en las delicadezas de Anacreonte, en la fuerza robusta de una arenga de Demóstenes ó de Esquines, de una sátira de Luciano. En cambio, creen otros que es más valiosa, aún cuando menos bella y atractiva, la formación moral, el estado de alma de la vieja República aristocrática, tan magistralmente pintada por Ferrero en su último libro sobre Roma.

Han transcurrido veinte siglos de entonces acá, y la humanidad sigue preocupada con los mismos pro-

blemas sociales que sólo tienen aspectos en apariencia diversos, pero que en el fondo continúan siendo los mismos. ¿Acaso el socialismo del día y las luchas que origina dentro de los pueblos modernos son cosa distinta de las aspiraciones agrarias del tiempo de Mario y de Sila? Por igual manera, los problemas de la educación y de la mujer, de la formación y de la vida de un pueblo, continúan siendo unos mis-

En Chile teníamos, sin duda, algo que nos encaminaba á los romanos y que han señalado, con fina observación, el señor Andrés Bellessort, primero, y el príncipe de Orleans y Braganza, en seguida. Pero existen ahora tendencias que de este camino parecen apartarnos, ¿acaso para bien, tal vez para mal? Nacen de una ardiente aspiración al lujo y al brillo que deslumbra el espíritu de nuestras mujeres, y que ha producido, en parte, la crisis económica por la cual atravesamos. El lujo, una mayor cultura intelectual, una superioridad de refinamientos, embellecerán sin duda nuestra vida y darán mayor relieve á la mujer chilena. Esto será más griego, sin duda alguna. La mayor elegancia en las mujeres, el esplendor de sus trajes, la magnificencia de las decoraciones y de la *mise-en-scène*, procurarán mayores encantos á nuestra existencia, y eso es mucho.

Después de escrito el artículo que ahora damos, ha tenido lugar un gran baile en casa de la señora Olga Budge de Edwards, quien supo darle el sello de la más alta y exquisita distinción á su espléndida fiesta.

LUIS ORREGO LUCO



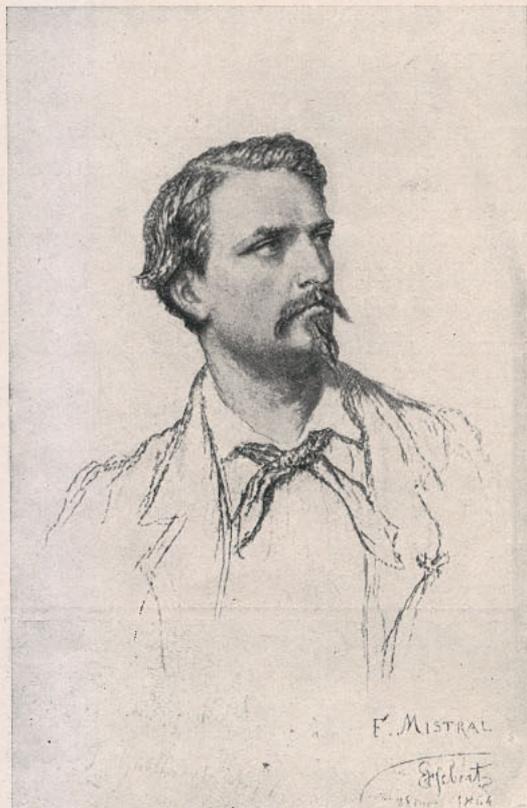
PAISAJE DEL SUR DE CHILE



La apoteosis de un poeta

FEDERICO MISTRAL

EN la lejana Francia se extiende una llanura pedregosa que va en suave descenso de los pequeños Alpes al mar: es la Provenza, la tierra de los antiguos trovadores, del sol y de la gloria; es la extensa llanura de Crau, donde viven los arle-



Federico Mistral

sianos que todavía conservan de sus abuelos el amor á la tierra encarnado en el amor á su idioma popular, la lengua de los felibrés; el amor á la vida, al aire libre y bajo un sol que todo lo dora. Es la cuna de Petrarca. Es la tierra de Daudet y de Mistral.

Casi siempre la gloria escoge sus predilectos entre las almas sencillas. Es un secreto de la madre tierra que pone sus perfumes más delicados en las flores silvestres y el genio del arte en los que encarnan su apacible sencillez.

Daudet y Mistral son dos almas sencillas que se hermanan en la vida y en el arte; el primero ya pasó á la historia coronado de laureles, el segundo presencia en vida, con la frente inclinada, la apoteosis de su genio.

Mistral es el hijo predilecto de la tierra del sol; es la gloria de la Provenza y de la Francia.

De niño soñaba con las flores de los campos, con las mariposas, vagaba por la llanura de Crau bajo el sol del Medio Día, donde se siente el fuego de la insolación que mata y, como la cigarra, aprendió á cantar bajo el fuego de sus rayos, como él lo declaró en su lema: "leu soleu ma fa canta" (el sol me hace cantar).

No es su arte hijo del estudio, no es el fruto de los años ni del trabajo obstinado

del que hace arte por alcanzar gloria: es un grito de amor á su tierra, es la voz de sus abuelos, de todo el pasado de su raza, lo que sube á sus labios para engrandecer y glorificar el terruño en que ha vivido: es el alma de la Provenza que se encarna en Mistral para escribir la inmortal **Mireya**.

Nos cuenta el poeta en sus memorias que cuando envió el primer tomo de "Mireya" á su madre, aquella santa mujer, al abrir el libro, vió como una luz que surgía de él y que la cegaba.

Los campesinos creen en aparecidos, creen en misterios de la naturaleza, que las complicaciones de la vida y la suficiencia de los sabios han apartado de nuestras almas con una sonrisa escéptica. Pero la influencia de lo sobrenatural sobre nosotros no ha desaparecido: podrán los fenómenos misteriosos escapar á nuestra penetración, pero existen y son percibidos por las almas abiertas á la naturaleza, que saben sorprender sus encantos y arrancarle secretos del pasado y del porvenir bebiendo en las fuentes de la vida; misterios que son á veces una revelación, á veces una profecía, como esa luz que cegaba á la buena madre de Mistral y que no era otra cosa que el anuncio de esa gloria que debía descender á coronar al poeta de Provenza.

Así nació aquella obra inmortal y, ¿cuál fué su camino?

Llegó á Provenza un poeta francés, Alfonso Dumas, entonces muy en boga, íntimo de Hugo, Lamartine, Beranger, Vigny y otros, que brilló en el movimiento intelectual de 1830; pero que, así como no todos los soldados que hacen una jornada de gloria inscriben su nombre en el libro de la inmortalidad, quedó anónimo para la posteridad, como el tambor que anima las huestes el día de la jornada en el camino de la victoria.

Alfonso Dumas llegó á casa de Mistral y solicitó del joven poeta le leyera algunos de sus versos. Mistral le leyó **Mireya**. Dumas lo escuchó con indiferencia primero, con sorpresa en seguida, con entusiasmo delirante al terminar esa lectura. Apadrinó la obra, la llevó á París, la presentó á Lamartine y Lamartine declaraba en carta á Dumas que un nuevo Homero había aparecido en la Francia, no hallando frase más entusiasta para expresar el hondo sentimiento que había experimentado al leer **Mireya**.

"Mireya" y Mistral fueron el tema de conversación durante mucho tiempo en las tertulias literarias del gran poeta francés. Se leía y releía la obra, y á una frase humorística con que en los comienzos recibió una revista á "Mireya", que decía: "El Mistral se ha encarnado en un poema: veremos si es algo más que un viento", contestó Lamartine con una extensa crítica sobre dicha obra, en la que elevaba á Mistral á la altura de Homero.

Mistral fué presentado á Lamartine, y el gran poeta nos lo describe en las siguientes líneas (1):

(1) Lamartine: "Cours familier de Littérature", 1859.

"A la caída del sol ví entrar á Alfonso Dumas seguido de un hermoso y modesto joven, vestido con sobria elegancia, como el amante de Laura cuando cepillaba su túnica negra y peinaba su lisa cabellera en las calles de Avignon. Era Federico Mistral, el joven poeta provinciano, destinado á llegar á ser, como Burns, el labrador escocés, el Homero de la Provenza.

"Su fisonomía sencilla, modesta y suave, nada tenía de esa tensión orgullosa de rasgos ó de esa evaporación en la mirada que caracteriza tan á menudo á los hombres vanidosos, más que inteligentes, que se llaman poetas populares. Tenía él lo que es propio de la verdad: agradaba, interesaba y conmovía; se adivinaba en su varonil belleza al hijo de una de esas hermosas arlesianas, estatuas vivas de la Grecia, que palpitan en nuestro Medio Día".

Este era el poeta de aquel entonces, el félibre de la Provenza, el amigo íntimo de Daudet, el que probó, como el autor de **Tartarín de Tarascón**, esas primeras fatigas, esos primeros sueños de gloria que entrevieron en medio de esa alegre y sana vida de bohemios y estudiantes, que corrían tras un ideal que alcanzaron y que vieron convertirse en aureola de gloria.

¡Cuántos años han pasado! Daudet duerme el sueño eterno, Lamartine ha entrado en la inmortalidad; sólo queda so-

M. A. Clane
(Bouchar-de-Arène)
5 junio 1905

Monsieur le Poète,

J'ai lu avec plaisir les poésies
Charmantes que vous avez publiées
sous le titre Alma et de
leur composition, leur naturel,
raisonnent bien la grande valeur
de la poésie provençale, avec
elle sont les poésies. Continuez

à incarner dans une forme
espérons celle que j'ai créée pour
en la voir - en voyant apparaître
de voir en de telle chose!

F. Mistral

Un autógrafo de Federico Mistral: (Carta á don Antonio Orrego Barros).

breviamente la figura hermosa y venerable de Mistral, para quien la existencia ha sido lo suficientemente pródiga como para permitirle recibir en vida todos los honores que puede soñar la ambición de un poeta.

ANTONIO ORREGO BARROS

LAS PLEGARIAS QUE NO SE CONFUNDEN

CADA año mi hijo y yo pasamos una temporada en la villa de Niederbronn, en Alsacia.

Hasta 1870 fué aquel un brillante balneario. Luego murió á causa de nuestros desastres. Con la onda francesa, huyó de allí toda elegancia.

Los pinos y las hayas que se disputan la falda de los montes, las espesas praderías, los cereales que crecen en el valle, todos ignoran los accidentes políticos; bajo administraciones diversas, mántiense idénticos. Mi hijo, también como ellos, sólo piensa en disfrutar de un bello estío, y es necesario que yo le advierta:

—No juegues con esos pilluelos. Son prusianos; no pueden ser amigos de un buen chico francés.

—Pero si me tienden la mano y me invitan á retozar...

—Ellos son hijos de los vencedores; ellos pueden olvidar. Tú, nunca. Si olvidaras, su victoria sería completa.

A un francés de seis años, este gracioso valle de Sauer se le brinda como un tablero, y cuanto allí está escrito debe de parecerle ó indiferente ó amable.

A menudo recorro con mi hijo estos calvarios donde la Francia fué crucificada. Tal peregrinaje por los campos de la gloria alemana comunica al más frívolo de los visitantes, aún al más imperturbable, un calofrío que se aumenta á medida que nos detenemos delante de las tumbas y de los numerosos monumentos que eternizan memorias pasadas. Piedras orgullosas dicen, á grandes trechos, el *Te Deum* de cada regimiento bávaro, wurtembergués, prusiano; después viene el

Un vecino de Niederbronn, á quien no tengo el gusto de conocer, me ha enviado este billete:

“¿Recuerda el señor Barrès que hoy es 6 de Agosto? A las diez de la mañana se dirá una misa por los soldados muertos en la jornada de Froeschwiller”.

Apenas penetramos en la iglesia, llegaron las escuelas, los muchachos con sus leales é infantiles rostros de alsacianos.

Felipe me retuvo por el brazo.

—¿Tú crees que ellos rezarán por los franceses?

Esa es la cuestión. Es admirable que Felipe, á la edad de seis años, vaya derecho al fondo del problema.

Seguramente el inspector habrá prevenido al maestro que el día 6 de Agosto se debe orar por los soldados alemanes muertos en las faldas del Sauer. Mas el padre de familia, á la salida de los escolares, ha destruído el trabajo del institutor; ha contado otra vez la batalla y ponderado el valor de los soldados franceses.



osario de nuestros hermanos vencidos. ¡Trágicas fosas, grises y pesadas piedras tombales que oprimís los huesos del ejército francés, bajo oscuros cipreses!

Con la tarde, regresamos de allí emponzoñados cuerpo y alma. ¿Debe, acaso, un francés sustraerse á estas dolorosas lecciones? Por ahorrarle amargura á nuestro corazón, como los niños que pugnan por olvidar la agonía de su padre, ¿cerraremos los ojos para no ver las causas ni el lugar de nuestro dolor? Puesto que Felipe en mis últimos días será el dueño y señor de mi casa, y al regreso del cementerio, sentado á la mesa con nuestros amigos, según la costumbre lorena, ha de recordarles aquello que hubo de bueno en mi vida, es preciso que desde ahora le eche sobre la espalda el peso de estas impresiones severas.

Que sus ojos de niño aprovechen el triste espectáculo de estos sitios.

—Sin embargo, observa el discípulo, los soldados alemanes triunfaron.

—No importa; tú debes preferir á los zuavos, á los turcos, á los coraceros, que eran cuarenta y tres mil contra ciento cincuenta mil.

¡Diálogo cruel! De los padres á los hijos y de los hijos á los nietos, la buena tesis irá debilitándose á medida que el flujo de ultra Rhin ahogue, sobre este suelo, todo lo que resta de la Francia.

Un día llegará en que solamente subsistirá aquí una dosis infinitesimal de nuestro pensamiento. En el espíritu de los anexados de la misma edad de Felipe, entre estos cincuenta pequeños alsacianos ahí arrodillados, bajo la mirada del pedagogo fabricante de almas alemanas, ¿qué irá produciendo esa dura contradicción entre la escuela y el hogar?

Después de los chicos, entra al templo la banda femenina que se genuflexa y se dispersa por los bancos. Treinta religiosas de la Orden de Hermanas de Niederbronn las acompañan. Estas doncellas no conocen sino la Francia. No pedirán nunca por los bávaros, cuya sangre tiñó el Sauer, ni por el Príncipe real, cuyo enorme bronce caracolea á espaldas de Woerth, en una inmensa terraza, sobre rocas artificiales. Todos sus pensamientos, sus plegarias todas, son para los bravos caballeros franceses.

¿Cuál es aquel, entre los cadáveres tendidos de Woerth á Niederbronn, que toma por asalto mi corazón y de él se apodera?

No lejos del nogal á cuya sombra estuvo Mac-Mahon, he leído sobre una cruz enana estas solas palabras: "A. S. . . muerto el 6 de Agosto de 1870". Dos iniciales: ¡no alcanzó siquiera la publicidad de su sacrificio! Yo recorrí, yo estudié el campo de batalla con uno de aquellos que en los días del 7 al 10 de Agosto

pero aquí, bajo las naves de esta iglesia, las oraciones de una multitud semialemana, semifrancesa, suben al cielo como dos columnas de humo que no pueden confundirse. (¿Los mismos corazones franceses son unánimes?)

En este día, ¿qué emoción será la que embarga el alma del sacerdote? ¿Ofrece el sacrificio de la misa por los vencedores ó por los vencidos, ó por los unos y los otros?

Si anhela conocer cuál nacionalidad mueve el corazón del oficiante, oíd si pronuncia el *Dominus vobiscum*, al modo alemán ó *Dominus vobiscum*, según el uso francés. La sangre es más fuerte que los decretos de la política y aún que los mandatos de la religión.

—Vamos, Felipe, corre á jugar; te has portado como un digno francés.

Una vez más, después de medio día, visitamos el campo de



recogieron los heridos y los muertos. El me decía: "yo conduje este cadáver; era un *saphi* de Mac-Mahon, un incomparable adolescente, el más bello que hayan visto mis ojos. ¡Un *saphi*, un caballo, un gran manto flotante! Veinticuatro años! Oh, bella mariposa! . . . Gracias á las Hermanas de Niederbronn, un algo sobrevive de ese soldado en las imaginaciones de las doncellas de Alsacia. El colabora en su noción del ideal. Cuando ellas sean madres, transmitirán á sus hijos ese elemento francés. Aquel *saphi* continuará obrando de una manera impalpable pero cierta.

(La sirvienta de un amigo á quien visitamos la semana pasada fué educada por las Hermanas de Niederbronn; ella nada sabe más allá de su *patois* alsaciano; pero tiene un tío capitán en el ejército francés. Es de ver el orgullo con que lo dice. A todos los instantes el capitán francés está presente para la pobre sirvienta, y él le comunica dignidad, digámoslo claro, le comunica aristocracia).

Yo ffo en estas doncellas; menos confianza me inspiran estos rapaces.

A Felipe que me pregunta:

—¿Por qué no se pusieron en salvo?

Yo contesto desde el fondo de mi pensamiento:

—Porque eran unos valientes muchachos que no querían cederles el campo á los alemanes.

¿Qué amargo sentimiento comunica necesariamente á nuestro espíritu esta misa de sufragio, en Alsacia, sobre un osario! Nadie quiere insinuarse á su vecino. ¿Ruega él por la Francia? ¿Implora por la Prusia? Y aun siendo su plegaria francesa, ¿qué dice en ella?: "Señor, aparta de nosotros estos horrores?" ó bien: "Señor de los ejércitos, nosotros aceptamos, nosotros demandamos el día?"

Un montón de cadáveres franceses y alemanes pueden hacer brotar una fértil vegetación común, y las espigas que ellos nutren ondulan bajo la brisa con las mismas inflexiones graciosas:

batalla, donde se agita una multitud numerosa. Llevan coronas de encina, que en Alemania valen por el laurel victoriosos. A veces tropezamos con hermanos de nuestra misma lengua, que contemplan á Felipe bañado en sudor, embriagado, conmovido por las mil rudas anécdotas. En el fondo del Woerth le hago descansar y tomar un ligero refresco; después ganamos la costa por el camino que conduce al monumento del Emperador Federico. A mitad de la vía queda el sitio de un drama que yo quiero transmitir á mi hijo, como útil fermento. Un testigo, un habitante de Woerth, me ha asegurado que en lo más recio de la refriega, el 6 de Agosto, hacia las dos de la tarde, vió él, sobre una altura que domina el poblado, unos prusianos que arrastraban á un oficial francés, medio desnudo y acribillado. Al mismo tiempo, con breves intervalos, descendían los batallones alemanes para entrar en línea hacia los lados del Sauer. De pronto un soldado alemán se desprende de su compañía, va al encuentro del prisionero y le arroja una saliva. . .

—Felipe, yo te entrego esta tradición; en ella vec, con mejor claridad que en los libros, lo que separa la Francia de la Prusia. Uno nada comprende sino por comparación. Este bárbaro impulso de un prusiano, aquel miruto que, después de treinta años, se creería devorado por el tiempo, permanecerá en tu espíritu y será poderoso á mantener en él, imborrable y firme, la virtud particular del honor francés, y aún te dará una perspectiva sobre todas las actividades de ultra Rhin. Nuestras plegarias y las plegarias de los prusianos, donde quiera que sean dirigidas, no pueden confundirse. Siempre formarán una disonancia, como por necesidad eterna. Un canto involuntario se escapa de mi corazón; pero ninguna de sus sílabas tiene afinidad con las roncadas, con las tremendas iras del bárbaro y rubio coloso. Aquella afrenta no ha sido lavada todavía. Nuestros padres, yo mismo, tú, la llevamos en la frente. Yo te señalo nuestros rostros infamados; mas te ruego, Felipe, que excuses á esas dos generaciones, de las cuales una cayó con el honor francés y la otra no supo restablecerlo. Ellas conservarán su prestigio si te transmiten un fiero sentimiento de orgullo y deleite que procuraba la vida en nuestro suelo cuando aparecía intacta para todos la bella figura de Francia.



Pedro Nolasco Prendez

La crítica, que puede reclamar para sí, por sus atinadas, oportunas ó sabias indicaciones, muchos laureles de los que han podido ceñirse los artistas, ¿ha considerado alguna vez cuántos de esos laureles se le podrían negar por sus impremeditadas anulaciones de espíritus que empezaban á producir?

No siempre el artista tiene energía para hollar las espinas del sendero. Hay algunos que inician su producción y, seguros de la victoria final, desdeñan las saetas de la crítica y aún provocan el silbido de su vuelo. La exhuberancia del entusiasmo juvenil quiere, necesita la gloria, aunque sea la que lleva en sus alas un murmullo de risas. Pero otros, nó; menos luchadores, ó más respetuosos de su dignidad de artistas, no olvidan nunca la primera herida y tiemblan ante las venideras. De su memoria no se borra, no se puede borrar, la visión dolorosa de la gota de sangre vertida en su camino hacia el azul de los horizontes soñados. Su voz, impregna el recuerdo, cuando no calla del todo, acusa siempre en esta ó aquella destemplada inflexión, la supervivencia del dolor antiguo, aun en los momentos en que se esfuerza por ser decididamente vigorosa. La voz revela a veces, en sus sonoridades de cristal, las invisibles trizaduras del alma.

I

Uno de estos artistas fué Pedro Nolasco Prendez.

En 1886 publicó la primera série de sus "Siluetas de la historia". Cinco cantos flexibles, airosos, de severo ropaje verbal. Luis Navarrete descubrió la fuente de la obra. Los versos de Prendez imitaban temas históricos ya tratados... pero que son patrimonio lírico de quien quiera cantarlos! Un escritor francés los había dado en prosa, Prendez los trató en verso. No era una imitación, era una transcripción. ¿Imita el que transcribe del verso á la nota ó de la prosa al mármol? ¿Cuántas melodías no hay delineadas sobre las rimas de Heyne? ¿Y cuántas piedras no hay cinceladas sobre las palabras de Longo?

Pero la crítica de entonces era terrible. No corregía andares, no indicaba sendas, no clareaba lejanías. Sus manos no arbolaban una estrella, sino la clava de Alcides. Era cruel en sus vehemencias pulverizadoras de los culpables, de los que no respetaban servilmente las rigideces del casticismo, de los que no se contentaban con hacer respirar los sencillos aromas de la tierra nativa, de los que ponían en la savia de su obra, una vida moral que no hundía su raigambre en el suelo de la región. Hoy ha evolucionado. De analítica, se ha hecho sintética; de sintética,

impresionista y de impresionista, indiferente, hasta perdonarlo casi todo... Y no sólo en literatura sino en todas las esferas de la actividad artística. En música, nadie acusa sino sonriente á Mascagni de haber tomado para su Cavallería trozos enteros de Liña, del Re di Lahore, de Carmen, etc., en escultura no se niega originalidad á Rodin, á pesar de haber inspirado su sistema estatuario en una observación estética de Shopenhauer, ni á éste, en filosofía, se le dice haber negado á Lucrecio el pensamiento fundamental de su teoría, ni á Nietzsche de no in-

dicar, en sus nerviosas páginas contra la piedad, el comentario ético de Espinoza, ni... ¿á qué seguir? Estos son los grandes. Imaginad, pues, si habrá justicia en apiastar á un escritor porque las ideas orgánicas de su obra no tengan esplendores virginales. Nó. El estudio demuestra la unidad genealógica de las ideas. Apreciamos el valor artístico de la vestidura con que el escritor las presenta, las bellezas de las visiones que nos sugieren ó la magnitud de los horizontes que dilatan.

A Prendez le cruzó el paso la crítica transactiva. Desde entonces perdió, ó pareció perder la confianza en sus fuerzas. Después de algunos años de silencio, prosiguió, sin embargo, su vehemente labor lírica. Una de sus composiciones de aquellos tiempos es "Transformación". Nos pinta la esterilidad del torrente congelado en las cumbres solitarias, rozado, á veces, por el ala negra de las águilas, envuelto por las tenuidades de las brumas del cielo, perdido en las alturas á donde el rumor de la vida llega sólo como el eco de una lira.

Llega un rayo de sol. El hielo se disuelve, corre, baja; lo estéril se hace fecundo y música las moles silenciosas.

El torrente desciende,

Cede ante unas rocas, pero luego se levanta con ímpetu de fiera, ágil, rápida, loca, unas veces reptil, otras pantera.

La tierra del torrente los despojos transformará con pompa soberana en savia que es color, perfume, fibra; en átomo fosfórico que vibra cuando invisible asciende al cerebro, santuario de la vida, ó en glóbulo que enciende la sangre por el hierro enrojecida!



Don Pedro Nolasco Prendez

Es una bella oda al movimiento que todo lo rige, á las transformaciones evolutivas de la materia. Esta oda nos demuestra que Prendez sentía y pensaba. El sabía que su género predilecto, la oda, necesita un fondo de pensamientos vigorosos y brillantes. Este concepto primordial lo aplicó victoriosamente en su trabajo sobre la revolución francesa. Después de pintar con unas cuantas pinceladas los caracteres de la Edad Media, nos habla de los progresos del pensamiento y de la conciencia, suscitados por Gutenberg que dá el tipo y por Lutero que dá la idea; repuja el verso para darle firmeza y sonoridad metálicas; frota las ideas para presentarlas relucientes, con un toque de luz en su bruno, y cantando las gloriosas magnificencias de la revolución, emplea todas las gradaciones de sus robustas voces himnicas. Las dificultades ideológicas del tema están vencidas, pero en general la composición no se sostiene como el soplo del verso quiere. Se notan el impulso, las crispaciones casi dolorosas del poeta que siente y vé que los movimientos de sus alas son excesivos para el vuelo que alcanzan. Hay no sé qué preocupaciones de forma, de tendencia á la frase clásica, que impide en ésta, como en otras odas de Prendez, las libres exteriorizaciones del entusiasmo arrebatador. Parece dirigir sus versos por el estrecho cauce del orden retórico, en vez de soltarlos como raudas ondas fluviales, seguro de que hallarán su camino siempre que vayan impulsados por fervoroso sentimiento lírico. Estas preocupaciones parecen haber esterilizado en Prendez la primera de las virtudes artísticas: la espontaneidad. Si él no se olvida de que los movimientos emocionales, generadores de visiones artísticas, deben ir á la manifestación estrictamente libre de sus fuerzas, su potencia de inspirado nos habría hecho sentir más de alguna magnífica explosión de belleza.

¿Fue timidez? ¿Fue cordura? ¿Fue que las preocupaciones de su vida de profesor, de abogado y de político no le dejaron tiempo para formarse, en estudio riguroso y metódico, una amplia manera de ver, de sentir y de manifestarse? ¿O fue simplemente que no quiso entrar á la lucha, desplegar todo su velamen, temiendo lo adventicio y los esfuerzos que le demandaría una libre errancia por la alta mar del ensueño?

No; era que el poeta estaba herido. El flechazo recibido en su primer intento de vuelo aquilino lo sentía aún. Le impedía el franco despliegue de sus fuerzas. Y sabiéndose herido, se empeñaba en subir...

En un bello poema cuenta Goethe cómo un águila, que iba en busca de presa, cae, herida en un ala, á un bosque, junto á un estero. La naturaleza la sana; pero el ave, quebrada el ala, no puede volar. Una paloma se acerca á ella y la aconseja no insistir en sus ansias de vuelo. "Aquí tienes sombra, agua, alimento, paz, ¿qué más quieres?" le dice. Pero el águila quiere subir, sintiendo la nostalgia de las alturas vertiginosas, y el poeta suspira resignado:—¡oh, cordura! hablas como una paloma!

La región de la poesía sencilla, soñadoramente tranquila, sin tormentas de epopeya, solicitaba á Prendez. Habría hecho en ella una hermosa y fresca obra. Tenía sensibilidad, delicadeza é imaginación; pero se empeñó en el verso grandilocuente, perseguidor de una altura que no alcanzó su esperanza.

¿Quién, al leer sus cantos á Colón, á Charcot, á Zola, puede imaginar que este poeta de broncos versos ha suscitado también emociones sutiles? Su gesto parecía propio para ceñir laureles pindáricos, no para insinuar admiración ante un leve matiz de vida, ante el florecimiento de un lirio ó la caída de una hoja mustia. Sin embargo, ante estas levedades del mundo floral, á las que daba una significación humana, Prendez tuvo frases delicadas y profundas:

Cae la hoja y la levanta el viento,
la gota de agua y la evapora el sol;
una pobre mujer resbala un día,
¿y puede acaso levantarla Dios?

Es curioso cuán á menudo se repite el caso de los poetas que se salvan del olvido por la obra que hicieron casi desdeñosamente, sin creer en ella, preocupados sólo de la obra magna que les devoró la vida. La posteridad es implacable para corregir juicios. Muchas veces ha desdeñado las obras en que un poeta puso todas sus esperanzas y ha glorificado las que ellos escondían por débiles é inseguras, pero que han resultado ser las sinceras, las encendidas en la llama misma del corazón.

Prendez trabajó mucho sus odas, quería hacerlas flexibles, altas, espiralizadas en una ascensión gloriosa, darles contornos pulidos por una línea de corrección inverosímil; pero no pudo, sus ideas no eran suficientemente audaces... Su verso, nó; es correcto, á veces demasiado sobrio, por la constante supresión de los artículos indefinidos, que si no son gramaticalmente necesarios, lo son auditivamente, para llenar el período rítmico. Cuando las palabras de sus versos van en esta forma, desprendidas unas de otras, sin los útiles nexos de los artículos, tienen algo de la sequedad de las frases telegráficas. En el verso hay inutilidades necesarias. Ellas contribuyen á llenar bien el tiempo ítmico y á que los finales caigan perfectamente á plomo. Esto era indispensable en el género de oda que cultivaba Prendez; pero, como había sido profesor de gramática, gustaba del rigor, amaba la frase construida sin superfluidades, de ágil y fuerte membratura, sintética, y tal vez por eso se olvidó muchas veces del elemento musical. Fue un cuidado que resultó un descuido.

Si Prendez hubiera abandonado los rigorismos de la forma y trabajado más en la poesía sencilla, delicadamente erótica, de leves, aterciopelados versos, su nombre estaría hoy entre el de

Matta y el de Gonzalez. Pero, aunque no ignoraba la belleza de sus versos amatorios, unas cuantas estrofitas en que se abría con toda naturalidad el capullo de la idea-germen le habían dado más nombre que sus himnos. Prendez se empeñaba en el lirismo heroico. Olvidándose del consejo de la paloma, su mente buscaba el peligro gozoso del verso que sube en un vértigo de ensueños. Amaba la gloria guerrera. Quería que sus odas tuvieran el rumor de un bosque de laureles.

II

¿A qué debía Prendez su irreducible tendencia al verso heroico? La debió á sus primeras lecturas, á una simple predilección literaria ó á la influencia de su tiempo?

Prendez empezó á escribir arrastrado por el soplo de heroísmo que besaba todas las frentes de su época. Por los años de 1880 no florecía sino el cántico patriótico. La guerra de la cual el país salía victorioso, había tornado las almas hacia un sólo punto del horizonte moral: el heroísmo.

¿Quién se habría atrevido á evocar el purpurado ensueño de unos labios, la serenidad de un paisaje de idilio ó las bellas fugacidades del íntimo sentir, cuando en las lejanías polvorientas flameaban aún las banderas victoriosas?

Prendez soltó sus primeros cantos como una banda de palomas, en homenaje á los héroes que volvían... Un diario de la época que relata la entrada á Santiago de los sobrevivientes de la "Esmeralda", nos muestra á Prendez saludando á los marinos heroicos desde una tribuna de la Alameda. El poeta tenía veintisiete años.

Esa atmósfera de heroísmo fué para Prendez la atmósfera natal del espíritu, la que éste no olvida nunca, cualquiera que sean los nuevos horizontes en que respire. Prendez, en sus primeros alientos, respiró brisas de heroísmo, se alimentó de ellas, llegaron á ser, así, una parte de su sér, y, naturalmente, no pudo dejar de amarlas.

Al principio se satisfizo con los héroes patrios; pero luego, ampliado su pensamiento por el estudio, los buscó más allá de los límites de su tierra, en su aspecto trascendental, y no sólo en la esfera de lo patriótico, sino en la vida, en la ciencia y en el arte. Fue una lógica prolongación del primitivo sentir. De aquí la sucesividad de sus cantos á los hombres representativos, á Colón, Shakespeare, Bismarek, Charcot y Zola. Se puede decir que lo épico era ingénito en Prendez; lo épico tomado en la última etapa de su evolución literaria, no en la primitiva, cuando estaba circunscrito á una función retrospectiva, á recordar hechos de la historia ó de la pre-historia, sino el sentimiento épico de hoy, que puede cantar aún los heroísmos futuros.

Admirando como admiraba á los héroes, Prendez tenía que venerar el marmol que los inmortaliza. Su musa era amiga de todas las artes. El color, tan someramente empleado en su obra, le atraía; pero la escultura lo seducía. La escultura tiene en su severa grandiosidad unas tan amplias líneas de representación plástica que seduce á todo espíritu que busque arrebatadas inmobilizaciones de heroísmos.

Un día visitó Prendez el taller del maestro Plaza, vió las creaciones maravillosas de este regio cincelador de blancuras, se detuvo ante la Quimera, sintió el poema de lodo y de azul que envuelve el símbolo de esa piedra y, llena la pupila de la visión nevada, sonriente aún por la sana alegría de la emoción artística, rimó unos versos... Sentimos no poder copiarlos. Pocas veces su entusiasmo fué más sincero. Se vé en la agilidad del verso lo espontáneo de la admiración. Libre la frase de todo tutelaje retórico, salta, juvenil y ardorosa, guiada sólo por el intenso y gozoso movimiento del espíritu.

Algunos años después, Prendez dió una nota sorda. La revolución de 1891, que envolvió en su vorágine á todos los chilenos, envolvió al poeta. Fué deportado á una ciudad del Norte, y allí escribió un poema conminatorio. No tuvo resonancia. La pasión lo perturbó. Quiso ser un poeta civil, mezclado á las multitudes, vocero de sus fermentaciones de rebelión, y se apartó de la belleza pura. Tenía el ejemplo de muchos célebres, pero olvidaba que los versos de esos célebres han vivido por su valor artístico y no por su carácter político. Ulhand, por ejemplo, tenía en la historia alemana, ó en la época en que escribió, temas apropiados para una composición fustigadora; pero su gusto de artista le hizo elegir una leyenda, "Des Sängers Fluch", que vivirá más que el más alto de los libros estigmatizadores: el escrito por Hugo.

Los cantos inspirados en la indignación, pasan, mueren porque son casi siempre oratorios y lo oratorio tiene la mitad de su vida en el público que participa de la indignación del tribuno. El odio político es mal inspirador. Rarísimas son las obras que, animadas por él, han tenido una gloria más duradera que un instante. No es inútil observar que el gesto de conminación ha tenido menos vida artística que la sonrisa de la sátira. Es que en la sátira el poder está en la idea, que es eterna, y en la conminación el poder está casi siempre en la forma, que, á pesar de sus silbantes flexibilidades de látigo, muere cuando se desvanece el aire apropiado, cuando la línea de la actitud tribunicia del poeta desentona bruscamente en el tranquilo fondo moral de los tiempos nuevos.

Es justo que así sea. El escultor puede hacer que se olvide el barro de su estatua vistiéndolo con las blancuras ilusorias de su ensueño de artista; pero el poeta no puede hacer que se olvide el amargor del odio aún en los versos más bellos, porque el odio corroe toda vestidura.

III

En cuanto al fondo de su pensamiento filosófico, Prendez no hizo nunca una clara y definitiva manifestación; pero en algunos de sus versos y en algunas páginas de sus prosas, se nos muestra como un racionalista, como un severo espíritu libre, con bastante indiferencia para mirar la filosofía sólo en conjunto, sin decidirse convencidamente por ninguna de sus orientaciones. El poeta no afirmaba ni negaba. Las dudas, las angustias, los esfuerzos de los grandes espíritus por hallar fondo en el océano de las posibilidades, no despertaron en él sino una mirada de admirativa veneración. No conoció el frío pavoroso de los que hallaron sombras tras el confin soñado, de los que vieron cenizas tras el fuego de la estrella. Su indiferencia filosófica la mantuvo siempre en la llanura desde donde se ve la vida tan hermosa... Pudo decir con Whitman:

Y believe materialism is true, and
spiritualism is true. Y reject no part.

El poeta necesita de un concepto fundamental de la existencia; el mundo de las formas y del color no puede bastarle, no les ha bastado á ninguno de los grandes, de los excelsos.

Tal vez por esta carencia de un sendero que llegase hasta la sombra eterna, clareado por la luz de los propios ojos, el bardo no dió á su obra la unidad febril que la habría hecho insuperable. A veces hacía versos despreocupadamente, sin una previa y meditada elección del tema y los decía con la misma elegante indiferencia con que soltaba el humo del cigarro. Su escepticismo final fué un tanto amargo. Había visto mucho. Conocía á los hombres: humo; cenizas. Parecía haber pasado sus manos por la curva de todos los horizontes de la vida sin haberlas detenido sobre el calor de ninguna sinceridad... Muchas noches, en un saloncito del Club Radical ó en la intimidad de nuestra pieza de trabajo, pasamos con este poeta saboreando el reposo, escuchando sus anécdotas, excitando su memoria para que recordara las grandes cosas risueñas y sintiendo partir de cuando en cuando algunas de sus saetas enfloradas! Era un sagitario de la ironía. Sus ojos veían inmediatamente la línea caricaturesca de una figura y, recibida la impresión, sus palabras la exte-

rriorizaban con maligna espiritualidad. Prendez sabía reír. Dentro de la cortesía, del tono amigable, nunca hiriente ni amargo, la fina y sensible tactilidad de su pensamiento le indicaba en una conversación el instante preciso en que insinuar la frase irónica, la alusión desconcertante, la advertencia risueñamente amenazadora.

Conociendo la endeble arquitectura de los castillos de ensueño que tantos gustan de levantar en las conversaciones íntimas, se divertía con afable perversidad en socavar la base de ellos para ver el derrumbamiento silencioso de las moles quiméricas. Más, sus palabras no salían nunca empañadas por una sombra de malevolencia. El escepticismo no había llegado á su corazón siempre potente, ardiendo en las insaciabilidades de los veinte años, que, ágil, vigoroso, iba todavía de la sencilla nota de la piedad á los acordes augustos que le arrancan las insurrecciones del pensamiento de hoy. Se movía como una hoja ó tremolaba como una grímpola.

Tenía, Prendez, extraordinarias facultades de improvisador en verso. En las reuniones de amigos, literarios ó políticos, lucía las facilidades de su verbo lírico. Lo acompañaba su magnífica presencia. De pié, en la mano la copa de champagne florecida de espuma, erguida la cabeza, mostraba la línea de su perfil correcto y firme, que terminaba en la punta de una pera napoleónica, mientras arriba, en lo alto de la frente, se arqueaba hacia atrás, perdiéndose en los cabellos, sueltos en larga y oscura melena de bardo. Su voz era lenta y suave, ascendía aquí ó descendía allá, según la tonalidad aguda ó grave del verso, siempre seguro y bien ritmado; se detenía un instante al final de cada uno para evocar la rima que debía traer el verso venidero y terminaba la estrofa, sin un esfuerzo, sin una indecisión.

En estas improvisaciones, sonrientes de naturalidad, solía hallar pensamientos y metáforas bellos, que no se cuidaba de escribirlos después, ni siquiera de recordarlos, estimando para ellos suficiente vida un instante de melodioso rumor.

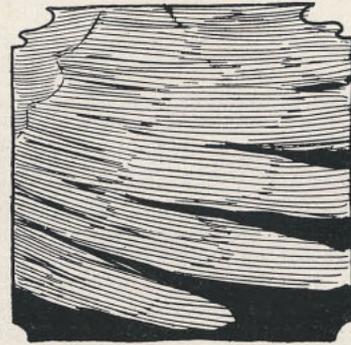
Así recordamos á este amigo que en sus primeros años se debatió dolorosamente entre lo reducido del vuelo y lo enorme del intento; que, después, se dió á un resignado amor de las bellas cosas del arte y de la vida y que, por último, ya escéptico, no queriendo ver en el cielo sino el abismo, desdeñó el llamamiento de las estrellas...

MIGUEL LUIS ROCUANT



El proyecto de frontón para el Palacio de Bellas Artes que obtuvo el primer premio en el concurso. Es obra del distinguido artista don Guillermo Córdova.

EL PERDON DE LAS INJURIAS



NO es del todo inútil interrogar de tiempo en tiempo el sentimiento de las palabras que cubren con un traje invariable sentimientos que se han transformado.

La palabra perdonar, por ejemplo, que parece al principio una de las más hermosas de la lengua, ¿tiene todavía, ha tenido alguna vez el sentido de amnistía que le acordamos nosotros? ¿No es acaso uno de esos términos que muestran mejor la buena voluntad de los hombres, puesto que encierra un ideal que no fué jamás realizado? Cuando decimos al que nos injurió: "Os perdono y todo queda olvidado", ¿qué hay de verdadero en el fondo de esta palabra? Cuando más esto, que es lo único á que podemos comprometernos: "Trataré á mi vez de no incomodarte". Lo demás que creemos prometer no depende de nuestra voluntad. Es imposible olvidar el mal que se nos hizo, porque el más profundo de nuestros instintos, el de la conservación, está directamente interesado en este recuerdo.

Al hombre que en un momento dado penetra en nuestra existencia, no podemos conocerlo nunca íntimamente. No es para nosotros mas que una imagen dibujada por él mismo en nuestra memoria. Es verdad que la vida que lo anima tiene un rostro revelador, indefinible, pero poderoso. Este rostro aporta una muchedumbre de promesas que son probablemente más profundas y sinceras que las palabras ó los actos que no tardarán en desmentirlas. Pero ese gran signo no tiene sino un valor ideal. Nos hallamos en un mundo en que poquísimos seres, ya sea por la fuerza de las circunstancias, ya sea por las consecuencias de un error inicial, viven según la verdad que su presencia hace presentir. A la larga, la experiencia melancólica nos enseña á no reparar en ese rostro demasiado misterioso. Una máscara limpia y dura lo recubre, llevando impreso el sello de todos los hechos y gestos que lograron alcanzarle. Los buenos hechos lo iluminan con colores atrayentes y frágiles, mientras que las ofensas lo cavan profundamente. En realidad, es únicamente bajo ese aspecto, modelado según el recuerdo de fastidiosos ó de prejuicios, como vemos al que se nos aproxima y decirle, si nos ha ofendido, que le perdonamos: es afirmar que hemos dejado de reconocerlo.



Se trata de saber qué influencia tendrá este reconocimiento inevitable sobre nuestras relaciones con el que nos injurió. En esto, como respecto de muchas otras cosas, desde que nuestra buena voluntad se despierta, sus primeros pasos, aún inconscientes, la conducen por el viejo camino del ideal religioso. En lo más alto de este ideal podría erigirse, como socorro, aunque sepa con certeza que la cristiana enterrando, con peligro de su vida, los restos execrados de Nerón. Es

incontestable que el gesto de esta muger es más grande, sobrepasa más la razón humana que el gesto de Antígona que domina la antigüedad pagana. Por lo menos, no agota todo el perdón cristiano. Supongamos que Nerón no haya muerto, sino que vacile en los últimos límites de la vida, en que sólo un heroico auxilio pueda salvarlo. La cristiana le deberá ese socorro aunque sepa con certeza que la vida que ella devuelve acarreará al mismo tiempo la persecución. Puede subir todavía más alto: imaginad que tenga que elegir, en la misma angustia, entre su hermano y el enemigo que la hará perecer: no alcanzará la suprema meta sino prefiere al enemigo.



¿Pero qué se puede pensar en un mundo que no espera nada del otro mundo, de ese ideal sublime, á pesar de las recompensas infinitas que trae consigo? ¿A cuál de los tres momentos sobrehumanos llamaremos al loco que se arrojará en uno de esos tres abismos del perdón? Alrededor del primero es posible ver todavía las huellas de algunos pasos, pero alrededor de los otros dos nadie se extrañará. Reconozcamos que existe en esto una especie del mercado heroico de la fé que ya no es hoy posible; pero una vez perdida la fé no deja de existir por ello, hasta en lo irracional de este ideal, algo de humano que es como un presentimiento de lo que el hombre desearía hacer si la vida no fuera tan cruel.

No creamos que los ejemplos de este género, tomados en los extremos de la imaginación, sean ociosos ó absurdos. La existencia nos da sin cesar equivalentes menos trágicos, pero igualmente difíciles; y del espíritu que preside la solución de los más altos casos de conciencia, depende la de los humildes. Todo lo grande que uno se imagina acaba un día por realizarse en pequeño y de la elección que hacemos en la montaña depende exactamente la que hacemos en el valle.



Por lo demás, podemos aprender á perdonar tan completamente como el cristiano. Tampoco somos prisioneros de este mundo al que miramos con nuestros ojos. Se necesita un esfuerzo tan largo como el suyo, pero dirigido hacia otras puertas, para conseguir evadirnos. Lo mismo que nosotros, el cristiano no olvidaba la injuria, no tentaba lo imposible, sino que iba á ahogar primero en el divino infinito todo anhelo de rencor.

Este infinito divino, mirándolo muy de cerca, no es distinto del nuestro. En el fondo, uno y otro no son más que el sentimiento del infinito sin nombre en que nos debatimos. La religión elevaba mecánicamente, por así decirlo, á todas las almas en las alturas, á que debemos llegar por nuestras propias fuerzas. Pero como la mayor parte de las almas que ella arras-

traba eran ciegas todavía, no procuraba inútilmente darles una idea de las verdades que uno conoce en esas alturas. No las habrían comprendido. Ellas se contentaban con descubrirles cuadros apropiados á su ceguera y que por diferentes motivos producían más ó menos los mismos efectos de la visión real que ahora nos sorprende. Hay que perdonar las ofensas porque Dios así lo quiere, dando él mismo ejemplo del perdón más completo que puede imaginarse. Esta orden que se puede seguir sin abrir los ojos, es exactamente la misma que la que nos dan en el instante en que las miramos, con una actitud suficiente, las necesidades y la inocencia profunda de toda vida. Y si esta última orden no llega, como la primera, hasta impulsarnos á preferir nuestro enemigo, porque es nuestro enemigo, no es porque sea menos sublime, sino porque habla á corazones más desinteresados, al mismo tiempo que á inteligencias que han aprendido á no apreciar únicamente un ideal, por el hecho de ser más ó menos difícil alcanzarlo.

En el sacrificio, por ejemplo, en la penitencia, en las mortificaciones, hay también, toda una serie de victorias espirituales de las más penosas, pero que no son realmente altas porque no se elevan en la atmósfera humana, sino en el vacío en que brillan, no solamente sin necesidad sino á menudo de una manera muy digna de lástima. El hombre que juega con bolas de fuego en la punta de un campanario hace también una cosa muy difícil; sin embargo, nadie se animará á comparar su valor inútil á la abnegación, por lo general menos peligrosa, del que se arroja al agua ó á las llamas para salvar á un niño. En cualquier caso, y quizá más eficazmente que la otra, la orden de que hablamos disipa todo odio, porque no proviene de una voluntad extraña, sino que nace en nosotros á la vista de un inmenso espectáculo donde las acciones de los hombres adquieren su sitio y su significación verdadera. Ya no hay mala voluntad, injusticia, ingratitud ni perversidad; ya no hay ni siquiera egoísmo en la noche magnífica é ilimitada en que se agitan pobres seres arrastrados por las tinieblas, que todos siguen de muy buena fé creyendo desempeñar un deber ó ejercer un derecho.



No temamos que esta visión y tantas otras más grandiosas é igualmente exactas, que deberían estar siempre presentes á nuestras miradas, nos desarmen y hagan de nosotros víctimas ó incautos en una vida de realidades menos vastas y más duras. Son muy pocos entre nosotros los que tienen que reforzar sus medios de defensa, aguzar su prudencia, su desconfianza ó su egoísmo. El instinto y la experiencia de la vida no proveen sino muy á la larga. No es nunca del lado opuesto de nuestros pequeños intereses de

cada día donde hay peligro de perder el equilibrio.

Todos los esfuerzos de un pensamiento vigilante apenas bastan para mantenernos derechos. Pero no es indiferente, para los demás, y sobre todo para nosotros mismos, que nuestros gestos de ataque y defensa se perfilen sobre el fondo lúgubre del odio, del desprecio, del desencanto, ó sobre el horizonte transparente de la indulgencia y del perdón silencioso que explica y comprende. Ante todo, á medida que pasan nuestros años, guárdemonos de las bajas lecciones de la experiencia. En estas lecciones hay una parte opaca y pesada que pertenece de derecho al instinto y desciende de los cielos necesarios de la vida. No hay para qué ocuparse de ella; germina y se multiplica prodigiosamente en lo inconsciente. Pero existe otra, más pura y más su-

til, que debemos aprender á coger y á fijar antes de que se evapore en el espacio. Todo acto comporta tantas interpretaciones diferentes, como hay de fuerzas divinas en nuestra inteligencia. Las más bajas parecen primero las más sencillas, las más justas y naturales, porque son las que llegaron primero, aquellas de menor esfuerzo. Si no luchamos sin tregua contra sus avances malignos y familiares, roen, envenenan poco á poco todas las esperanzas, todas las creencias con que nuestra juventud formará las regiones más nobles y fecundas de nuestro espíritu. No nos quedarían, luego, hacia el fin de nuestros días, sino los más tristes fracasos de sabiduría. Importa, pues, que la más alta interpretación que nos sea posible dar de los hechos con que tropezamos á cada momento, se eleve á medida que se acumula el grosero tesoro de sen-

tido práctico de la existencia. A medida que nuestro sentido de la vida se aumenta, merced á las raíces que están sepultadas en el humus, es indispensable que suba hacia la luz por las flores y los frutos.

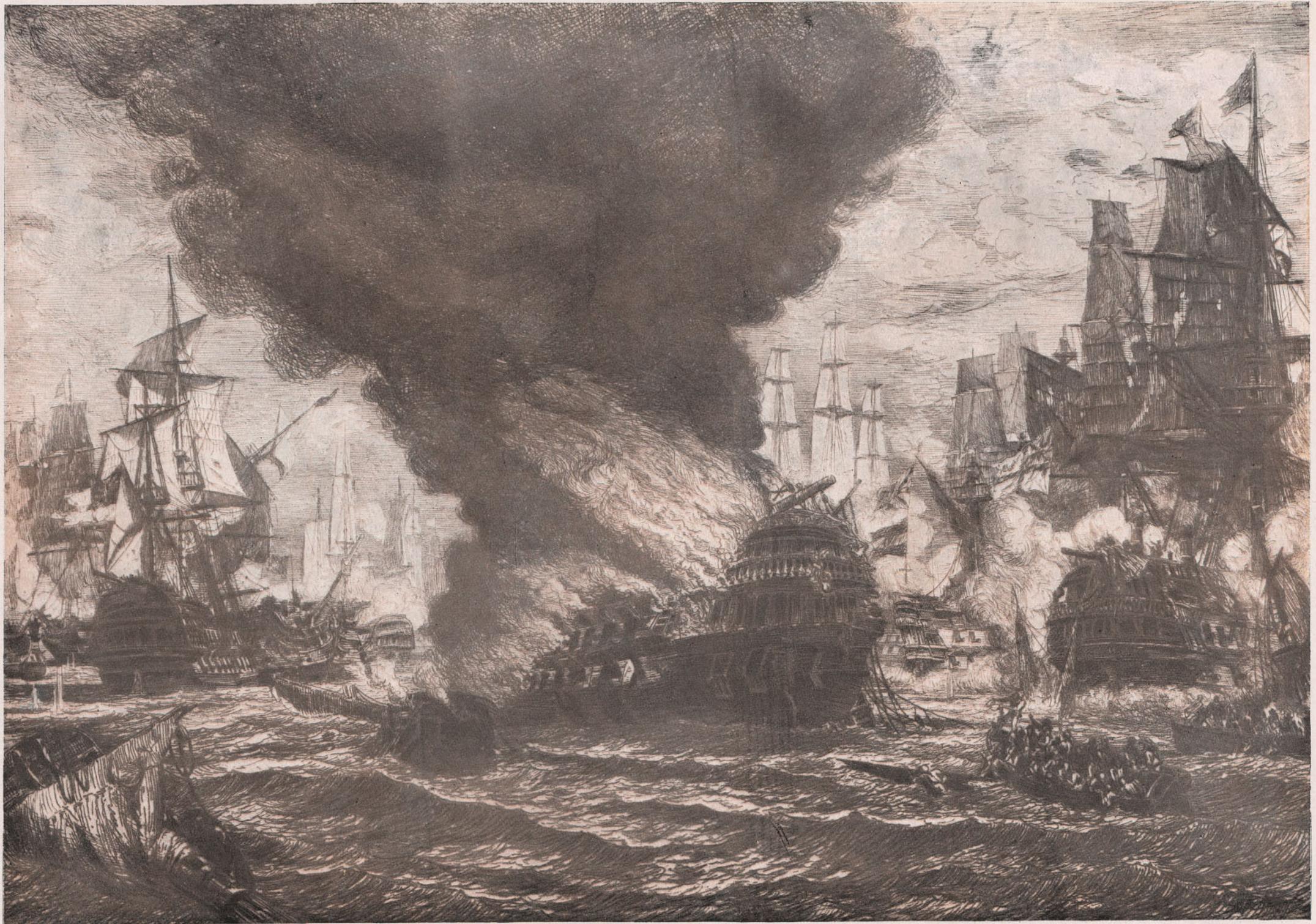
Es menester que un pensamiento siempre despierto solivie, acrezca y agite sin cesar el peso muerto de los años. Por lo demás, esta experiencia tan positiva, tan práctica, tan benigna, tan tranquila, tan ingenua y tan sincera en apariencia, bien sabe en el fondo que nos oculta algo esencial, y si tuviese la fuerza de impulsarla hasta sus más secretos atrincheramientos, se acabaría por arrancarle seguramente la confesión suprema, que en último análisis, y al fin de cuentas, la interpretación más alta es siempre la más verdadera.

MAURICIO MAETERLINCK

UN HEROE DE LA PAZ



Un marinero del "Dresden" que ha contribuido á salvar quinientas vidas



BATALLA DE TRAFALGAR, grabado del célebre pintor Somerscales

ANGAMOS

(8 DE OCTUBRE DE 1879)

I

Háse albergado por muchos la creencia de que el contralmirante Grau, jefe del convoy peruano, cuando navegaba hacia el norte, ignoraba que el "Cochrane", repuesto ya de sus achaques del bloqueo, hacía compañía á la escuadra de operaciones en el norte. Pero tal suposición no es verdadera. Por los pasajeros del "Cotopaxi" y especialmente por el mercenario capitán del "Ilo", que tenía anticipados sus servicios al Perú desde la declaración de la guerra, había tenido el jefe peruano sobrada ocasión de conocer hecho tan grave y que contaba dos ó tres semanas de antigüedad. Pero el contralmirante peruano confiaba en dos cosas: en el ágil andar de su buque y en el torpe y ya bien conocido manejo de nuestra escuadra, acostumbrada sólo á los bloqueos y á las navegaciones en convoy cerrado; y por esto sólo atreviase. De otra suerte habría tomado desde Tongoy la alta mar y habría llegado por quinta vez ileso á Arica.

II

Y era tal su ciega confianza á este respecto, que habiendo avistado en la media noche del 7 de Octubre, en su viaje de regreso, las luces de Antofagasta, tentóse, como en otras ocasiones, de observar la bahía por si encontraba algo en que emplear la mano ó el ariete. A este fin, la "Unión" fué á esperarlo á punta Tetas, un poco al norte de la bahía, tardando en esta separación infructuosa dos ó tres horas.

Pero esta vez ¡al fin! el contralmirante peruano habíase equivocado; porque el jefe chileno, en prosecución del hábil plan resuelto en consejo de jefes á la vista de Arica, había ordenado aquella misma noche que la escuadra avanzase al sur en dos divisiones abiertas en las alas para dominar el horizonte y los derroteros acostumbrados de los peruanos.

Sufrió este plan leve alteración de forma, si bien con manifiesto disgusto del comandante chileno porque, desdeñada su autoridad y su categoría, el Ministro de la Guerra telegrafió directamente al capitán del "Cochrane" que, en lugar de tomar la vanguardia del avance, se colocase al contrario en acecho á retaguardia de las posiciones que iba á cubrir en su marcha nuestra escuadra.



Don Juan José Latorre

III

De todas suertes, dando cumplimiento á la última resolución impuesta ó acordada, el jefe de la escuadra alejóse de Mejillones á las diez de la noche con el "Blanco", la "Covadonga" y el "Matías Cousiño", mientras que dos horas después el "Cochrane", con la "O'Higgins" y el "Loa", iban á emboscarse en plena mar, llegando éstos al punto señalado frente al blanquecino muro de Angamos, que es buen punto de marca náutica, á las 3.53 minutos de la mañana.

A esa misma hora, con minutos de diferencia, el tope del "Huáscar", reunido ya á su consorte que lo aguardaba aguantándose sobre su máquina, daba la voz de humos al norte.

Divisábase, en efecto, á la distancia de cinco ó seis millas en el transparente y primaveral cobertor de la noche fría y estrellada, tres pardos penachos que se adelantaban lentamente al sur.

Era el comandante Riveros que hacía su aparición en el horizonte.

IV

Vuelco violento debió experimentar en el primer instante el corazón, de ordinario sosegado en el pecho del contralmirante Grau, delante de aquellos huéspedes, si no inesperados, temidos; y mandando ceñir la caña con brusco movimiento torció rumbo hacia el oeste y en seguida al suroeste, en demanda del franco paso del océano. Sorprendida de aquella maniobra, la "Unión", que seguía las aguas del monitor, púsose á su retaguardia como para cubrir su fuga con su poderoso andar.

Gracias á esta maniobra, el "Huáscar", describiendo un arco de círculo hacia el occidente, logró pasar al norte de nuestros barcos que venían del norte, y se creyó salvado.

V

Los buques chilenos, á su vez, habíanse dado inmediatamente cuenta de la situación y pusiéronse en el acto á perseguir á los prófugos. Bien pudieron éstos hacer frente con brazos de valientes á la pesada vanguardia chilena, y si tal hubieran intentado habrían merecido, vencedores ó vencidos, la palma del renombre. Pero su misión era "huir"; y rehusando el combate de blindado á blindado y con el poderoso auxilio de una fuerte corbeta, los peruanos fueron á perderse sin gloria en bien armado lazo.

La persecución lenta y fatigosa que emprendía el "Blanco", con sus calderos calcinados en el bloqueo, no era en realidad una caza, era una trampa, y á ella marchaban, proa de frente, los dos incautos merodeadores del Pacífico. "El enemigo, dice el contralmirante Riveros en su parte de la jornada, huía delante del

blindado chileno, á veces inclinando su rumbo hacia el oeste, á veces acercándose á tierra; pero siempre en dirección al norte. El superior andar de sus naves acrecentaba por momentos la distancia que nos separaba. Mi deber era, sin embargo, continuar sin descanso la persecución, como el mejor medio de llevar al enemigo hacia un combate inevitable, esperando que al fin se presentase el crucero de Mejillones".

Pero cruel duda asaltaba el pecho de los tripulantes de la capitana de Chile en aquellos momentos de patriótica angustia. Faltaban todavía dos horas para que la claridad del día descendiese de las colinas á las olas, y si aprovechando la obscuridad, los ágiles enemigos burlaban la vigilancia del "crucero de Mejillones", ¿á qué quedarían reducidos los esfuerzos hechos por la quinta vez para su captura? Y si el capitán Latorre se había ido más allá de la línea propicia del acecho, ¿cómo viniendo del oeste sería dueño de cortar la proa de los fujitivos que ganaban francamente el norte, arriados por las humaredas cada momento más lejanas de los perseguidores?

La ansiedad á bordo del "Blanco" era terrible.

VI

En la cámara del blindado peruano reinaba, al contrario, la paz de la confianza y hasta la burla fina y alegre del último ingenioso chasco jugado al adversario.

A las seis aclaró el día y alumbró el triunfo náutico aparente y la venturosa estela de los peruanos. El contralmirante Grau, fatigado con la larga velada, echóse en su lecho con el primer albor que alumbraba el derrotero de su afortunada embarcación. El "Huáscar" andaba á esas horas diez y tres cuartos de milla, la "Unión" catorce, el "Blanco" apenas ocho, la "Covadonga" menos. El almirante peruano podía echarse á dormir á buen recaudo.

VII

Pero de improviso, y cuando el sol asomaba tras los médanos, el vijía del "Blanco" dió el esperado grito: **¡Un humo al noroeste!** Y en seguida y sucesivamente repitió con la claridad del bronce en bronceado pecho estos dos ecos de alarma que eran dos ecos de victoria: **¡Dos humos, tres humos a noroeste!**

No había lugar á duda: era Latorre que llegaba en la hora, en el sitio y en la manera que la esperanza y la gloria de Chile lo requerían.

Un ¡hurra! atronador resonó en el puente y en las cofas del buque almirante: era el saludo de la batalla tantas veces buscada por aquellos hombres animosos y vengadores.

Y ¡cosa extraña! es de creer, por el horario de los partes oficiales, que los chilenos avistaron el crucero de Mejillones con anterioridad á los confiados vijías del monitor ya puesto en cobro. Aquéllos á las siete de la mañana, los últimos un cuarto de hora más tarde.

VIII

Honda como el océano y súbita como sus cambios fué la emoción que ganó á un tiempo los ánimos de los tripulantes del monitor fujitivo, y mayor el sobresalto y la inquietud que reinó desde el primer momento en la cámara de su rápida pero infiel consorte. Sabía el comandante de ésta que le era fácil escapar. Pero el jefe del convoy sabía que era preciso morir y su tranquila y casi impasible serenidad infundía aliento á los desazonados en torno suyo.

Montaba la guardia matinal del monitor el teniente don Melitón Rodríguez, que allí murió; y era tal la confianza en la escapada de todos los espíritus, que cuando el tope gritó: **¡Humos al noroeste!** no pudo aquel oficial evitar un movimiento de indignación, y suponiendo que el vijía equivocaba su visual en los buques chilenos que avanzaban lentamente á retaguardia, gritó-le con ira: "¿No ves, bruto, que son humos del sur?"

El vijía entretanto no podía equivocarse...

El teniente Rodríguez hizo en el acto despertar al contralmirante Grau, y echando éste sobre sus espaldas su tradicional capote de cintura que le tocaba los tobillos, comenzó á pasear pensativo por la cubierta atusando de cuando en cuando sus grises bigotes, encanecidos en el servicio ingrato de más ingrata patria.

Su ojo experto de marino, auxiliado por poderoso lente, habíale revelado, á la primera mirada escudriñadora del horizonte, la desesperante intensidad del drama, y contemplando la majestuosa masa del "Cochrane" que avanzaba levantando con su quilla penachos de espuma, se limitó á decir con cierto aire melancólico y expresión sombría de la voz y del semblante: **¡Es Latorre!**

Era, en efecto, el vencedor de Iquique que á su hora llegaba. Traía éste su división en ala, como el cóndor que da caza al buitre entre las breñas, ocupando con su acorazado el centro y trayendo á la "O'Higgins" y al "Loa", que le servían de garras, aquélla al norte, y el último barco, más veloz, por el lado de babor, formando así el circuito que la segunda división venía lentamente estrechando por el sur. El destino devolvía ahora al "Huáscar"

"el corral de buitres", en que seis meses hacía encerrara á la "Esmeralda", junto al Colorado.

El contralmirante Grau acercóse á la máquina y dando el grito de "Full speed!" fué resueltamente á colocarse en su puesto en la torre de combate, excelente blanco para las punterías enemigas.

IX

En tales condiciones el combate no podía ser dudoso, pero vino á descubrir el profundo desaliento y desconcierto del enemigo una maniobra cobarde de la "Unión". Destruyendo ésta el orden del convoy que había traído, precipitóse en abierta fuga hacia el norte, gobernando como flecha y apretando á un mismo tiempo las válvulas de los cilindros y la de los corazones, que para huir hácese ello preciso, echando juntamente á los fogones la honra y el rubor, llama luciente que guía en la batalla.

El capitán García ha declarado en una carta pública al oficial de señales del "Huáscar", el teniente Gárron, que no recibió orden de ningún género. ¿Y cómo entonces se atrevió á huir sin orden? ¿Cómo abandonó al monitor? ¿Cómo desertó del jefe, del amigo y la bandera?

En ese mismo tiempo, el "Huáscar", desesperando de cortar la proa del acorazado chileno que ahora corría doce millas francas, torció su rumbo hacia la punta de Angamos, lugar que en indio significa "fantasma blanco" y tal lo parece á la distancia. Tal debió también parecerlo á los peruanos...

X

Creyése por un momento que el monitor, vencido sin haber peleado, corría á estrellarse contra los farellones de la costa. Pero el contralmirante Grau no era hombre de ese temple, y una vez elegida su posición de combate cerca de la costa, dió su costado á su formidable perseguidor, y á la distancia de tres mil doscientos metros disparó su primer cañonazo de reto.

Eran en ese momento las 9.25 de la mañana, y el

combate cuerpo á cuerpo comenzaba de hecho. El comandante del "Cochrane", sereno como en un día de parada, de pie sobre el puente, cruzado de brazos y con los ojos de águila fijos en la presa, por todas partes antes perseguida sin ser hallada, se lanzaba silencioso con su poderoso andar sobre la proa del "Huáscar". Oportunamente había hecho señales á la "O'Higgins" y al "Loa" de perseguir á la fujitiva "Unión". Venía solo. Y así sobraba para su éxito y para su gloria.

El "Cochrane" aguantó estoicamente los dos primeros disparos del monitor, cuyos proyectiles pasaron silbando sobre su borda, y sólo cuando estuvo casi á tiro de rifle de su competidor dió el impávido comandante la señal de **¡fuego!** que todos los brazos reclamaban. En ese instante no se sentía en las férreas baterías del blindado sino el denso respirar de sus artilleros, enclavados sus ojos en los cabos de cañón y la pupila de éstos inmóviles como el acero de las alzas de sus formidables cureñas.

El acorazado venía en ese momento caldeado como un proyectil de fuego. Era tal el intenso calor de la máquina, llevada á su mayor presión, que los cirujanos administraban éter á los fogoneros que sacaban á cubierta desmayados. Así es como se alcanza á los que huyen, y así es como se pelea cuando se les da alcance.

Rebasaba en ese instante el "Huáscar" la punta Angamos, y cruzaba casi en línea recta hacia el norte la ancha y esplendorosa bahía de Mejillones iluminada á esas horas por radiante sol, digna así de servir de lecho á aquel combate, y como el "Cochrane" navegaba á toda fuerza por su costado de babor, el monitor cayó, por un movimiento natural de los nerviosos timoneles, un tanto al lado opuesto, y así acortóse la distancia hasta 450 metros. Los dos buques encontrábanse en ese momento decisivo jun-



Don Galvino Riveros

to á Punta Tames, que encierra la ensenada de Mejillones por el norte.

XI

Los movimientos puramente náuticos del acorazado chileno revelaban hasta ese momento la más consumada destreza por parte de su joven comandante. Evitando ponerse de frente para cortar el paso al fujitivo, movimiento siempre peligroso contra la fiera y contra el ariete, pegóse al contrario á su costado de babor, y un tanto á retaguardia de su débil popa, para enflar ésta y destruir así desde el principio del combate sus aparatos de gobierno, única esperanza de salvación que quedaba al perseguido.

De esta suerte el hábil cuanto valeroso marino chileno conseguía también dificultar los disparos de la torre de combate que el alcázar del monitor cubría á popa. Y es de notarse que este movimiento del "Cochrane", justa y calorosamente aplaudido por los hombres de la ciencia náutica en el extranjero, fué conservado con rara maestría durante todas las peripecias del encuentro, no obstante los excéntricos movimientos del monitor que se azotaba entre las olas como un loco. Un perito inglés ha llamado "admirable" esta táctica de combate de nuestro buque vencedor.

XII

El primer disparo del "Cochrane" no tuvo efecto. Pero rectificadas las punterías, el monitor convirtiéndose en blanco de las imponderables punterías de los rudos cabos que había adiestrado el inteligente comandante Simpson. El segundo disparo perforaba la torre de combate con el terrífico efecto que todos han podido admirar en las muestras de su blindaje exhibidas en Santiago; el tercero ó cuarto aventaba la torre del comandante del buque y con ella al bizarro jefe que allí tenía su puesto y cuyo torso fué arrojado como leve astilla en el espacio, al paso que su ayudante, el teniente don Diego Ferré, mozo entusiasta y animoso, que en Arica protestara con calor contra la infamia de poner á la jineta la bandera del Perú sobre la de Chile, era llevado moribundo á la sala de cirujía por el efecto de la espantosa concusión de los proyectiles.

Díjose en aquel tiempo que el ayudante del contralmirante Grau había muerto "de susto", porque no se le encontró lesión visible, pero evidentemente pereció por efecto de la vibración, como los tripulantes del "Merrimac" en el combate de Hampton Roads en 1863. El desdichado oficial fué arrastrado á pulso por el carpintero segundo del buque, bordelés de nacimiento, y que, como más adelante veremos, tuvo para el caso una palabra espiritual de buen francés.

Después del desdichado comandante en jefe del "Huáscar" había tomado su puesto entre los escombros de su cuerpo y del blindaje, dando muestras de enérgica serenidad en el deber, su segundo, el capitán don Elías Aguirre, cuyo nombre y cuyo noble sacrificio consagra hoy una de las baterías del Callao. Pero arrebatado casi instantáneamente por el estallido de una bomba como su predecesor; puesto fuera de combate por los destellos de otra dentro de la torre de combate el mayor de órdenes, don Melitón Carvajal; muerto el bravo teniente Rodríguez, que apuntaba los cañones asomándose por la tronera de la torre; atascada ésta por las bombas, y por último acribillado de heridas el heroico teniente Palacios, que tomaba la distancia de combate y atendía á todas las emergencias, cupo el mando del desmantelado barco al teniente don Pedro Gáezon, mozo al parecer bravo, pero, al parecer, no poco jactancioso. Dentro de la torre quedaba moribundo un artillero francés llamado Julio Pablos, que era el favorito de la tripulación en los días de combate.

XIII

Arrasadas así las vidas en el espacio de pocos minutos, los artilleros del "Cochrane" daban cuenta juntamente de las partes más esenciales del desmantelado barco y de su manejo. Rotos por una bomba los guardines de su timón, el monitor quedaba sin gobierno, con su torre embarbascada, sin jefes y hasta sin bandera, porque á las diez y diez minutos, esto es, media hora después de roto el fuego, era arriada aquélla por mano pusilánime ó caga á la cubierta por el efecto de los proyectiles, según lo han asegurado los peruanos y nosotros lo creemos porque siguieron peleando.

Continuaban, en efecto, batiéndose noblemente los últimos sobrevivientes entre los oficiales, sosteniendo los fuegos de la torre los dos tenientes de Caldera Díaz Canseco y Santillana, que por un verdadero milagro escapaban ilesos.

El humano comandante Latorre, juzgando terminado el combate al divisar al enemigo sin insignia, ordena tocar **alto el fuego!** y disponfase á abordar su presa desde la distancia de doscientos metros en que se hallaba, cuando volvió á flotar en el único mastelero del monitor la bandera de pelea.

Rompió de nuevo sus fuegos con espantoso estrago la batería del "Cochrane" sobre el casco á flote del taimado barco peruano, que de hecho estaba vencido, cuando llegaba en ese instante en su auxilio el "Blanco". Y entraba éste en la batalla con tal

brío al espolón, que estuvo á punto de producirse una fatal colisión entre los dos blindados chilenos. Era el ansia de la victoria, vértigo de los más nobles ánimos, lo que tal peligro provocaba.

"El "Blanco", dice el comandante Latorre en su severo parte de la acción, guardado hasta última hora por nimiedades en los archivos, en su rápido ataque sobre el monitor se interpuso entre él y nuestro buque, de tal modo que hubimos de girar sobre babor y el "Blanco" sobre estribor, motivando así que la distancia entre el "Huáscar" y el "Cochrane" se aumentara, de 200 metros á que estaba, á 1,200". Se ha dicho también que en esta falsa maniobra, el "Blanco" metió una bala en la popa del "Cochrane", causándole considerable daño, porque aunque por fortuna no reventó, hirió con los astillazos á varios marineros. Mas, aunque el hecho dáse como efectivo en razón de que el buque así herido no presentó en ninguna ocasión su popa al monitor, por otros ha sido negado si bien no contradicho.

Es ese de todos modos un simple accidente de combate, como en tierra firme la carga de los granaderos contra los navales en el alto de Tacna.

XIV

Descrita por los dos acorazados chilenos la fuerte curva que el riesgo de su próxima colisión les imprimiera, quedó el "Huáscar" á vanguardia de uno y otro, pero encerrado dentro de un verdadero círculo de hierro, y aunque intentaba gobernar desesperadamente y como fiera atolondrada por el terrible golpe en el espeso bosque, ya en un rumbo ya en otro, lo más que lograba era evitar los golpes de ariete que en dos lances sucesivos le llevaron cada uno de los nuestros. Y en tales casos, si escapaba al espolón era para recibir de lleno, á diez ó veinte metros de distancia, los disparos por depresión de ambos blindados, que iban convirtiendo en hacinamiento de ruinas y de cadáveres el antes fornido merodeador.

Al fin el "Huáscar", como bravo novillo desangrado que se escapa del toril, hizo un agonizante ademán para dirigirse al norte, y viéndose sin salida se rindió, parando su máquina para sumergirse. Hablando de su última hora uno de sus tripulantes, prisionero en el cuartel de artillería de Santiago (el carpintero francés Ides Kerssant, de Burdeos), decía con mucha propiedad, y tal vez por reminiscencias propias, como hijo de lugar de viñas, que el monitor parecía "un hombre ebrio á quien dos gendarmes llevaran á planazos al depósito de policía". Los dos gendarmes se llamaban esta vez "Blanco Encalada" y "Cochrane" y eran dos almirantes de Chile que hacían la policía de sus mares...

XV

En el acto pasó á su bordo un bote del "Cochrane", y fué digna de notarse la inalterable serenidad con que el comandante victorioso dispuso su embarque. Iban, en efecto, en el bote el capellán, el cirujano, un ingeniero, un contra maestre, soldados de guarnición para custodia, marinos para la maniobra, en una palabra, cuanto se necesitaba para el caso y todo á las órdenes del intrépido oficial don Juan Simpson. Minutos después llegaba al costado del rendido monitor otro bote del "Blanco", comandado por el desdichado segundo comandante de ese buque, don Guillermo Peña, que era sólo una especie de proyectil de carne ruda, elegido bien, bajo este sólo concepto, para el caso. "Pintar la escena de desolación, cuenta un corresponsal que se hallaba no lejos del combate en aquel día, y el espectáculo de carnicería que ofrecía la cubierta y entrepuentes del "Huáscar", es cosa para suponerla. La cubierta era invadida por los heridos á quienes se traía arriba con el objeto de sacarlos de la atmósfera pesada y cargada de humo que abajo se respiraba, y por algunos marineros, que temerosos de que la nave se hundiese ó volase por los aires, una vez que el fuego alcanzase á la Santa Bárbara, se disputaban la primacía de abandonar el buque. Lo que una vez fué cámaras, salones y camarotes era ahora un hacinamiento de madera trozada, ropa despedazada, miembros humanos, sangre y cascos de granadas en la más horrible confusión: los pasillos de la torre estaban sembrados con los restos de marineros muertos en ella ó manejando las cigüeñas con que se la hace girar; y por cualquier parte del buque á donde se volviera la vista no se presentaban sino ejemplos de los efectos increíbles producidos por las explosiones de las granadas Palliser de los blindados.

"Había el "Huáscar" recibido dos tiros en el castillo, dos dentro de la torre y tres que no le perforaron, dos en la chimenea, dos en la torre del comandante, varios en cubierta, uno en un cañón, cinco sobre la línea de agua á estribor, tres á babor y dos por la popa, amén de varios que no penetraron en el blindaje del costado y de una infinidad de pequeños disparos de rifles y ametralladoras que dejaron el buque acribillado con sus señales. Los nuestros, en cambio, sólo tuvieron tres golpes recibidos por el "Cochrane" y muchos tiros de rifles en ambos buques.

"De los restos del comandante Grau sólo ha podido recogerse, aparte de las piernas, un trozo de mandíbula que se reconoció por los dientes tapados con oro".

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA

CONVERSANDO SOBRE ARTE

Los orígenes del arte moderno • Tres aspectos del arte de la pintura • Rafael, Rembrandt y Velasquez.

(A don Carlos Silva Vildósola)

LAS grandes jornadas de la Humanidad se materializan, si así puede decirse, en ciertos nombres que para la posteridad sintetizan los trozos de camino del progreso recorridos de vuelta á vuelta, de siglo á siglo. Hay que reconocer, sin embargo, que á muchas, muchísimas personas, aún de mediana cultura, les sería muy difícil explicar claramente lo que han hecho estos hombres ilustres; pero eso que han hecho ha sido tan importante que aún cuando sólo una elite muy selecta haya podido, al principio y también mucho tiempo después, comprenderlo, sus nombres pasaron de la fama á la gloria, luego á la popularidad, y, hasta en ciertos casos, á la leyenda, como he leído, no sé dónde, que está ocurriendo con Napoleón en la Rusia y en la China!

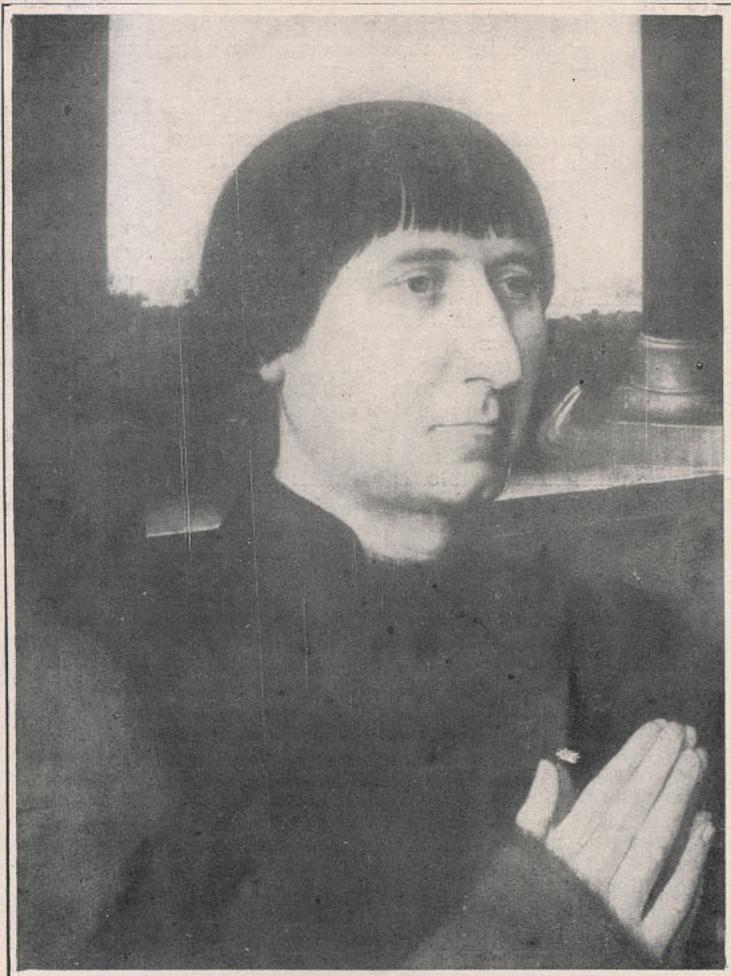
Estos nombres populares, familiares á todo el mundo, son los de Alejandro, de César, de Colón, de Napoleón, de Copérnico, de Galileo, de Newton, de Pascal, de Descartes, de Rousseau, de Dante, de Cervantes, de Shakespeare, de Molière, para no citar sino los que, á cada momento, vienen á salir en las conversaciones, en los diarios, en las revistas y en los libros. Mi intención, con este preámbulo, no es lanzarme en altas consideraciones filosóficas, para los cuales estaría muy mal preparado y, además, que saldrían completamente del marco de una charla sobre arte, sino sencillamente constatar que lo que ha pasado con los grandes capitanes, sabios, filósofos y literatos, pasó igualmente con los grandes artistas cuyos nombres son conocidos en los más escondidos rincones del mundo por personas que no tienen ni esperanzas, y muchas veces ni ganas de conocer sus obras. Fidias, Rafael, Leonardo, Miguel Angel, Rubens, Rembrandt, Murillo, Velasquez, pertenecen, nadie lo negará, á esta categoría de genios popularizados; pero si la gloria es igual, los genios han sido muy distintos y muy diversas sus influencias. Entre todos ellos, me parece que se puede colocar en un sitio muy especial á Rafael, á Rembrandt y á Velasquez, no porque su genio fuera más poderoso que el de los otros nombrados, sino por su influencia y porque los tres fueron los iniciadores de los tres grandes aspectos, como seguimos entendiéndolos hoy día, de la vida en el arte: Rafael, con el sentimiento humano, el dibujo y el movimiento en la línea; Rembrandt, con la vida íntima y la luz del claro oscuro; y, en fin, Velasquez, el más cerca de nosotros, el más joven, el más accesible, con el ambiente del aire puro, con la luz difusa, con la pura naturaleza.

Ocurre en el caso de los grandes artistas algo muy distinto de

lo que pasa con los sabios: los más ilustres de estos últimos, efectivamente, han conquistado su gloria haciendo descubrimientos que en su mayor parte dejaron ellos en un estado embrionario, pero cuya prodigiosa importancia la constituye la orientación completa-



Rembrandt



Memling

mente nueva que dieron á ciertas ciencias, cuyos efectos y proyecciones debían cambiar la faz del mundo y la marcha de la humanidad. Así, Salomón de Caux, Papin, Schwartz, Fulton, Franklin, Volta, Montgolfier, Daguerre, etc., no pudieron ellos mismos dar á sus milagrosos descubrimientos sino una forma muy embrionaria, pero de estos embriones iban á salir los esplosivos, la locomotora, el buque de vapor, todos los prodigios de la electricidad; los globos dirigibles, los aeroplanos, los cinematógrafos... En cambio, los artistas geniales que han encontrado algo original, abierto nuevos horizontes y caminos desconocidos, han, al mismo tiempo, llegado ellos mismos á la más alta y definitiva cúspide en el nuevo terreno por ellos descubierto. Rafael, rompiendo definitivamente los moldes en que estaban encerrados los pintores que llamamos *primitivos*, cambiando las fórmulas que se transmitían de maestro á discípulo los pintores de imágenes, fórmulas fatalmente condenadas á caer en el amaneramiento cuando no eran empleadas por ciertos artistas supra humanos y que pintaban, más con su fé y con su alma que con sus ojos y sus manos, como, por ejemplo, el seráfico Fra Angelico; Rafael hacía por el arte lo que los hombres de la Revolución Francesa hicieron, después, por el pensamiento filosófico y la idea de la libertad; mostraba los infinitos horizontes de una forma de expresión que, hasta él, había parecido limitada y convencional. Es indudable también que el arte, que en todas las civilizaciones anteriores había sido casi exclusivamente dedicado á fines religiosos, confeccionando ídolos y dioses, encontraba en el cristianismo, desde luego, la obligación de humanizarse, cambiando los símbolos de los sentimientos y de las fuerzas naturales por la representación de los sentimientos más puros y delicados: la maternidad, la caridad, la fé. Al aspecto exterior de las figuras venía á sobreponerse el aspecto interior y al principio puramente místico. De ahí también la forma rígida y ascética de las figuras religiosas de los *Primitivos*, iluminada á ratos por genios adivinatorios, como los de Van Eyck, Mabuse, Memling y Quintín Matsys.

Lo que hizo Rafael, guiado es cierto por las maravillas de la es-

tatuaria griega que entonces salían del olvido y de la tierra que los escondía desde tantos siglos, fué anudar esta perfección en la forma, esta vida exterior que dieron á sus obras los escultores griegos con el sentimiento intenso, la vida interior, que era la principal preocupación de los primeros pintores cristianos; y esta revolución en el arte, que había sido divisada por algunos precursores, él la hizo con un genio tan soberano que, al mismo tiempo que indicaba el nuevo camino, llegaba primero á la nueva meta donde ninguno de sus sucesores ha alcanzado todavía á ir á juntarse con él.

Rafael es, pues, además del autor de las obras más sublimes y definitivas, el iniciador de un aspecto del arte moderno, el creador del dibujo y de la comprensión que tenemos de la forma.

El hizo en su arte lo que Bach y Beethoven en la música y Glück en la ópera: crear una forma definitiva de expresión susceptible de las más infinitas modificaciones con un principio inmutable.

Pero él todavía no se interesaba por lo que pasaba al redor suyo, fuera de los casos en que tenía que hacer retratos; y cuando veía, como ningún otro pintor, exceptuando quizás á Millet (y últimamente á Carrière), lo supo ver, á una joven madre acariciando á su niño, era en forma de madona que trasladaba al lienzo su exquisita visión. Tampoco parece que diera mucha importancia á la atmósfera aérea; y si en sus obras no se nota que falten estos dos elementos, es más bien porque el genio del pintor era tan completo que poseía en sí todas las expresiones del arte é instintivamente evitaba todo lo que podía chocar, pero sin preocuparse verdaderamente de este aspecto de la pintura. Su orientación hacia las grandes composiciones decorativas y los cuadros puramente religiosos ó los retratos de grandes personajes, le alejaban también de este orden de ideas más objetivas.

El clima y la luz cruda del cielo de Italia, que suprime los planos y recorta las figuras en siluetas muy marcadas, en que los colores conservan toda su intensidad y en que las medias sombras "las demiteintes" casi no existen, no favorecían tampoco este estudio de la atmósfera y del aire ambiente por parte de artistas que no tenían todavía la revelación de este elemento artístico ni la sensibilidad de los ojos para percibirlo y analizarlo. Además, la vida cortesana del Renacimiento con sus pompas exteriores, sus fiestas magníficas de grandes efectos brillantes, su exhuberancia y su majestad, no era á propósito para incitar á los pintores á la sutileza que requiere el estudio de los delicados matices de la luz y de los reflejos. Los países indicados para esta nueva conquista en el dominio del arte eran los del Norte, con su atmósfera má nebulosa, con sus interiores sombríos y su vida íntima plácida y concentrada.

Efectivamente, es en Flandes y en la Holanda donde encontramos los primeros cuadros en los cuales el interés reside en la reproducción exacta de escenas familiares y en que todos los objetos y la atmósfera misma hacen su papel. Si, en este orden de ideas, los pintores holandeses han llegado á la perfección; hay que reconocer, en cambio, que su arte era muy "terre à terre", muy poco ideal y su interpretación muy directa y estrecha. Lo que hubo de incomparable en ellos fué el sentimiento de la atmósfera en los interiores: en ciertos cuadros de Peter de Hooghe se ven filas de piezas que se van perdiendo llevando la mirada á través de sus puertas abiertas, y en la sucesión de estas piezas se puede notar y distinguir el color propio y la variedad en la intensidad de la luz de cada una de ellas: es un "tour de force" casi inconcebible. Pero los que ensancharon este arte, añadiendo á estas cualidades muy especiales un sello de maestría y de arte superior, fueron Franz Hals y, sobre todo, el gran Rembrandt. La intensidad de vida, el

carácter que supo imprimir este genial artista á las figuras que pintó, no han sido superadas en ninguna época; pero lo que él introdujo, sobre todo en la pintura, lo que llegó á ser el elemento principal de sus cuadros, fué la luz y la sensación de relieve y de solidez, y también la atmósfera que rodea la figura pintada y que, perdiéndose hasta el fondo del marco, sale también de él para mezclarse con la atmósfera real que rodea al espectador. Sin embargo, Rembrandt no salió de estos efectos violentos del claro obscuro y de la luz dorada conseguida por el contraste violento con las sombras fuertes y vigorosas: el partido que él sacó de esta fórmula fué incomparable y prodigioso; pero era una fórmula, sin embargo, que no abría

grandes horizontes porque era muy marcada y porque el genio de Rembrandt la había hecho tan suya que todo artista que quisiera adoptarla después era condenado á caer en la imitación. Además, era un efecto y una luz muy especiales, nó de los que se ven constantemente sino en ocasiones muy raras y en condiciones particulares...

Velasquez era el que debía ver la verdadera luz del día, sentir la atmósfera y el aire que todos respiramos; á él le estaba reservado conocer y hacer conocer la sensibilidad en la visión y comprender que los colores en la naturaleza no son nunca, no pueden ser absolutos, sino modificados, atenuados, armonizados por la capa de aire que se interpone entre todo objeto y el ojo que le está mirando; capa de aire que ella misma se modifica según la época, la hora, el estado de la atmósfera, los reflejos y muchos otros accidentes naturales. Y esta sensación de la atmósfera y de la luz tranquila y plateada, Velasquez la conservaba en todos los medios, muy variados, en que colocaba las figuras de sus cuadros. Encuentro en unas notas escritas al día siguiente de mi primera visita al Museo del Prado una impresión fresca y viva que pongo aquí tal como la escribí en esos momentos de gran emoción. Dicen estas notas: "La completa realización de todo lo que esperaba de la obra de Velasquez me ha causado una alegría infinita. Este es *El Pintor*, sin poder hacer comparaciones con Rafael y los grandes italianos, admirablemente representados también en este Museo, y que son tan grandes, quizás más grandes *artistas* que él, pero él es *el pintor* que supo anudar toda la nobleza de la Escuela Veneciana con toda la vida íntima de la Escuela Holandesa. Es pintor, pintor antes que todo. amante de la bella factura, gozando en trabajar y amasar los colores, sin perder nunca la distinción y el carácter de la forma y abrazándolo todo, asimilándose los asuntos ó temas más variados. Ora en sus admirables retratos de los reyes



Velasquez

de España, ó en el cuadro de *Las Lanzas*, haciendo destacarse las figuras sobre fondos admirables de composición y de invención, paisajes soberbios pero sintetizados y sin realidad directa; ora, al contrario, colocando la escena en un medio escrupulosamente, fotográficamente exacto, como la *Fábrica de Tapices*, escena real y realista, ó las *Meninas*, inmensa tela de retratos formando cuadro que por la exactitud y la preciosidad de los detalles ó del ambiente y la realidad de la atmósfera, tiene en sus vastas proporciones la intensidad de un Terburg ó de un Peter de Hooghe, y además, el gran estilo, la soltura y la soberana maestría de la ejecución..."

No es la intención de este estudio describir las obras maestras del genial pintor español: sobre este solo cuadro de las *Meninas* se han escrito páginas y páginas y se podrán escribir más y más, sin agotar el tema. Para mí esta tela es la última palabra en la sensación de la vida, como también en la ejecución pictórica; ninguna otra obra me ha dado esta impresión de hacerme entrar en ella, como ocurre con esta, cuya atmósfera, á los pocos minutos que uno se encuentra delante del cuadro, sale misteriosamente del marco, viene á envolver al espectador, lo saca de la realidad y del momento presente para hacerle entrar y vivir en la misma tela en

que Velasquez en persona está pintando el retrato de Felipe IV y de la reina... Velasquez fué, pues, el primero que vió la naturaleza sencillamente tal como es: ningún otro pintor ha podido ser nunca más sincero y de mejor fé que él. Abrir los ojos á la realidad y á la verdadera luz del día es una cosa que parece verdaderamente el colmo de la sencillez, y, sin embargo, era una cosa tan nueva y todavía tan prematura que se necesitaron siglos para que la manera de ver y de sentir la naturaleza y también de expresar las sensaciones que inició Velasquez, llegara á imponerse generalmente y á formar escuela; toda la escuela moderna, cuyo legítimo, verdadero y único jefe é iniciador es, á través de tres siglos, el mismo Velasquez.

Existen en el Museo del Prado varios cuadros del mismo maestro que al artista no prevenido, que los ve por primera vez, producen la más extraña sensación: son estudios de paisajes, hechos en Roma, y cuyo parecido en el color, ejecución y sentimiento con ciertos cuadros análogos de Corot, es completamente asombroso, sobre todo si se considera que Corot no pudo haber conocido estos cuádrillos cuando pintó los suyos. Entre Velasquez, Goya y Corot, poniendo en un lugar aparte los grandes decoradores venecianos y Tiepolo á su cabeza, y exceptuando quizás en grados distintos las delicadas composiciones de Chardin, los retratos ingleses del siglo XVIII y también los pasteles de Latour, ninguna pintura de escuela alguna ofrece esta frescura y este gris plateado tan característico, esta soltura y ligereza en la ejecución y esta especial valorización que distinguen las obras de los tres grandes maestros. Goya fué, indudablemente, quien reanudó la tradición, pero de una

manera todavía aislada y puramente personal, y Corot se nos aparece después de las orgías de colores de los románticos como el gran *limpiador* de ojos de sus contemporáneos: es permitido, pues, creer que fué él quien preparó á los artistas de su generación y de las siguientes para comprender á Velasquez y tomarlo resueltamente como inspirador y maestro. ¡Y qué maestro más cariñoso, más sencillo y más alentador! Mientras que sus geniales compañeros de gloria, los Rafael, los Miguel Angel, los Veronese, Ticiano, Rubens, lo aplastan á uno, dejándolo espantado y descorazonado, Velasquez deja que se acerquen á él, se pone al alcance de los jóvenes que quieren estudiarlo, permite que se siga el proceso de sus conquistas en su arte: no se avergüenza de corregir en algunos de sus cuadros trozos que le parecen defectuosos ni de que se vean las señales de tales correcciones.

Parece decir á los jóvenes: "¡Miren! ¡Hagan como yo! ¡No es difícil! ¡Sencillez y sinceridad delante de la naturaleza!" Y dice también que su arte no tiene límites porque no tiene fórmula estrecha: él dió la llave para abrir la puerta á la luz diáfana, á la atmósfera, al aire puro.

Durante mucho, muchísimo tiempo, esta llave no se usó; pero, al fin, la puerta se abrió y con eso se inició una era enteramente nueva en el arte universal. Más, debemos todos los que hemos entrado en este camino, bebido en la fuente vivificante, un gran saludo al maestro, al verdadero iniciador de lo que llamamos hoy la escuela moderna, á Ve-

RICHON BRUNET



Las Meninas de Velasquez

lasquez.



VIDAS INTENSAS

¿NO te ha ocurrido, lector, en un momento de tedio, hallar que tu vida era opaca, insulsa, insignificante, y no merecía la pena de haber sido vivida? No ha sido en una hora de dolor, de esas que despojan de su horror á la muerte y nos la hacen amar, cuando tuviste esa visión desalentada de la vida. Aquel día no te ha ocurrido nada de particular. Repasando tu vida no encuentras que haya sido mala. No te ha faltado el sustento, has amado á una mujer bonita y buena, aunque un poco vulgar, has creado una familia, tienes buena salud, te consideran tus relaciones, pasas entre tus amigos por un buen muchacho, no eres jorobado ni misántropo, que es como tener una joroba en el espíritu; te has creído feliz, has dejado correr blandamente la existencia; pero en aquel momento te parece que la luz blanca y fría de una revelación interior se ha hecho en tí. Las aguas del lago quieto de la representación han adquirido una transparencia extraordinaria que te permite ver dibujada en ellas la sombra de tu propia vida. Eres espectador de tí mismo y encuentras que esa existencia, que muchos hombres envidiarían, no tiene relieve estético, es prosaica, mezquina, vulgar. Eso te entristece y te rebaja ante tí mismo.

Entonces envidias las vidas intensas. Salen de tu memoria figuras olvidadas. Se te ofrecen en contraste con la pobreza emocional de tu vida los héroes del día y cruzas por tu espíritu la teoría de las vidas que quisieras haber vivido.

Ese es el hombre del peligro. Ha ganado carreras en automóvil. Se ha roto alguna vez un hueso y se lo han compuesto. Ha hecho peligrosas ascensiones en globo y ha estado á punto de que le tragara el mar, hacia donde le llevaron, malévolos y burlones, los vientos; ha subido á los

nevados picos de los Alpes, bordeando los ventisqueros, pendiente de un resbalón del gufa, de un traspies, de la rotura de una cuerda. Ha gozado la áspera é intensa voluptuosidad de hallarse cara á cara con la muerte, de luchar con ella á brazo partido y de tumbar á la esquelética furia, alejándose de ella victorioso.

Ese otro es un artista cosmopolita. Conoce todos los *sleepings* que ruedan por las líneas férreas de Europa, todos los transatlánticos que van para y vienen de América. Ha parado en todos los hoteles, ha bebido en todos los bares; públicos de naciones diferentes le han contemplado y le han aplaudido en teatros de París, de Londres, de Milán, de Munich, de Viena, de Nueva York. Y ha conocido también las horas amargas de miseria é incertidumbre, los trajes deslucidos, las alhajas empeñadas, la soberbia insolente de los empresarios desdeñosos, la mirada despreciadora y compasiva de los camaradas famosos y ha tenido una voluntad intensa, ardiente, dominadora, cuyo empuje continuo, tenaz, repuesto al instante de los pasajeros desmayos, le ha abierto camino.

Aquel es soldado. Ha conocido las horas de suprema embriaguez en que hasta la muerte es una apoteosis. Ha corrido por las llanuras de la Manchuria al galope de su jaca mongola, perseguido por un tropel de cosacos, llevando órdenes y despachos, resuelto á morir antes que dejarse coger. Al frente de un puñado de hombres aceitonados como él, de agilidad de simios, de valentía espartana, ha corrido en una carga loca hacia una trinchera rusa, ha roto el seto de alambre entre el silbar de las balas; ha escalado gateando el talud, apoyándose en el cadáver caliente de uno de sus compañeros, y ha sepultado el sable en el pecho de un gigante rubio, de pálida é inexpresiva faz, que le apun-

taba con el revólver y en cuyo blanco uniforme brillaba una cruz. Ha marchado bajo un sol abrasador, ha pasado hambre y sed, ha dormido cuatro horas en los campamentos, ha sentido rondar en torno suyo á la muerte invisible, que cantaba su canción de azar y de misterio en el silbido de las balas y rugía, como el león bíblico, en el estampido del cañón; ha gozado la sublime borrachera de la gloria, la exaltación suprema de la personalidad que hace olvidar las penalidades y el peligro.

Este otro hubiera sido en la antigüedad ciudadano de Sibaris. Su obra de arte es su propia vida, llena de recuerdos de dulces victorias amorosas. Ha tenido duquesas, actrices, cocotas; ha ejercido la misteriosa sugestión del *homme à femmes*, que no es mejor mozo, ni más ingenioso, ni más galán que otros; pero del cual emana un no sé qué, una victoriosa sugestión masculina que se lleva detrás el capricho de unas mujeres, el alma de otras.

Así desfilan ante tí las vidas intensas, nobles unas, viciosas y depravadas otras. Tu pobre vida te parece bien opaca, bien triste y bien pequeña, comparada con ellas y crees que has equivocado la ruta del vivir. Pero el pesimismo sale á consolarte, diciéndote, con palabras del maestro, que lo positivo es el dolor, lo negativo el placer, ausencia de dolor. Todas esas vidas intensas que tú has envidiado un momento, tuvieron horas de angustia y de humillación en el potro del dolor. Tu vida sosa y prosaica ¿oyes? es nada menos que la felicidad, que la ilusión embustera nos ha pintado siempre vestida con brillantes trajes de máscara y que cuando viene á nosotros tal como es, humilde y sencilla, nos parece tan poca cosa que no queremos reconocer en ella á la altísima señora con quien soñábamos.

F. GOMEZ.



Lady Wallcourt.—Lawrence

Simón y Juan Francisco Gonzalez

ENTRE los artistas que se imponen á la consideración de nuestro pequeño mundo intelectual, descuellan ventajosamente dos luchadores infatigables, dos hermanos de original talento. Los dos han seguido sendas diferentes en el campo del arte y han alcanzado, en sus diversas manifestaciones, una distinguida personalidad. Simón Gonzalez, discípulo de Zijalbert, es un escultor cuyos triunfos en París le han valido una medalla de oro. Su hermano, Juan Francisco, colorista por excelencia, perpetuamente enamorado de nuestra rica naturaleza, la interpreta en sus más variadas y caprichosas fases.

Por la eterna ley de los contrastes, estos dos privilegiados temperamentos han dirigido sus ideales á objetivos enteramente opuestos. El uno sólo concibe la forma humana; los colores no le interesan como la pureza de una línea, la graciosa silueta de una mujer ó la difícil modelación de un torso. Se complace en dominar la materia, y, para dar forma á sus concepciones, funde el bronce ó anima el mármol al golpe certero de su cincel. En cambio el otro hermano, apasionado del color, cubre nerviosamente sus pequeñas telas de vibrantes notas. Los dos han tocado de cerca las duras realidades de la vida. Cuando el escultor lograba formarse una reputación en la capital del arte, en medio de esa competencia abrumadora del talento, la nostalgia del suelo lo obligó á volver los ojos á la lejana patria y lleno de ensueños y esperanzas lo vimos llegar hace algunos años.

La lucha cambiaba de aspecto, aunque, en el fondo, sería la misma... La gloria no se hermana siempre con la fortuna. Sus obras le han dado fama, y, como espíritu despreocupado, no ha sabido cambiarla por escudos.

Pero, Simón Gonzalez es joven todavía; las acentuadas líneas

de su rostro acusan un temperamento enérgico, resuelto y acostumbrado á la lucha. Su cabeza erguida y bien formada, con un aire de noble altivez, nos hace recordar á Charles Garnier, el célebre arquitecto de la Opera de París. La mirada tranquila y pe-



Paisaje de don Juan Francisco González

nefrante parece observar los objetos en relieve. En el silencio de su taller, reservado á la inspiración y al trabajo, es donde crea sus producciones, sin ruido, sin reclame, con la modestia propia del talento. De allí han salido su *Mendigo*, *L'enfant qui bonde*, sus innumerables trabajos de todo género y sus sinceros estudios. Su obra maestra es, sin duda, el magnífico bajo-relieve funerario, adquirido por un senador francés, Mr. Tenais Saligni. Las facultades creadoras de este artista se patentiza en esa delicada figura de mujer, evocadora de sugestivas ideas de ultratumba.

La ductilidad de su fino temperamento le permite acometer con la misma facilidad desde la obra de aliento hasta el ligero y caprichoso bibelot.

Nuestro Museo es poseedor de varias de sus producciones, entre las cuales figura su admirable busto de anciano, *El Mendigo*, de un concienzudo estudio anatómico, trabajo que ha venido á acentuar la justa reputación adquirida, como escultor de raza, sobrio y enérgico como su maestro. Su pequeña estatua *El niño taimado*, propiedad, como la anterior, del Museo, es otra obra de absoluto realismo, con toda la gracia seductora que sabe inspirar la niñez; magnífico trozo de mármol tallado con delicadeza exquisita y gran sentimiento.

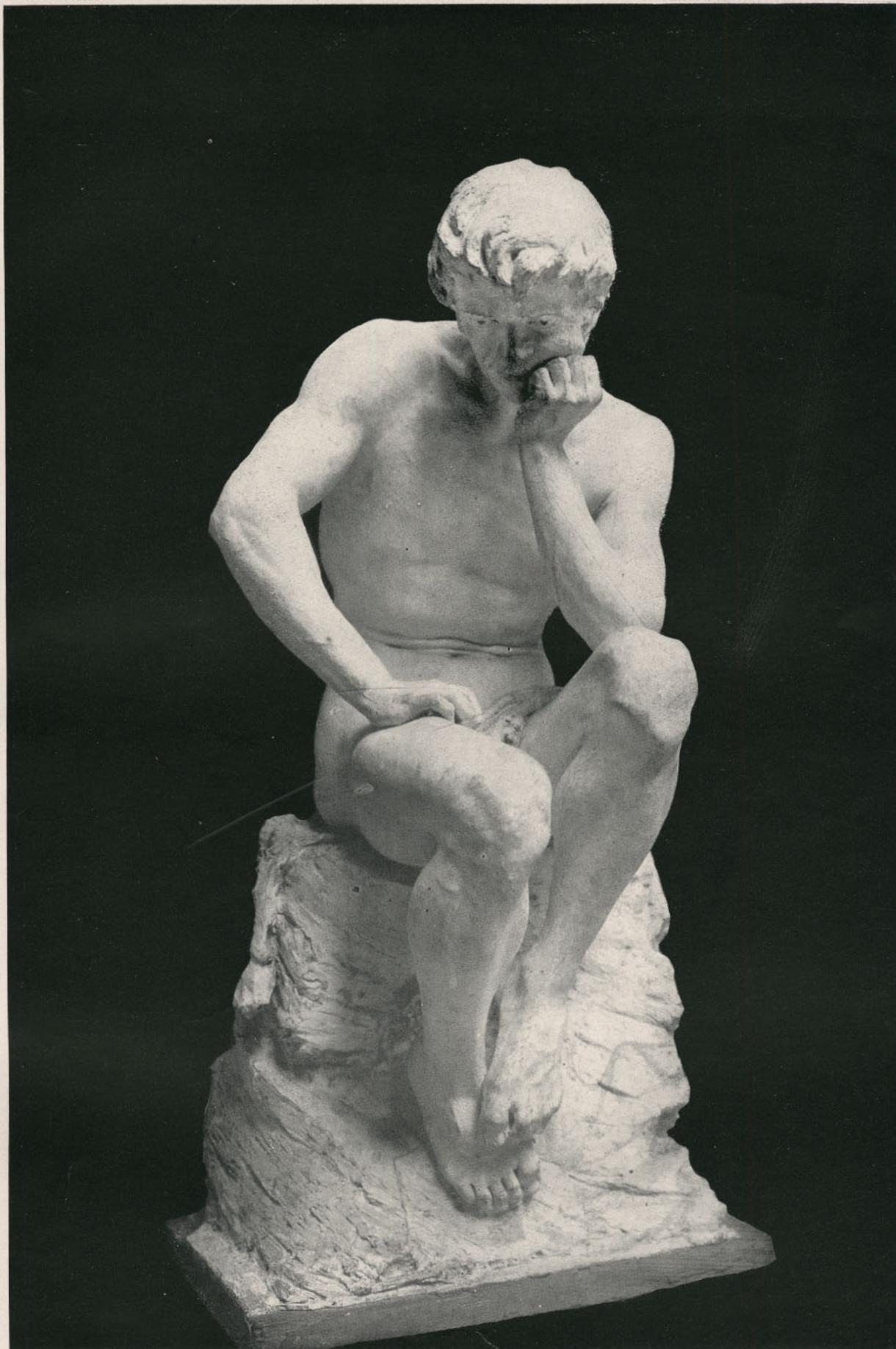
Y con toda esta intensa labor, y con todo su talento, el simpático artista vive casi olvidado...

Pasemos al taller del pintor... Las paredes están cubiertas de manchas de color y lampos de luz.

Puestas de sol, violáceas entonacio-



Paisaje de don Juan Francisco González



EL REMORDIMIENTO, escultura de Simón González

nes, caseríos dorados por los últimos rayos, armonías deliciosas que seducen la retina de los iniciados en los secretos misterios del color, porque Juan Francisco González derrocha su paleta con absoluta independencia y marcada personalidad, como corresponde á su temperamento ardiente, generoso y espontáneo.

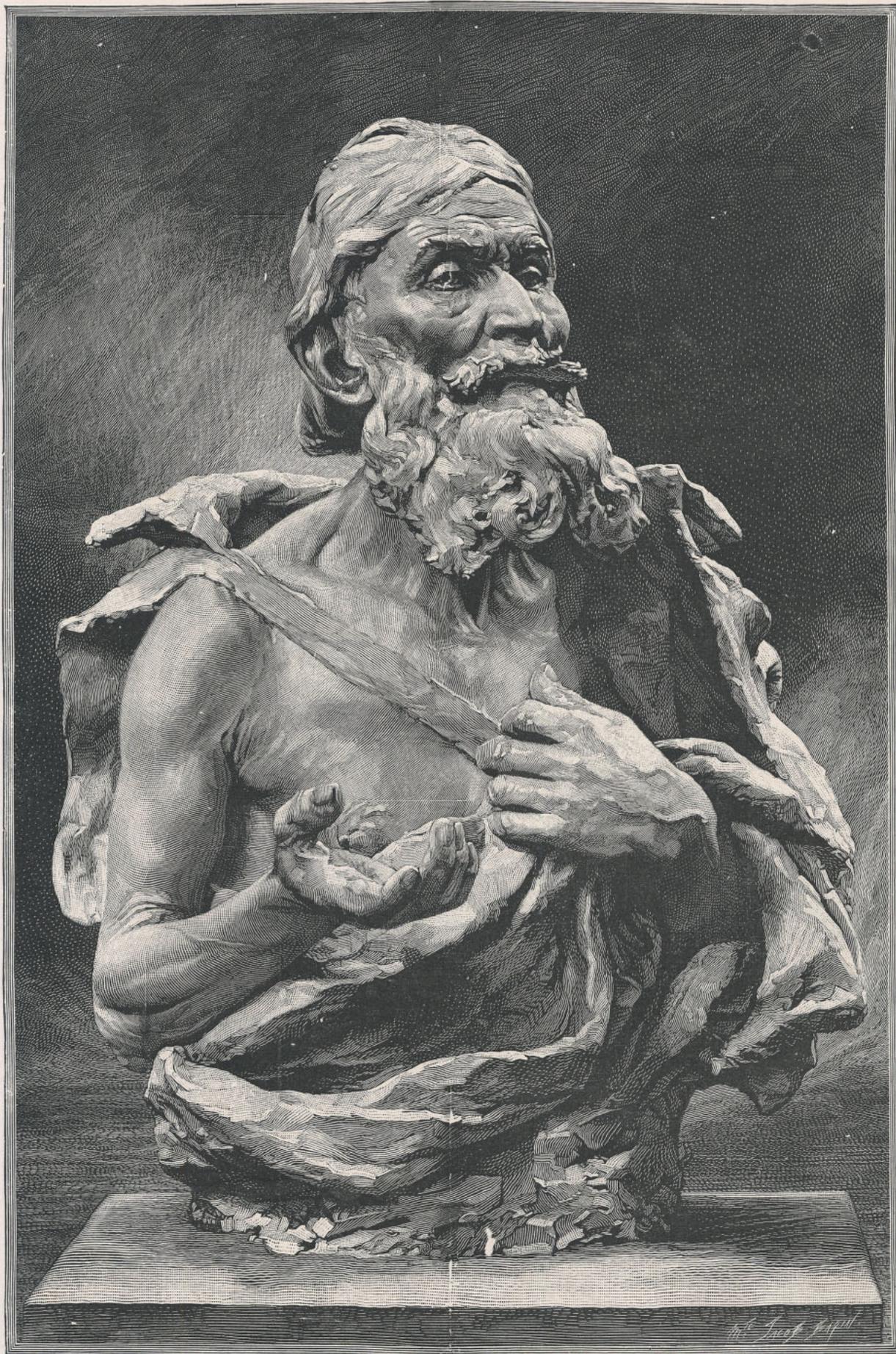
Cada uno de sus pequeños cuadros representa la sentida oración que brota de su alma ante los espectáculos que la conmueven, ya sea un paisaje tempestuoso cargado de nubes, ó bien las frondosas arboledas en la risueña primavera.

Enemigo de concesiones, fanático del color, adversario encarni-

zado de la composición y del cuadro de taller, para él no hay más que el natural, el aire libre y los efectos deslumbrantes de las tardes de fuego con sus cielos teñidos de púrpura.

Si algunos no aceptan la poca importancia que concede González á la forma, no debe olvidarse el encanto del color ni la gama armoniosa de sus vibrantes tonalidades.

Gustavo Doré, el gran ilustrador, incurría también en negligencias de dibujo, sin que la importancia de sus obras y la gracia espiritual de sus fantásticas creaciones sufrieran en el concepto de sus admiradores.



Grabado en madera de la señora Jacob Bazin

EL MENDIGO, de Simón González

Juan Francisco Gonzalez es el pintor de los efectos luminosos, de las vetustas construcciones, cubiertas por la pátina, esa capa de vejez ennoblecedora y romántica, y sobre todo es el apasionado intérprete de las flores, para las que reserva todo el calor de sus audaces entonaciones. Temperamento nervioso é impresionable, actividad prodigiosa traducida en una sorprendente fecundidad, son las características de su persona. Ningún obstáculo lo detiene, ni nada puede turbar sus intimidades con la naturaleza.

Formado por su solo esfuerzo, acostumbrado á vencer en la ruda

batalla de todos los días, nada le arredra, y así se explican sus repetidos viajes emprendidos á Europa, sin más bagaje ni más recursos que su caja de colores bajo el brazo.

Las asperezas de la vida no han doblegado su carácter, y aunque sus cabellos comienzan á notarse grises, conserva, sin embargo, toda la frescura del espíritu y la energía necesaria para perseguir con entusiasmo los elevados ideales de belleza en que vive empeñado. Si este artista del color no ha triunfado todavía definitivamente, estamos ciertos de que el día de la victoria no tardará...

JOAQUIN FABRES



Paisaje de don Juan Francisco González

Primavera artificial

EL Czar tenía que ir á París por motivos de alianzas estratégicas y querían obsequiarle con fiestas realmente extraordinarias.

Ni banquetes, ni revistas, ni carreras, ni arcos de triunfo le conmovían y halagarian tanto como una buena primavera.

Allá en Rusia, el verdor primaveral dura escasos días; apenas nacidas se marchitan las flores; todo lo mata la nieve; por eso para entusiasmar al Czar lo mejor era un buen paisaje florido, un derroche de flores derramado por las ramas. Pero precisamente entonces aquellos árboles patrióticos y lamentablemente alineados por avenidas y paseos, no tenían más que nervios, troncos enjutos sin hojas ni señal de ellas; ni los bandos ni las órdenes del Presidente de la República podían obligarles á adelantar su florecimiento en bien del pueblo francés.

En otros tiempos habríanse visto apurados; pero hoy con todo eso del progreso y los adelantos de la industria no había que temer. ¿Que no tenían y necesitaban una primavera? Pues la harían artificial. ¿Que no florecían los árboles? Harían flores de papel. ¿Que los árboles no tenían hojas? Pues para tales casos disponían de máquinas para recortarlas, gentes para ensartarlas, dinero, paciencia y tontos bastantes para aplaudir y tomar por natural una primavera de encargo.

No faltaría más sino que al fin del siglo XIX hubiésemos de aguardar la calma fastidiosa de la naturaleza. Pusieron manos á la obra, echaron á las tinas todo el papel que había en París, fabricaron millones de flores; y á lo largo de los Campos Elíseos vistieron todos los árboles con floración tan espléndida que si Mayo se hubiese presentado de pronto no habría encontrado rama ni brote donde plantar ni una flor ni una hoja.

Flores de almendro ensartadas en los plátanos; rosas te, en los tilos; gardenias, en los castaños del bosque; así por el estilo y á lo largo del paseo, vistieron y disfrazaron á los árboles con tal derroche de colores que aquel fué el triunfo del progreso material, una buena lección dada á la enfadosa lentitud de esas cuatro estaciones que cada año hacen lo mismo; una reprimenda bien merecida á los árboles del paseo para que aprendiesen á florecer cuando le convenía á la patria y cuando así lo ordenase el pueblo soberano.

Aquella fué la primavera moderna; una conquista del siglo que terminábamos con la esperanza de otro mejor; aquel fué el orgullo de los que cantan en estrofas los progresos materiales; pero ¡ay! aquella buena gente no contaba con las leyes de la Naturaleza, con el hermosísimo desprecio de la obra maravillosa que destruye inconsciente todos los afanes de las hormigas.

¿Quién lo había de decir! ¡Llovió! Llovió, y las flores se destiñeron y chorreando colores tronco abajo, por aquellos árboles tan adornados, tiñeron las anilinas toda aquella eflorescencia. Las flores convirtiéronse en almidón; las rosas ensartadas en las ramas rezumaban barniz sucio; el barro manchó las flores de almendro; las gardenias de trapo parecían vendas en las heridas de los troncos; por todas partes chorreaban los trocitos de papel de aquella vanidad del momento.

Ya de noche los regatos del arroyo arrastraron la pasta de flores trituradas por las ruedas de los coches. Los traperos con el gancho en las manos llenaron y se llevaron en sacos los despojos de toda aquella gran primavera inventada por los hombres.

SANTIAGO RUSIÑOL



El Ferrocarril Pan-Americano

EL FERROCARRIL PAN-AMERICANO

DESDE hace muchos años se viene dilucidando la hermosa idea de unir todas las repúblicas americanas por una línea férrea. En la conferencia Pan-Americana de Washington (1890) se dió vida oficial á ese propósito, planteándose el problema en un dictamen que, entre otras, lleva la firma del representante de Chile, don Emilio Crisólogo Varas.

Posteriormente se ha desarrollado y ampliado la misma idea en todos los Congresos Científicos y Pan-Americanos, llegándose á constituir un Comité permanente destinado á propender á la realización de la citada empresa y compuesto de altas personalidades, como las siguientes:

Honorable H. G. Davis, de West Virginia;
Mr. Andrew Carnegie, de New York;
Don Manuel de Aspiroz, Embajador de Méjico;
Don Manuel Alvarez Calderón, Ministro del Perú; y
Don Antonio Lazo Arriaza, Ministro de Guatemala.

Cooperando á la obra que pudiera realizar este comité, el Presidente de los Estados Unidos de Norte América, Mr. Roosevelt, comisionó poco después á un distinguido ingeniero financiero, Mr. Charles M. Pepper, para que visitara, en carácter oficial, á las repúblicas americanas y formara, con su concurso, un programa para la realización del citado ferrocarril. Fruto de esa comisión es un informe presentado en 1904, que corre impreso en un folleto titulado: "Pan American Railway Report submitted to the Secretary of State, by Charles M. Pepper".

La comisión de Mr. Pepper fué la resultante de los acuerdos tomados en la Segunda Conferencia Internacional Pan-Americana y bastante fructífera en el sentido del interés que despertó en el Gobierno de los Estados Unidos por realizar el Pan-Americano; pero, á decir verdad, hace falta un plan ó programa de trabajo definido y normas fijas del trazado y trocha de este ferrocarril intercontinental, lo que me movió á presentar á la consideración del último Congreso Científico, que celebró sus sesiones en Santiago en Enero último, la siguiente proposición, que mereció la aprobación unánime de todos los delegados americanos:

"El IV Congreso Científico (1.º Pan-Americano), reunido en Santiago de Chile, estimula á los Gobiernos de toda la América á proseguir y acelerar los trabajos del ferrocarril Pan-Americano, dentro de un plan fijo y determinado".

★ ★

El trazado del Pan-Americano se ha fijado, en sus líneas generales, en la forma siguiente, en conformidad al programa adoptado por la Conferencia Internacional Americana de Washington (1890):

Estando ya unidas las redes ferroviarias del Canadá, Estados Unidos y Méjico, la línea se hace arrancar de Ayutla, punto terminal de los ferrocarriles mejicanos en la frontera con Guatemala.

De Ayutla sigue por la costa del Pacífico, pasando por las inmediaciones de Rotalhuclen y Mazatenango, hasta Santa Lucía, para utilizar el ferrocarril central de Guatemala á Escuintl y seguir por Cujinijilapa á Santa Ana, en la República del Salvador.

De este país se aprovecha la línea central, pasando por Santa Ana, Nuevo San Salvador, San Salvador, Cojutepeque, San Vicente y San Miguel, para entrar á la República de Honduras por Guascorán.

De Guascorán continuará por la margen del golfo Da Fonseca, atravesando en el Estado de Choluteca á la ciudad del mismo nombre, y buscado donde seguirá con rumbo sur hacia Nicaragua.

En esta República la línea pasará por Chinandegua, para enlazarse con el ferrocarril de Corinto al lago Managua, el cual aprovechará hasta Pueblo Viejo y desde ahí, costeano el lago pasará por las ciudades de Managua, Masaga, Rivas y entrará á la República de Costa Rica.

Sigue por la orilla del lago Nicaragua, internándose por las llanuras de Guatusos y San Carlos hasta la ciudad de Alajuela, donde existe un ramal á la capital.

De Alajuela sigue por el ferrocarril de San José á Puerto Limón y de ahí al istmo de Panamá, hasta entrar en el valle del río Atrato.

Una vez la línea en la República de Colombia, cruzará la cordillera occidental de los Andes para caer en el valle del río Cauca, y buscando las cercanías de la ciudad de Antioquia, ascenderá por este rico valle, ligando las numerosas poblaciones que en él se encuentran, hasta llegar á Popallan; cruza la cordillera central, desde donde partirá un ramal á Bogotá. De Popallan se pasará el valle del río Patía para ir á Pasto é Itiaies y continuar á la República del Ecuador.

Para poner á Venezuela en comunicación con el Pan-Americano se arrancará un ramal del valle de Cauca á Medellín y seguir por el ferrocarril de Puerto Berrío, San José de Cuenta, San Cristóbal, Mérida, Trujillo, Barquisimeto, Valencia y Caracas.

Internándose la línea en el Ecuador, tocará las ciudades de Tulcan, Quito, Tucumbá, Ambalá, Cuenca y Loja, aprovechando en parte el ferrocarril recientemente terminado á Guayaquil, para entrar al Perú por el departamento de Amazonas hasta encontrar el río Marañón, por cuyo valle correrá hasta Cerro de Pasco y de ahí á Santa Ana, Cuzco, Santa Rosa y Puno, para entrar á la República de Bolivia, costeano el lago Titicaca y llegar hasta su capital, La Paz.

De La Paz partirá un ramal por el ferrocarril en construcción al puerto de Arica y empalmar ahí con el ferrocarril longitudinal de Chile, que pasando por su capital, Santiago, llegará

hasta Puerto Montt; y un otro por el ferrocarril en explotación á Oruro y Uyuni, ramificándose nuevamente en este punto en sendos ramales que deben unirse con las redes férreas de las repúblicas de Chile, Brasil, Paraguay, Argentina y Uruguay, conexiones que ya están bastante adelantadas.

A Chile, siguiendo el ferrocarril en explotación al puerto de Antofagasta, que conectará con el longitudinal; al Brasil, por una línea en construcción que atravesando el río Paraguay en Corumba, sigue por el río Tacnarí hasta Coxim, Uberaba y Río Janeiro; al Paraguay, siguiendo por el río Pilcomayo hacia Asunción, para continuar por Villa Encarnación, Monte Cacero y penetrar al Uruguay, conectando con el ferrocarril en explotación á Montevideo y á la Argentina por el ferrocarril, próximo á terminarse, á Jujuy (vía Tupiza) que, como se sabe, está ya unido con Buenos Aires.

Tendremos así unidas por una línea férrea-tronco el Canadá y dieciocho repúblicas americanas que poseen treinta y un millones de kilómetros cuadrados de superficie, doscientos millones de habitantes y quinientos mil kilómetros de ferrocarriles en actual explotación.

Construido el Pan-Americano con ese trazado, tendremos que Santiago distará de Nueva York al rededor de 16,000 kilómetros.

★ ★

Este ferrocarril, que batirá por su longitud un "record", ya que será más largo que el Canadian-Pacific (6,000 kilómetros) y el Transiberiano (9,600 kilómetros), lleva vías de convertirse, quizás antes de veinte años, en una hermosa realidad, pues todas las naciones americanas, cual más, cual menos, aportan su contingente de año en año, principalmente los Estados Unidos, que ha acometido de lleno su política de expansión comercial hacia Sud América.

El ingeniero uruguayo, don Juan José Castro, ex-Ministro de Fomento de esa República, presentó al Congreso Científico de Buenos Aires (1898) un extenso y completo trabajo titulado "Estudio de los ferrocarriles que ligarán en el porvenir las repúblicas americanas", en el cual estudia con criterio científico y económico la solución del problema del Pan-Americano, y llega á la conclusión de que, construido en trocha normal de 1.44 y tomando en cuenta que en esa época se tenía ya como el 50 por ciento de la obra hecha, su realización importaría al rededor de £ 100.000.000.

Según el trazado señalado más atrás, la distancia entre Nueva York y Buenos Aires se estimaba en 15,946 kilómetros, que á la época señalada (1898) se descomponía así:

Construidos	7,593 kms.	48%
En construcción	1,574 "	10 "
Estudiados	6,129 "	38 "
Por estudiar	650 "	4 "
Total	15,946 kms.	100%

Desde entonces á hoy no es aventurado decir que se ha aumentado en un 25 por ciento.

La febril actividad que despliegan actualmente las naciones sudamericanas en extender más y más sus líneas férreas y las necesidades comerciales de los Estados Unidos, nos hace prever, como decíamos, una gran actividad en la realización del Pan-Americano.

No hace mucho, Mr. Harriman, el poderoso rey de los ferrocarriles, cuya prematura muerte se acaba de lamentar, manifestaba á los hombres de negocios de Nueva York la necesidad de emprender cuanto antes la construcción de un gran tramo de este ferrocarril, ó sea el que deba tener su punto terminal en Panamá, por estimarlo como absolutamente complementario de los grandes trabajos de perforación del istmo que realizan actualmente los Estados Unidos.

★ ★

Como ya lo hemos dicho, la cuota del Pan-Americano que corresponde á Chile es constituida por la línea en construcción de La Paz á Arica y el denominado ferrocarril longitudinal, que pasando por Santiago tendrá su término en Puerto Montt, cuyo kilometraje puede descomponerse así:

De La Paz á Arica	451 kms.
De Arica á Santiago	2,249 "
De Santiago á Puerto Montt....	1,082 "
Total	3,782 kms.

que pueden clasificarse en esta forma:

En explotación	1,758 kms.	47%
En construcción	1,155 "	31 "
Estudiados y por construir	869 "	22 "
Total	3,782 kms.	100%

En toda su extensión, el longitudinal chileno irá unido con sucesivos ramales á la costa (que ya llegan á veintitres) y transversales hacia la cordillera de los Andes, destinados casi todos á conectarse con las redes férreas de Bolivia y Argentina. Un estudio completo y detallado de la red chilena y sus secciones transandinas puede consultarse en nuestro reciente libro "Los Ferrocarriles de Chile", del cual preparamos una segunda edición para el futuro Congreso de Ferrocarriles que se celebrará en Buenos Aires el año próximo.

SANTIAGO MARIN VICUÑA,
Ingeniero

JUEGOS DE INVIERNO

DOÑA Asunción, con su cofia negra de encajes y un fino manguito de piel de nutria en donde oculta sus manos, como dueña de casa, propone jugar á la lotería.

—Es necesario hacer algo, niñas y jóvenes, ya que no se puede tocar en casa por el luto de Fernando. Propongo que jueguen una lotería, aquí mismo, mientras yo me entretengo en una "veintiuna" con don Teodoro. ¿Verdad, don Teodoro?

Desde un extremo del amplio salón alhajado con sobria elegancia, sonríe don Teodoro con finura, un viejo solterón muy amable que se hace disculpar su soltería con delicadezas y atenciones de galán joven.

—Como usted guste, doña Asunción, estoy á sus órdenes y me daré un placer en acompañarla á esa "veintiuna".

Entre tanto, en el grupo de jóvenes y niñas se ha producido un movimiento general de inquietud. ¿Una lotería, así, con tan buena compañía, en ese salón temperado por la chimenea de mármol negro, en cuya repisa parece asechar un Napoleón y sonreír como un niño un Víctor Hugo! Ana, la hija de doña Asunción, linda muchacha de 22 años, ordena con alegría al criado que traiga la caja de los cartones, en tanto que mira rápida hacia un extremo, en donde Gabriel, su admirador, parece esperar ansioso la distribución de los asientos. Mientras llega la lotería que el criado ha ido á buscar al saloncito de té, Ana coloca á sus amigos:

—Lo mejor será que cada uno elija colocación y compañera. Es muy importante esto de una buena compañera en la lotería, para que apunte á los distraídos el número dicho.... Termina con encantadora malicia, esperando que hagan lo que ella propone; mas, luego, temiendo que Sara pueda secuestrar á Gabriel, pues varias veces la ha sorprendido en la plaza siendo desleal á la amiga, resuelve ser ella la que señale asientos, haciéndolo con gran cuidado para que no se rompa la armonía de todos aquellos flirts.

Tú, Carmen, al lado de Horacio; Inesita con Luis, para que hablen de romanticismo entre número y número; Emma con Andrés; Félix, ahí, entre Emma y Julia, para que Julia le indique los números cuando se distraiga. Todos ríen mirando á Félix, que es un muchacho de 24 años con el candor y los rubores de los 14, que adora á Julia, una rubia encantadora, viva, con mucho de inteligente, que perdona á Félix su falta de malicia y de audacia para aprovechar ciertas ocasiones... por dos ojos inmensos y azules que tiene el muchacho y que la saben adorar con tanta lealtad. Quedan dos asientos desocupados y juntos. Ana, de pie todavía, dice con afectada indiferencia á Gabriel: —Usted, Gabriel, siéntese donde quiera... La fina malicia de la frase hace sonreír á todos, menos á Sara, que ha quedado al frente, entre Horacio y Luis y bastante separada de Gabriel para toda comunicación íntima, pues la mesa es ancha y espaciosa... Ya instalada Ana al lado de Gabriel, mira triunfante á Sara, mientras ésta, con ojos nostálgicos, parece decir al joven: "Pero, qué lejos!..." Ana coge el bolsillo de los números y lo agita. —¿Se va á empezar! —Un momento, dice Luis, buscando con Inesita los cartones "verde esperanza". —Nó, estos nó: ¡azules! Queremos los verde esperanza, color

que preferimos con Inesita... Y aquí están las esperanzas... termina, cuando ha encontrado los cartones, y da á Inés una de esas miradas que á fuerza de prodigarlas han comunicado á sus ojos una expresión soñolienta, que hace decir á Inés en la intimidad con sus amigas: "Ojos de romántico puro, niña!" Félix se ruboriza, y cruza uno de los momentos más difíciles de su vida al elegir color...

—¿Tome los rojos, los rojos! le exige Julia á media voz para que nadie se imponga, acentuando los hoyuelos de sus mejillas y obligando al joven, con una de sus más ardientes miradas, á que tome los rojos.

—¿Los rojos!... Los rojos!... Félix, amor ardiente!...

El, aunque ha cogido los amarillos, con su cara congestionada por la vergüenza, los cambia por los rojos, cuidándose que los demás no vean el reverso de los cartones.

—¿En fin! Yo me quedaré con los amarillos. Desprecio, frialdad... frialdad, acentúa con tristeza Sara, enviando á Gabriel, que está al frente y ya muy próximo á Ana, una mirada de desesperanza infinita.... De un extremo del salón llega una voz dulce y amable:

—Doña Asunción, es usted una banca imitable. Me ha jugado cuatro veintiunas reales dobladas.... Pero, doña Asunción, piedad, un poco de piedad! Yo le propondría otro juego... Porque jugar veintiuna entre dos....

—¿Otro juego! Estamos bien con este, más sencillo, todo depende aquí de la suerte.

Acaso doña Asunción se equivoque al juzgar de su fortuna por el azar de la suerte, pues varias veces, con gran delicadeza, aprovechando las continuas distracciones de don Teodoro que mira á Julia con insistencia, ha buscado en el naipes para cambiarlo por un 2 que le hacían doce, ó por un 5 que le formaban quince, cifra desgraciada. No es difícil la prestidigitación de la noble anciana, porque don Teodoro, sintiendo una loca pasión tardía por Julia, la atisba constante, y lo tiene muy inquieto aquello de que la muchacha aproxime su silla al grandulón de Félix y que por tanto tiempo ya sólo tenga encima de la mesa una de sus manos... Dolorosa inquietud que explota doña Asunción, prodigando aquellas "veintiunas reales" desesperantes.

No se ha hecho "terno" todavía y ya el grupo se ha estrechado tanto, que la mesa, antes casi completa, ahora deja hacia un extremo un gran trecho vacío.

—¿Cuaterno! exclama Emma con calma, que es acaso la única que ha seguido la sucesión de números, y que ya instalada para jugar lotería olvida su cariño por Andrés para hacer de los números cuestión grave.

Nadie ha hecho caso de aquel cuaterno revelado por Emma, excepto Andrés, que al ver la indiferencia de todos, repite en tono de desafío:

—¿Emma tiene cuaterno, Ana!

Luis, como volviendo de un viaje sentimental realizado con Inesita, interrumpe:

—¿Cuaterno?... Y con qué número?...

—Con el ochenta, responde Andrés, dispuesto á cualquiera audacia por defender la suerte de Emma.

—¿Bah! Yo lo tengo hace tiempo con el 22. Aquí está. Revísenme, revísenme...

—¿Cualquiera se atreve! dice á media voz Andrés, vengándose.

—¿Por qué nó lo había dicho entonces? le pregunta Ana con un puñado de números en la mano, disponiéndose á proseguir.

—¿Por qué?... Guarda silencio; mira á Inesita que en ese momento parece revisar sus cartones, pero que en realidad aquel algo vago de su mirada revela estar pensando cosas muy distintas.

Julia, con fino tacto diplomático y con el pretexto de revisar los cartones de Félix, se acerca más á éste, tanto, que su pelo que adquiere reflejos de oro viejo bajo el incandescente, roza



casi la mejilla del mozo, que ríe, ríe, con expresión de infinita complacencia, sintiendo entonces también el aroma de violeta que tienen las mejillas de la rubia. Después de una inspección minuciosa, dice Julia:

—Félix sólo tiene "ambos"... y más bajo, y sin alzar aquella mano escondida que intriga á don Teodoro, dícele al joven en tono de reproche:

—¡Tonto! Tan tonto...

Y Félix siempre ríe, haciéndose perdonar su timidez con una de aquellas miradas cándidas de niño que exaltan el alma de la linda rubia.

De nuevo llega una voz de un extremo del salón:

—Julita se preocupa demasiado de la fortuna de Félix... Es una compañera envidiable... llama de nuevo la atención don Teodoro, mirando á la muchacha y pensando: "qué bien estaría él ahí, en la tibia estrechez de aquella mesa, al lado de Julia"...

—¡Veintiuna real!... Tenía una "sota"... y no creí que pudiera venir "as", exclama otra vez triunfante doña Asunción, deseando que en el corazón de su compañero de juego se enciendan nuevos celos por la chiquilla.

—¡Lotería! declara Emma en medio de un silencio general. Todos están preocupados de sus cartones, pero sin embargo nadie ha oído aquella lotería de Emma, ni aún Ana que es la que recita los números...

—44, 35, 18...

—Lo que me dijo en el teatro ¿es verdad?

—Sí. ¡Nunca, jamás!... ni aun que se alejara de mí...

—Siempre se hacen esos juramentos... pero...

—Juramentos con el corazón en los labios!

—Ah! Qué dicha!... ¿Te acuerdas de la tarde en que nos conocimos, en Viña?

—No la olvido nunca!... No me trates de tú, imprudente...

—Qué tranquilo estaba el mar, qué callado, como si hubiera querido escuchar las tres ó cuatro palabras tuyas que me hicieron feliz... Va á cumplirse un año... en el próximo verano... Tarde de Enero, tan perfumada! Me parecía que á nuestra vuelta todas las rosas de los tapiales se asomaban para vernos... ¿Te acuerdas?

—Gabriel!... que nos pueden oír!...

—Inés!...

—Pero, Dios mío! sean más discretos, que se oye todo! Gabriel, Inés, prudencia! La lotería ha terminado ya... Esta noche para mí es de martirio, oyendo todas esas dulzuras sin tener con quien comentarlas... termina con exquisita malicia Sara, mirando á Gabriel y dispuesta á cualquier deslealtad con Ana, aún al través de la distancia...

En medio del movimiento que se produce al final del juego y mientras se ordena el siguiente y algunos cambian cartones, Julia, con las mejillas más encendidas y sus pupilas verdes abriantadas, tal vez por el calor de la chimenea, parece convencer á Félix:

—...¿Vas mañana?... Te espero... no verá... nadie...

—...Y sí... Nó... nó... pueden...

—...Cuando te digo que nadie!... ni el jardinero...

—No, Julita... Nó... Yo iré... pero...

—Si nó... no me hables más!... ¿Mañana?...

—...Bueno...

Félix sonrfe ahora más que nunca, con su sonrisa siempre igual, monótona, sin otra expresión que aquel desplegarse de unos labios sin carácter; sonrisa sólo circunscrita á la boca, porque sus grandes ojos azules de niño enfermo, permanecen serenos y tranquilos.

Al principiar el segundo juego nadie quiere encargarse de recitar los números. Eso requiere cierta preocupación y cuidado... y no es posible en ese momento preocuparse de números...

—Que los recite Andrés, propone Ana.

—¡Andrés! aprueban todos.

—Nadie mejor que Andrés, que esta noche tiene por rivales á las matemáticas...

Con acentuada malicia ha dicho esto Julia, mirando á Emma y al joven.

Rápida responde Emma, que ha oído el diálogo entre Félix y la muchacha, arreglando con meticulosidad los vidrios de sus silleros:

—Es verdad. Recite usted, Andrés, porque Julia no podría, ocupada como está en realizar un raptó con seducción...

La frase tuvo un éxito franco, inesperado; todos ríen, incluso el mismo Félix, que esta vez ha dado á su sonrisa un poco de más expresión. Julia disimula su ira comprimiendo sus labios finos de nerviosa, y, por la primera vez en toda la noche, pone sobre la mesa sus dos manos... En este preciso instante Félix cesa de sonrfe, mirando inquieto á Julia, y con falta absoluta de tacto y discreción, pone también sus manos junto á sus cartones...

—¡Oh, qué deseo tenía yo, Julita, de ver de nuevo esas dos manos delicadas!... exclama con un suspiro de satisfacción don Teodoro, que ya parece libre de una pesadumbre.

—¡Veintiuna real, don Teodoro! Y no lo había hecho doblar! Efectivamente: se la gana sencilla. ¡Que si sabe doña Asunción el detalle de las manos!...

El juego continúa en silencio. Sólo Emma hace "terno", "cuaterno" y "lotería". Entre los otros, el que más tiene es un "terno", sin tomar en cuenta á los hombres, que de éstos, como Luis, se han quedado en "virgo". Sara tiene apuntado solamente un 77, preocupadísima ahora, para vengarse de Ana, en acortar la distancia al través de aquella mesa de una anchura comprometora...

Ruido de finas porcelanas y cristales. Es el mozo que entra, con una inmensa bandeja con tazas y confituras, para servir el té.

Después de la última lotería que Emma ha ganado, se despeja la mesa de los cartones.

Rápidamente Julia baja una de sus manos, la tiene oculta un instante y la vuelve á la mesa ya cuando Félix sonrfe...

—Estos son los momentos más felices que tiene la vida, Inés Sara ha renunciado á la ardua tarea de acortar distancias, y permanece recogida, rencorosa con Ana.

Y al tenue vapor perfumado que sube de las tazas de té, todos declaran que son muy gratos aquellos "juegos de invierno", hasta Carmen que no ha hablado en toda la noche y que muestra en su brazo la profunda huella que ha dejado su gruesa pulsera de oro en su muñeca izquierda, lugar que ha tenido en la mesa su amigo Horacio...

—Sí, es muy buena la lotería, exclama también Félix con voz temblorosa, mirando á Julia que está más linda que nunca, con su tez mate, dorada bajo la luz, é insinuados sus hoyuelos de las mejillas que provocan á don Teodoro definitivos propósitos de abandonar su soltería.

Al grato calorillo del té, hablan en voz baja aún, Inés y Luis.

—¿Lo prometes con sinceridad?...

—...Sí... mírame á los ojos. ¿Qué ves ahí?

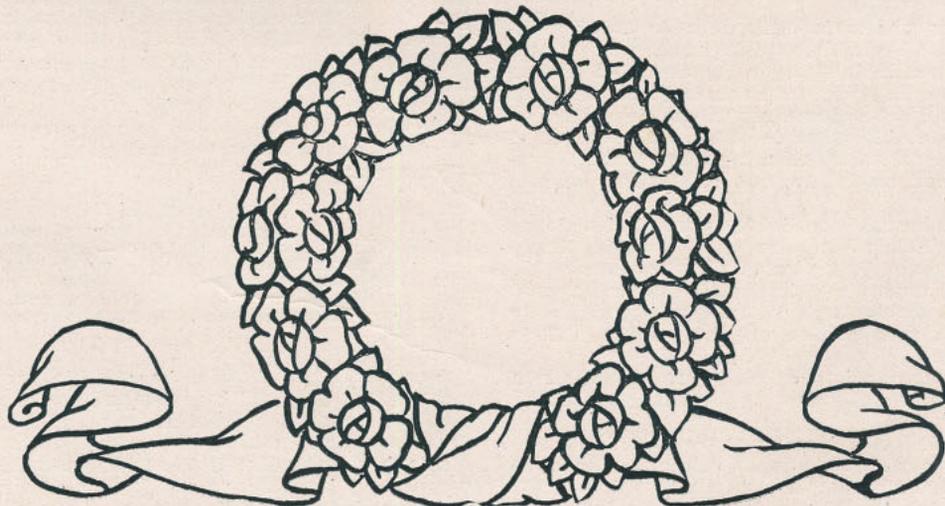
—Promesas... promesas...

—Para tí... todas para mí Luis... ¡exigente!

Son las doce. Afuera la lluvia golpea el patio silencioso, rebrillando sobre las lozas mojadas.

GABRIEL DEL MAR

1908.





(Leído en la sesión solemne que el Ateneo dedicó á don Valentín Letelier)

DESPUES de haber abrevado mi espíritu en todas las complejidades de la modernísima literatura, de haber sentido con ella el lejano ideal, he venido á cobijarme, yo también, á la sombra hermosamente dolorida de Don Alonso Quijano el Bueno. He mirado entonces al rededor y me he convencido de que todas nuestras letras actuales están contaminadas de su locura y que al través de los siglos habla todavía su espíritu.

Por el recuerdo de su alma inmortal, de sus dolores y de sus desengaños, he venido aquí para evocar ante la juventud ilusionada, entusiasta y optimista, la sombra de aquel luchador heroico, para el cual no hubo jamás obstáculos, que jamás conoció el imposible y que defendió con su vida y su razón la bandera del sacro ideal y el amor á su intangible Dulcinea.

★ ★

Durante largo tiempo la obra de Cervantes estuvo en manos de críticos y eruditos: se la estudió, disecándola como una pieza anatómica; se la desmenuzó y comentó por ratones de biblioteca y por críticos de talento; se pusieron en evidencia sus bellezas y sus escasos errores; pero toda esta labor de paciencia y de sabiduría no pudo asir el alma errabunda del señor Don Quijote, que irradiaba su optimismo redentor desde "un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme". Y así fué como esta alma llegara inmaculada al siglo del modernismo.

Creo que será una característica de este movimiento el hecho de que jamás, en ningún tiempo de la literatura hispánica, la figura del ideal caballero inspirara á un mayor número de autores que en el presente ciclo.

Las numerosas producciones que salieron á luz, á raiz del centenario de su aparición, no se escribieron á causa de que éste se iba á celebrar con inusitado brillo, sino que tales fiestas fueron una consecuencia obligada del estado de alma de la gente de letras.

Se podría tomar al azar una serie cualquiera de obras artísticas latinas, aparecidas en los últimos diez años, y se encontraría en cada una de ellas, invisible, pero presente, el numen del andante caballero. En España, en Francia y en América le cantan los poetas, como los helenos á sus dioses, le cantan en todos los tonos, los prosistas historian de nuevo su paso por el mundo. Y hasta la sentimental familia anglo-sajona viene á buscar en la arruinada heredad castellana, con el Quijote, su más pura fuente de belleza.

Ya no se le ridiculiza ni escarnece, la faz tragicómica de su existencia queda velada, y sólo se le mira en calidad de último cruzado, en lucha con el prejuicio y el mal. Se le ha convertido en el símbolo de la ideal locura que impulsa á los hombres á sus más bellas acciones, á olvidarse de su rastrera condición de egoístas para romper lanzas en pro de una inaccesible justicia y de una irrealizable verdad.

Y es que nuestras mismas condiciones modernas tienen cierta analogía con los tiempos en que el manco de Lepanto engendrara su obra maestra.

Era la época del Renacimiento. Nuevas corrientes se enseñoreaban de los espíritus; pensamientos de la bella filosofía griega, despertados del sueño medioeval, venían de nuevo á infundir su gracia incomparable á los hombres y las cosas de los siglos XV, XVI y XVII. Ideas de libertad flotaban en el ambiente; los grandes doctores de la iglesia dividían sus opiniones... España

encontraba un mundo nuevo y su poder monárquico se consolidaba; pero al mismo tiempo con los últimos Abencerrajes y los últimos caballeros feudales moría aquel preclaro romanticismo que creara primero á los bardos, á los trovadores, con sus legendarias cortes de amor, y después el ciclo novelesco de caballeros y pastores. Fenecían los Amadisis y las Dianias y á su lado principiaban á esbozar su silueta picaresca Maritornes, Rinconete y Cortadillo.

De este choque formidable entre la filosofía escolástica y el renacentista, entre la novela de caballeros y la picaresca, entre el ideal y la realidad, nació Don Quijote. Este choque existe hoy también. El romanticismo vencido por la ficción naturalista vuelve ahora por sus antiguos fueros: el arte modernísimo quiere aunar el ensueño y la fantasía con la observación y el experimento; quiere hacer del ideal, realidad, y alzar ésta á las alturas de la ilusión. Se encuentra, pues, en una situación análoga á la que inspiró, hace de esto cuatro siglos, la "Vida del Ingenioso Hidalgo". Y si pasamos del campo literario al social, ¿acaso no vemos hoy que, como en el Renacimiento, las ideas de libertad política, social y religiosa llenan de inquietud los espíritus?

En este tiempo en que se sueña más que nunca en socialismos utópicos y en redenciones falaces; en que los hambrientos y los oprimidos entran en ciega lucha contra los molinos de viento, armados de meetings y de huelgas; en que la juventud inteligente está ansiosa de entrar en desigual pelea contra la maldad y la injusticia; en que la quimera alienta á todos los artistas á buscar y realizar el imposible ideal, Don Quijote vive una vida más real y tangible que la que tuviera en la leyenda Don Rodrigo de Pacheco.

Todos sentimos que llevamos en nuestra alma una fibra del augusto caballero, que sus dolores son los nuestros y nuestras sus vacilaciones y amarguras, y que como él quisiéramos llevar una existencia paradójica y extraña, alejada de la cotidiana vulgaridad, en la cual encontraríamos entuertos y agravios que desfacer, doncellas que socorrer y singulares combates en que venceríamos ó moriríamos defendiendo nuestro excelso amor. "Tal vez, si nuestro vivir, como el de Don Alfonso Quijano el Bueno, es un combate inacabable, sin premio, por ideales que no vemos realizados... Yo amo esa gran figura dolorosa que es nuestro símbolo y nuestro espejo".

El nimbo de poesía que le rodea extiende también su luz á las tierras en que antaño paseara su dolor y su esperanza. Dice Villaespesa:

... "Sólo alguna cigüeña proyecta en la llanura su móvil sombra rápida... Entre el polvo chispean la punta de la lanza y el yelmo de Mambrino del ingenioso hidalgo de la Triste Figura, y allá, lejos, cual brazos de un gigante, voltean con lenta pesadumbre las aspas de un molino..."

Martínez Ruiz, Azorín, ha querido recorrer en su libro "La ruta de Don Quijote" los mismos sitios, llenos todavía de su presencia ó de su recuerdo, en que, caballero en Rocinante, platicara con Sancho sobre la estraña aventura que le aconteciera con la hija del señor del castillo encantado... Y á su palabra evocadora y humilde, vemos desfilar ante nuestros modernos ojos profanos, las yermas llanuras manchegas, el recogimiento silencioso de Argamasilla, la venta de puerto Lapiche y entramos á la cueva de Montesinos, exclamando con Don Quijote:

"Oh, señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! Si es posible que lleguen á tus oídos las plegarias y rogaciones de este tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo ahora que tanto lo he menester".

Martínez Sierra ha escrito el "Dolor del Quijote"; Navarro Ledesma, "el Ingenioso Hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra"; Unamuno, "Don Quijote y Sancho", que á juicio de muchos es su mejor obra; Gabriel Alomar, "Notas marginales", bellísimas y profundas, y el gran lírico actual de la lengua castellana, Rubén Darío, ha compuesto para él sus "Letanías", insertas en los "Cantos de Vida y Esperanzas".

.....
 "Escucha, divino Rolando del sueño,
 á un enamorado de tu clavileño,
 y cuyo Pegaso relincha hacia tí,
 escucha los versos de estas Letanías,
 hechas con las cosas de todos los días
 y con otras que en lo misterioso ví.

.....
 Rey de los hidalgos, Señor de los tristes,
 que de fuerza alientas y de ensueños vistes,

coronado de áureo yelmo de ilusión:
 que nadie ha podido vencer todavía,
 por la adarga al brazo toda fantasía,
 y la lanza en ristre, todo corazón.
 Noble peregrino de los peregrinos,
 que santificaste todos los caminos
 con el paso augusto de tu heroicidad,
 contra las certezas, contra las conciencias
 y contra las leyes y contra las ciencias,
 contra la mentira y contra la verdad...

Este recinto ha escuchado también no ha mucho las estrofas que en honor del Ingenioso Hidalgo rimara uno de nuestros poetas jóvenes, y pocos años antes, Bórquez Solar leyerá aquí mismo su "Dolor del Quijote".

Así, pues, las letras modernistas se cobijan á la sombra de esta figura que creara hace tanto tiempo la fantasía de un hidalgo en decadencia. Y han pasado siglos de varia historia, se han sucedido unas ideas á otras, unas á otras tendencias; pero el alma de la raza que emerge en las grandes obras de arte, continuando la misma, igual hoy á aquella que Cervantes esculpiera para siempre, se revela en este momento de la civilización, soñadora, idealista, utópica y perpetuamente desengañada, como lo fué en la dichosa edad el alma del más grande y más alto Caballero.

AMANDA LABARCA HUBERTSON

UN AZOTE DE LA CIVILIZACION

La meningitis cerebro-espinal

COMBATIRLA ES PROTEGER EL PORVENIR DE LA RAZA

ENTRE otras varias enfermedades más ó menos crueles que ha favorecido la civilización avanzada de nuestros días, hay una que por lo cruel, dolorosa é incombustible, venía constituyendo, hasta el reciente descubrimiento del suero Flexner, un azote verdaderamente temible: tan temible como la peste bubónica ó el cólera-morbo asiático. Esa dolencia es la meningitis cerebro-espinal, cuyos estragos en las grandes capitales modernas han llegado á causar una de las preocupaciones de la ciencia médica. Siendo Nueva York, entre esas capitales, donde la meningitis cerebro-espinal causa mayor número de defunciones, natural era que allí persiguiese la Medicina con empeño incansable el remedio del mal. Y en esos trabajos humanitarios no podía menos de tomar parte principalísima el Instituto Rockefeller, esa organización científica que por sus admirables descubrimientos biológicos, bacteriológicos y quirúrgicos ha conquistado en breve tiempo fama universal, y de cuya existencia hemos dado oportuna cuenta á los lectores de SELECTA al tratar, en el número pasado, del ingerto de los órganos vitales en los cuerpos animales.

Las epidemias de meningitis ofrecen una característica por demás curiosa, y es que se presentan á intervalos regulares. En Nueva York, por ejemplo, ese intervalo es de diez años; en Berlín, París y Londres, los interregnos son algo más cortos, pero invariablemente fijos. La última epidemia de Nueva York duró dos años, diezmando ciertos barrios populares, especialmente aquellos en que, como el habitado por la colonia italiana pobre, existe aglomeración de gentes. Las estadísticas demográficas acusaron un total de seis mil casos y cuatro mil quinientas defunciones, ocurriendo los óbitos en personas de todas las edades, pero especialmente entre los niños menores de diez años. Cuando más joven era el atacado más violenta y destructora se presentaba la dolencia; la aparición de las características manchas violáceas en los niños menores de un año significaba, en la generalidad de los casos, su sentencia de muerte. No quiere esto decir que los ancianos fuesen inmunes á la meningitis: muchos casos hubo en que toda una familia de individuos jóvenes permaneció sana, mientras que una abuela ó abuelo octogenarios murieron de meningitis.

Otra característica de la enfermedad es la rapidez de su desarrollo y terminación. En muchos atacados neoyorkinos no se presentaban ni los síntomas premonitores: acostábase un pequeñuelo aparentemente bueno, y antes de salir el nuevo sol, ya se encontraba agonizante; otros caían de improviso desvanecidos en mitad de sus juegos y llegaban al período álgido de la enfermedad antes de que pudieran ser acostados; enfermito hubo que, atacado en plena calle, le empezaron las convulsiones cuando aún no había llegado la ambulancia sanitaria.

EN QUE CONSISTE LA MENINGITIS

Esta enfermedad espantosa consiste en una inflamación de las varias membranas ó meninges, que envuelven como manto protector la masa encefálica espinal. No bien los microbios de la meningitis empiezan á abrirse camino á través de ese delicado mecanismo, declárase una inflamación violenta con exudación espesa y viscosa que va infiltrándose en las cavidades del cerebro y de la región espinal. La enfermedad de esos órganos importantísimos se propaga á los sistemas muscular y nervioso; decláranse atroces dolores de cabeza, dolores de una intensidad tal que, según la frase de una autoridad médica, "son análogos á los que producirían introduciendo clavos y tornillos en la masa encefálica". Frecuentemente, sobreviene agudo delirio; el niño grita y se retuerce convulsivamente en la cama, sin que á veces basten á sujetarle

ni dos personas vigorosas. Durante ese período, cada uno de los nervios del organismo se sensibiliza al grado máximo; toda la superficie del cuerpo se encuentra en estado supersensitivo al dolor, hasta el punto de que el solo contacto con la punta de un dedo origina una punzada como la que produce la picadura de una abeja. A veces, el simple impacto de un rayo de sol en la piel determina convulsiones; el abrir ó cerrar una puerta precipita el espasmo; hasta el hacer cambiar de postura al enfermo le causa dolorosísima tortura. Casos hay en que el paciente presenta el estado comatoso; es como si todo su organismo se encontrase anestesiado: podría frotársele el globo del ojo con una almohadilla de algodón sin que el roce determinase la sensación más leve.

Por lo demás, el aspecto general del enfermo habla de las torturas que impone la meningitis; la piel aparece recubierta de grandes manchones violáceos; en los labios y en la cara surgen inflamaciones ulcerosas; el enfermo está violentamente encogido, tiene rígidos todos sus músculos, las mandíbulas contraídas como en el ataque de tétanos, la cabeza echada hacia atrás, y, á veces, la columna vertebral encorvada hacia afuera como un arco. Si la dolencia se prolonga, la demacración llega á ser espantosa: el niño no es sino un esqueleto viviente.

DEFORMIDADES ORIGINADAS POR LA MENINGITIS

En las epidemias registradas en Nueva York y Berlín, la muerte ponía término, por lo general, á todos esos sufrimientos. Pero los contados enfermos que sobrevivían eran, sin duda, menos felices que los muertos, pues pocas veces llegaban á restablecerse completamente, y en muchos casos eran de tal naturaleza las complicaciones físicas y mentales sobrevenidas que la vida resultaba insostenible. De esas complicaciones, podían ser consideradas como las menos malas la ceguera ó la sordera; algunos niños, privados del oído en edad temprana, se convertían luego, necesariamente, en sordo-mudos, otros abandonaban el lecho con la columna vertebral torcida, quedando paralíticos para toda la vida; y los que escapaban de la parálisis total ó parcial, continuaban sufriendo por un período indefinido terribles dolores de cabeza, ó caían en imbecilidad completa, ó se convertían en hidrocefalos.

Natural habrá, pues, de parecer que ante una enfermedad tan cruel persiguiese la ciencia médica con verdadero ahinco los medios de combatirla con éxito, empezando por descubrir su causante. Ya en 1887 un bacteriólogo alemán, Weichselbaum, había logrado aislar un microorganismo, al que consideraba como agente específico de la dolencia. Pero el mundo médico, aún en posesión de este descubrimiento bacteriológico, no disponía del arma dominadora de la enfermedad: los recursos de la terapéutica estaban limitados á las inyecciones de morfina para calmar el dolor, á los baños fríos y á las aplicaciones de hielo sobre el cráneo con objeto de reducir la fiebre devoradora. Dominados por el pánico, algunos médicos propinaban al paciente inyecciones de suero ante-diftérico, un remedio que, no siendo racionalmente exigido por la enfermedad, daba malos resultados.

UN REMEDIO MELINDROSO

Hubo de corresponder al doctor Simón Flexner, del citado Instituto de Rockefeller, de Nueva York, la gloria, si no de identificar el temible microbio de la meningitis, descubrimiento ya hecho por el citado Weichselbaum, de proporcionar á la ciencia médica el suero con que combatir victoriosamente la dolencia.

Antes de decir en qué consiste dicho suero, detengámonos un

momento en el bichito causante de tantos daños. Es uno de los muchos soldados de ese inmenso ejército de organismos infinitesimalmente pequeños que riñen lucha perenne y sin cuartel contra la humanidad. Bautizóle la Ciencia con el nombre, un tanto largo, pero en extremo gráfico, de *diplococcus intracellularis meningitidis*. Analizando con detenimiento esas tres palabras griegas y latinas, nos enteraremos a conciencia de la clase de enemigo que tenemos en estudio. Es *coccus*, por razón de su forma redondeada, que le hace asemejarse a una semilla, diferenciándola en cambio de sus parientes los bacilos que tienen forma ganchuda; es *diplo*, porque rara vez viaja solo por el organismo humano, efectuándolo comunemente por parejas, aunque también se presenta en grupo de cuatro, seis ó más individuos; es *intracelular*, porque por lo general elige por habitación el interior de las células orgánicas; y es, por último, *meningitidis*, porque el veneno que segrega determina la inflamación de las meninges, dando por resultado la terrible enfermedad en que venimos ocupándonos.

Causará, seguramente, sorpresa el que un microorganismo tan destructor como el *diplococcus* no sea, considerado en sí, sino una verdadera damisela. Porque ha de saberse que los microbios tienen individualidades casi tan pronunciadas como los animales; sienten aficiones y antipatías como los seres humanos; algunos son fuertes, enérgicos, exuberantes de vida, como ocurre con los bacilos del tífus y el cólera; otros son débiles, perezosos y apocadillos, como el microbio de la meningitis. Hay muchas bacterias que viven meses y aún años; el *diplococcus* sólo vive unas cuantas horas. El mismo doctor Flexner experimentó grandes dificultades para cultivar artificialmente en tubos el referido microbio; aquellos alimentos que satisfacen a la generalidad de los microbios, no parecía que estimulaban el apetito del *diplococcus*; mientras que á casi todas las bacterias se las mantiene con patata, gelatina ó decocción de agar-agar (alga de los mares del Japón), el microbio de la meningitis prefiere morirse á comer cosas tan vulgares.

Observándolo así Flexner, le preparó un alimento especial compuesto de substancias que pudieran antojársele apetitosas: fué un complicado *potpourri* de suero de oveja, caldo de vaca, un poco de agar-agar y una sospecha de glucosa. Pero ni aún comiendo esto dió grandes pruebas de vitalidad. Situándolo en un termostato, esto es, en un lugar cerrado con temperatura análoga á la del cuerpo humano, el *diplococcus* parecía encontrarse á sus anchas, aunque en la generalidad de los casos su vida no se prolongaba más allá de las cuarenta y ocho horas: crecía poco, debilitábase y se reproducía con dificultad. A diferencia de muchas bacterias, el frío le causaba gran daño, y no le sentaban mejor las altas temperaturas: un rayo de sol cayendo de plano sobre una colonia de *diplococcus* originaba tremenda hecatombe: los microbios se retorcián un momento al contacto del sol y dejaban de existir.

¿ATACA LA MENINGITIS A LOS ANIMALES?

Sólo había un medio de estudiar la fuerza destructora de este microbio, y era experimentando en los animales; punto que, no obstante, ofrecía serias dificultades, en cuanto la meningitis es una de las enfermedades de que el sér irracional se halla exento naturalmente. Háblase, con más ó menos datos comprobados, de ciertas epidemias de meningitis observadas en la raza caballar. Si ello es cierto, el caballo constituye una excepción: todos los demás animales son inmunes á la meningitis.

En cambio, vemos como cierta comunidad de intereses entre irracionales y humanos, puesto que muchos de los microorganismos atacan indistintamente á unos y otros seres: el perro de una familia de tuberculosos contrae casi siempre la tífis y muere en brevísimo tiempo; las ratas tienen particular propensión á enfermarse de peste bubónica, siendo ellas el medio casi general de propagación de la epidemia á la humanidad; los caballos padecen frecuentemente el tétanos.

No es la meningitis la única enfermedad humana de que se ven libres los animales; hay otras muchas más, entre ellas la viruela, en absoluto inofensiva para el sér no pensante. El mono puede revolcarse en la cama de un varioloso, sin que en él haga mella la repugnante dolencia; sólo en estos últimos años ha podido conseguir la Ciencia inocularle dicha infección. En las casas de vecindad de Nueva York y Berlín abundantes en perros, gatos y pájaros, no se observó durante las epidemias de meningitis ni un solo atacado entre la población irracional.

Ahora bien: si determinados animales no adquieren, naturalmente, ciertas dolencias humanas, pueden adquirirlas por inyección, esto es, introduciéndoles en los tejidos cultivos puros de las mismas. Contra lo que ocurre al perro doméstico, el conejo de Indias no es accesible á la tuberculosis; más si se le inyecta una pequeña dosis del cultivo, la infección se generaliza con rapidez y el animalejo muere físcico en el plazo de una semana.

Hasta dar principio el doctor Flexner á sus experiencias, los animales de laboratorio habíanse mostrado refractarios en grado sumo á las inoculaciones de *diplococci*: ni el mismo gorila, que por su semejanza anatómica con el hombre parecía campo favorable á la infección de esta enfermedad, sentía lo más mínimo de sus efectos, ya se le inyectasen los *diplococci* directamente en el cerebro ó en la médula, bien se le barnizasen los canales nasales con cultivos puros del microbio. La misma resistencia á la meningitis observó Flexner en las ratas, y eso que llegó á inocular á esos roedores dosis verdaderamente enormes capaces de matar varias docenas de hombres.

Flexner no desalentó. Aumentando gradualmente las dosis de las inyecciones, consiguió por fin inocular la meningitis á los monos y á los conejos de Indias: tratábase de caldos de cultivo concentradísimos, á los que por tal razón llamaba el eminente bacterió-

logo *colossal cultures*, y eran inyectados directamente en el canal espinal.

Ocurría, sin embargo, algo curioso: la meningitis no producía en el mono ni la centésima parte de los sufrimientos que al hombre; los gorilas jamás presentaban esos paroxismos de dolor que se observan en el niño; todo lo que hacían era descender de sus perchas é irse á acurrucar en el rincón más obscuro de sus jaulas. Solo alguna vez que otra aparecieron los síntomas tetánicos tan generales en los enfermos de meningitis; de todos los monos inoculados, sólo uno tuvo contraídos los músculos posteriores del cuello, y eso por brevísimo espacio de tiempo. Otra circunstancia curiosa observada en aquellas experiencias fué la rapidez con que se desenvolvía y terminaba la enfermedad, rapidez que superaba en mucho á la de la meningitis humana: en la casi totalidad de los casos, el gorila infeccionado por la tarde dejaba de existir al amanecer.

LOS DEFENSORES NATURALES DEL CUERPO

Inoculado, pues, el mono, Flexner daba ya un gran paso en la vía del éxito definitivo. El avance inmediato debía consistir, evidentemente, en intentar la curación del animal infeccionado.

Para dominar la enfermedad, la medicación ordinaria servía poco ó nada; el experimentador debía contar, como en otras muchas infecciones, con las defensas naturales del cuerpo. Es este un elemento en verdad importantísimo, porque mientras hay poquísimas drogas con eficacia demostrada en las enfermedades contagiosas, se sabe que el organismo posee agentes de combate de tremenda potencialidad.

Durante siglos y siglos, la humanidad ha venido maravillándose de los variados fenómenos ahora comprendidos bajo la general designación de "inmunidad". Todos sabemos que si, por desgracia, llegamos á padecer una enfermedad contagiosa, el organismo queda inmunizado, por regla general, contra ella. Los adultos sólo por caso raro tienen enfermedades de la infancia, y ya hemos hecho notar que los animales son refractarios á gran número de dolencias humanas. Aún en los mismos animales vemos, por ejemplo, que los insectos padecen sus epidemias especiales, de las que están libres las especies vertebradas. Si nos fijamos en las enfermedades propias del hombre, también advertiremos en ellas extraños caprichos de selección: así, en Inglaterra, que en tiempos pasados fué un foco de lepra, hoy está absolutamente inmunizada contra la asquerosa enfermedad.

Hasta hace muy pocos años, la ciencia médica habíase limitado á observar todos esos hechos, sin arriesgarse á penetrar sus causas. Pero en los últimos cinco lustros, los experimentadores han realizado importantes hallazgos, aplicados casi inmediatamente á la curación de las enfermedades infecciosas.

Entre dichos descubrimientos, es el más interesante que ciertos líquidos del organismo animal poseen enorme fuerza defensiva y curativa. Si, por ejemplo, se inyecta en el peritoneo de un conejillo de Indias una cantidad de caldo de vaca, el animalejo queda en absoluto inmunizado contra el cólera. A algunos conejillos se les ha inyectado cantidades de cultivos puros de cólera suficientes para matar á varios hombres, y aunque el citado lepróido es en extremo sensible á la referida enfermedad, la inyección de caldo bastó para ponerlos á cubierto de la dolencia.

LO QUE ES EL SUERO

Los líquidos del cuerpo, en su estado normal, tienen extraordinario valor terapéutico: entre ellos, citaremos la substancia acuosa existente en la cavidad peritoneal. También figura el suero, que no es sino la parte líquida de la sangre: si retiramos de la circulación una cantidad de sangre y la dejamos en una palangana, observaremos que los glóbulos rojos y otras materias se coagulan formando una torta que desciende al fondo de la vasija, mientras en la superficie queda un líquido amarillento y transparente: este líquido es el suero de la sangre. Tomado en su especie natural de algunas especies animales, posee, frecuentemente, la facultad de destruir los gérmenes patógenos en otras especies. Inyectando un poco de suero humano en un conejo de Indias atacado de cólera, se consigue paralizar la marcha de la enfermedad y devolver la salud al simpático lepróido. Pero ese poder terapéutico del suero normal es insignificante si se le compara con el suero denominado por los médicos *específico*, esto es, el suero extraído de un organismo atacado de la misma enfermedad cuya curación se persigue. En numerosos casos, el suero obtenido de un paciente en convalecencia de cualquier enfermedad específica ha prevenido la misma enfermedad en otros individuos y curado infecciones graves.

¿Y cuál es el mecanismo fisiológico que engendra tan admirables resultados? se nos preguntará al llegar á este punto. Contestaremos al curioso lector diciéndole que si le fuera dado observar con un microscopio potente los cambios determinados en un organismo enfermo por la inyección del suero, tendría ante sus ojos la más hermosa demostración de la magia de la Naturaleza, de esa magia cuyos secretos ha descubierto recientemente la ciencia médica. El observador vería, en efecto, que en la región enferma hormiguan millones y millones de bacilos que se reproducen rápidamente, sin dejar de segregar un momento sus espantables venenos patógenos. No bien se inyecta el suero, los maléficos microorganismos empiezan á dar señales de haber encontrado una fuerza más poderosa que la suya. Lo primero que pierden es el movimiento; luego, parecen atontarse, y por último dejan de reproducirse. Haciendo un postrer esfuerzo, y como si buscasen la protección mútua, forman grupos compactos, colonias apelmasadas, *se aglutinan*, según la frase médica, y mueren, ó por lo menos, ya que en esta cuestión de la muerte los hombres de ciencia tienen diversos pareceres,

los terribles destructores pierden sus instintos agresivos, quedando á merced de otros enemigos implacables.

EL EJERCITO DE LOS FAGOCITOS

En lo más recóndito del organismo nacen constantemente billones de microscópicas esferillas blancas, que pasan á ser una de las substancias componentes de la sangre. Esas esferillas son los glóbulos blancos ó *leucocitos*, bautizados por el ilustre Metchnikoff, el gran bacteriólogo del Instituto Pasteur, de París, con el gráfico nombre de *fagocitos*, palabra griega que quiere decir *comedores de células*.

Pues bien: esos fagocitos son nada menos que los permanentes defensores del cuerpo contra los elementos extraños al organismo. Que experimente el tejido animal cualquier lesión, ó que invada el organismo cualquier substancia perniciosa, y veremos al fagocito acudir armado de todas armas en defensa de nuestra salud. ¡Encantadores y abnegados fagocitos!... Ellos son los que, si os haceis una cortadura en un dedo, emprenden inmediatamente la obra de reparación de la brecha abierta; la hinchazón y el pus no son otra cosa que las grandes masas de trabajadores blancos dedicados á reconstruir tejidos lacerados. Ellos son los que, si penetra en vuestro cuerpo una substancia nociva, procuran rechazar la invasión á viva fuerza comiéndose bonitamente al invasor.

Los nunca bastante alabados *fagocitos* determinan el proceso conocido generalmente por el nombre de *absorción*, ó sea la desaparición en el organismo de los elementos extraños. Inyectando un poco de trementina en la piel, inflámase esta y empiezan á acumularse tejidos muertos; pero al poco tiempo tanto la trementina como los tejidos muertos son destruidos por los fagocitos. Juzga la mayoría de los científicos que la obra de los fagocitos es sencillamente un proceso de digestión. En términos generales, lo que le ocurre á la trementina es análogo á lo que le pasa á los alimentos en el tubo digestivo. Nadie ignora, en efecto, que el bolo alimenticio es atacado en el estómago y en los intestinos por los jugos digestivos y transformado en aquellos elementos que van á formar los tejidos orgánicos. Pues bien: los fagocitos acuden á la lucha armados de potentes jugos de esa clase; devoran las moléculas intrusas, y mediante sus fermentos digestivos propios las transforman en substancias que no sólo ya no son dañosas al organismo sino que pueden ser altamente beneficiosas.

Y ocurre, para mayor elogio de los fagocitos, que su manjar predilecto son, precisamente, las bacterias homicidas. No puede llegar á más la Naturaleza en sus sabias provisiones.

Digamos ahora que los fagocitos han sido clasificados por el ilustre Metchnikoff en dos grandes familias: los *macrófagos*, ó grandes tragaldabas, encargados de atacar vigorosamente los elementos extraños al organismo, como la trementina de nuestro anterior ejemplo; y los *microfagos*, ó pequeños comedores, que se las entienden con los gérmenes patógenos, con los microscópicos auto-

res de las enfermedades. A estos *microfagos* debe la especie humana su existencia: si no fuera por ellos, ya hace muchos cientos de siglos que el hombre habría desaparecido del planeta, aniquilado, extinguido por los microbios. Sí, queridos lectores, el *microfago* nos salva la vida millares de veces al día. Si estais expuestos á una enfermedad infecciosa y no la adquirís, lo debéis á que los leucocitos *microfagos* se han merendado y han digerido al enemigo; si adquirís la dolencia y curais de ella, es porque el *microfago* ha obtenido la victoria decisiva contra el funesto microbio; si enfermáis y feneceis es porque, no obstante los heroicos esfuerzos del *microfago*, ha perecido en su noble empeño, abrumado por un número de bacterias billones de veces superior.

EL SUERO VIGORIZA AL FAGOCITO

La actividad de esos pequeños depuradores del organismo puede ser aumentada ó disminuida á voluntad. Inyectando en un conejo de Indias una dosis letal de gérmenes coléricos, juntamente con cierta proporción de opio, el animalillo tarda poco en sucumbir. Ello se debe á que el opio narcotiza á los fagocitos, los atonta, los embriaga, y mientras tanto las bacterias destruyen al conejillo. Por el contrario, hay substancias que estimulan la actividad de los fagocitos, haciéndolos extremadamente voraces: una de esas substancias es el caldo de vaca; otra es el suero normal, y sobre todo el suero específico, que obra de dos modos: como degenerador de las bacterias, paralizándolas, y, según algunas autoridades, destruyéndolas, y como excitador de los fagocitos, cuyas actividades despierta en grado anormal.

Segundos después de ser inyectado el suero específico, el ejército de los fagocitos, compuesto de billones de individuos, cae sobre debilitados bacilos, y en pocas horas los defensores de la fortaleza, llegados al lugar del combate flacuchos y hambrientos, revientan de puro rollizos, presentando una distensión de varias veces su volumen normal. Los bacilos han desaparecido en absoluto de la región infestada, yendo á parar al interior de sus conquistadores. Una vez en aquel lugar, pueden darse por perdidos. Acaso sobreviven algunas horas, y, en casos excepcionales, algunos días; pero, más pronto ó más tarde, la prisión se convierte en tumba, ó mejor dicho en laboratorio; el fagocito baña á su presa en abundantísimos jugos digestivos, y los antes mortíferos microbios son transformados en inofensivos elementos químicos, quizá en simples protidos, ó sea en las substancias elementales que componen gran parte del organismo.

¿Sospechabas siquiera, lector amable, la existencia de ese inmenso ejército de defensores que la Naturaleza puso en las recónditeces de tu organismo?

Otras maravillas del interior de ese organismo te serán reveladas en un artículo que publicaremos próximamente, ya que este trabajo de ahora excedió de los límites que nos habíamos propuesto darle.

BURTON J. HENDRICK

El arte del comediante

(Coquelin Aíné era algo más que un cómico célebre: era escritor. Hé aquí algunos fragmentos de un entretenido y curioso estudio que consagró á su arte, en el cual se analiza ingeniosamente á sí mismo.)

Ciertos críticos me han reprochado amargamente el que quisiera invadir el género serio. Por ese lado, mi conciencia de artista está tranquila. Sólo he representado los papeles que he podido representar. ¿Acaso me han visto hacer los de enamorados? Nunca. *Jean Dacier* es un carácter. ¿Es por ventura un enamorado *El Trovador de Crémone*? Pero no lo aman; es jorobado. ¿Y *Chamillac*? Es un original, es una especie de apóstol con bigotes que espía un momento de locura moralizando asesinos y á quien sólo se llega á amar en el desenlace. Es un papel de apostura y dicción, nó de pasión ni entusiasmo. Y *Gringoire*, el desgraciado poeta destinado á la horca, ¿es quizá un enamorado?

—¡No es hermoso! es la palabra que recoge á la primera mirada de la dama.

Ahí estoy, pues, en mi elemento y si logro hacerme amar en seguida, buena parte toman en ello la poesía y la compasión. Es porque canto, porque me transformo... á los ojos de la hermosa, se entiende.

Hay actores que se dedican á la prosa; los hay que prefieren el lirismo: mi ambición es ser de los últimos. Tal vez se debe esto en gran parte á mis amigos poetas. ¡Tantas veces me han confiado sus versos para recitarlos! Y acaso el más culpable es el más lírico de todos, el buen maestro Banville, padre de mi *Gringoire*, cuyo divino *Sócrates* y cuyas aladas estrofas he tenido la dicha de hacer aplaudir.

Una palabra ahora sobre la fisonomía del actor en la escena. Es la mirada la que la resume: ella es la luz, la transparencia,

la vida. Allí es donde el público os quiere descifrar: mostraos en ella por entero. Si dejais la mirada sin expresión, distraída, vaga, errátil, el público se desorienta, no sabe dónde está y se pregunta:

—¡Hola! Parece que no está escuchando... ¿Qué le pasa?... Observa la sala... ¿A quién estará mirando?... ¡Ah! es á aquella señora del palco... Ahora mira los frisos... ¡Cáspita! si habrá incendio!

Y mientras el público se hace esas y otras reflexiones, ¿en qué queda la pieza? Suponed que vais á relatar algo: que vuestra mirada esté viendo lo que contais y el público lo verá reflejado en vuestra mirada. Es ésta la razón por que no debéis nunca hacer un relato estando de perfil. Si lo empezais de perfil, haciendo frente á vuestro interlocutor, tratad de volveros poco á poco hácia el público; vuestros ojos se fijarán en un punto del que no deberán separarse, pues ahí es donde veis lo que estais contando. Esa mirada fija mantiene suspenso al público sobre lo que decís. Lo que vais á decir está allí antes de que llegue á vuestros labios, y la palabra solamente hará penetrar después en la atención del espectador el rasgo revelado ya por la mirada.

Esta fijeza no debe ser menor cuando escucháis. Si vuestra mirada no sigue lo que dice vuestro interlocutor, el público no da importancia á lo que no escuchais vos mismo con atención, ó bien quedará estrañado de vuestra indiferencia.

¿Quién podría soportar que Horacio diera la espalda al público durante las imprecaciones de Camila? Ya me sé yo lo que más de alguno podrá decir sobre estos efectos de espaldas. Hay ciertos actores, muy bien dotados plásticamente, que tienen particular afición á tales efectos; la espalda tiene medios de expresarse: se encoge, se endereza, se encorva y hasta puede parecer que escucha; pero, cuando una amante exasperada os lanza al rostro treinta versos de insultos formidables, el público no quiere ver la expresión de vuestra espalda; no será en

ella en donde leerá el movimiento creciente de sorpresa, indignación, cólera, hasta el paroxismo en que se desencadenará el asesinato. No lograreis jamás que vuestra espalda tenga tantos recursos como el ojo para expresar esos matices, y el público, á la vista de vuestra espalda, creará que os burlais francamente de Corneille ó de la concurrencia.

Nada de absoluto debe haber en el teatro; sin embargo, hay mil maneras de dirigir, medir, extinguir, según la situación, esta fijeza de la mirada, que recomiendo á quien quiera oírme. El ojo debe estar siempre en acción; pero puede escuchar sin que lo parezca: puede que no parezca escuchar en absoluto. Por ejemplo, si tenéis que representar, en *Mademoiselle de la Seiglière*, la escena en que el marqués recibe, en presencia del abogado Destournelles, la carta que éste le ha enviado, es preciso que Destournelles finja ignorar lo que significa ese papel; pero es necesario que estudie en la fisonomía del marqués la impresión que su lectura produce. Cada vez, pues, que el marqués tiene la nariz encima del papel, el abogado, con inteligente mirada, le observa a hurtadillas ó más bien lee y parece decir:

—¡Pues bien! ¿qué pensais de eso, señor marqués?

Si el marqués, por el contrario, furioso, suspende su lectura y mira al abogado, la mirada de éste se hace vaga, el párpado se extasia como en un ensueño, persiguiendo tal vez una idea que se evapora hacia el cielo, ó quizá alguna mosca que pasa, y, cuanto más se irrita el marqués, tanto mayor debe ser la apariencia de inocencia y serenidad en la mirada de su adversario.

Estudad vuestro papel, penetrad en la piel de vuestro personaje; pero al entrar allí no abdiqúeis. Conservad la dirección. Que vuestro **segundo sér** lllore ó ría, que se exalte hasta la locura, que sufra hasta la muerte... pero siempre bajo la vigilancia de vuestro primer sér, siempre impasible y dentro de los límites que ha deliberado y prescrito de antemano.

Debeis encontrar la expresión una vez por todas: á vos os toca regularla de manera que podais cogerla idéntica á vuestro tipo, donde y cuando os agrada. El comediante no debe perder nunca la conciencia de sí mismo. Es falso, es ridículo pensar que el colmo del arte consista en olvidar que se está delante del público. Si os identificais con vuestro papel hasta el punto de preguntaros ¿quién es esa gente? al ver á los espectadores, y de no saber á donde estais: no sois un actor sino un loco.

Y un loco peligroso. ¡Figuraos á Harpagón que la emprende contra los asistentes de la orquesta y les exige la pronta devolución de su muy amado cofre! El arte, lo repito, no es identificación, sino representación.

El famoso axioma: "Si quieres hacerme llorar, llora tú", no es, pues, aplicable al cómico. Si llorais de veras, bien pudiera aconteceros que os devolvieran un eco de sonoras carcajadas, pues el dolor hace muecas. Comprendo que un joven, un debutante, pierda la conciencia de sí mismo; inquieto por su propia suerte, confunde las emociones personales con las que tiene que expresar; eso me ha sucedido á mí como á todo el mundo y no me desagrada recordarlo, pues tenía diecisiete años. Pisaba la escena por la primera vez y representaba **Pauvre Jacques**. *Pauvre Jacques* es un infeliz músico que pierde la razón á consecuencia de un amor desgraciado. (Se vé ya mi tendencia á los papeles dramáticos). La emoción me ahogaba. Representé, sin embargo, hice llorar mucho... pero entre bastidores me sentí mal... Es una historia de conscripto y nada más. Si algo semejante me sucediera ahora, me consideraría deshonrado. Un cómico experimentado debe estar á cubierto de estos accidentes.

Bien sé que hay eminentes artistas que refutan esta teoría. Recuerdo una respuesta muy al caso dada por una dama inglesa á la señora Ristori, que sostenía que para poder representar bien una cosa era preciso sentirla en realidad.

—Sin embargo, dijo Miss I... ¿cuándo muere Ud. en la escena?

Evidentemente, la señora Ristori no moría, pero hacía como

si tal y lo hacía muy bien, pues lo había estudiado perfectamente: había compuesto, fijado y arreglado su muerte de antemano y la repetía á las mil maravillas, teniendo su propia cabeza viva.

COQUELIN (AINÉ)



Unamos á esta página el conmovedor adiós llevado á la tumba de Coquelin por Mr. Edmond Rostand... Esta conmovedora ceremonia tenía por marco la casa de retiro de los cómicos, fundada por el artista, la vieja iglesia y el pequeño cementerio de Couilly. Pronunciaron hermosos discursos los señores Robert de Flers, por la Sociedad de Autores, Adolphe Brisson, por la Crítica, Jules Claretie, en representación del Teatro Francés, Gailharh y Lourençon, amigos del difunto, y Dujardin-Beaumetz, á nombre del Gobierno. Después, el poeta Edmond Rostand hizo uso de la palabra en estos términos:

¡Ah! Cómo siento hoy no haber sido ejercitado por la noble y cruel carrera del periodismo para encontrar en un momento, en las peores desgracias, las palabras que necesito! Pero yo soy sólo capaz de ser un amigo desesperado que no sabe disciplinar su dolor. Por otra parte, todos los que aquí lloran y que saben en qué circunstancias más extraordinarias se me ha arrancado al mejor de los amigos y al más grande entre los intérpretes, no permitirían que yo tuviera la fuerza suficiente para darle un adiós demasiado largo.

Sí, Coquelin fué un artista de genio resplandeciente. A esta hora se lo están diciendo Molière y Beaumarchais; Hugo y Banoville le agradecen el haber sido Don César de Bazan y Gringoire. Pero aún más maravillosa que el arte de esta voz fué la fe de su alma, la convicción heroica con que Coquelin interpretaba una obra. Y, cuando entre nuestras pobres producciones contemporáneas adoptaba una, la servía con una conciencia entusiasta; no podía sufrir que se dudara de ella: la imponía con pasión. ¡Ah, Dios mío! yo conozco muchas obras que tú admirabas demasiado, Coquelin, y que tu soberbia amistad no quería colocar á una prudente distancia de las obras maestras. Pero ya no tengo valor para reprochártelo hoy y siento bien que no encontraremos ya de esos comediantes fervientes cuyo defecto es admirar demasiado lo que tienen que decir.

¡Ah! qué intrépido amigo eras! Te estimaban los hombres de Estado y yo sé por qué: se conmovían, encantaban y deslumbraban por lo que les exigías sin cesar, nunca para tí, siempre para los demás, y por todas las cosas justas ó buenas que tu voz imperiosa y alegre los obligaba á ejecutar. Los que han ejercido el poder te han amado porque conocían en todo lo que les pedías tu magnífico desinterés.

¡Ah! I ese hombre vivía! ¡Y está ahí! ¡Que duerma en este hermoso jardín. Sus viejos cómicos lo guardan. Y los poetas han colocado, cerca de él, en el ataúd, á más de un personaje soñado al que acaban de renunciar darle vida.

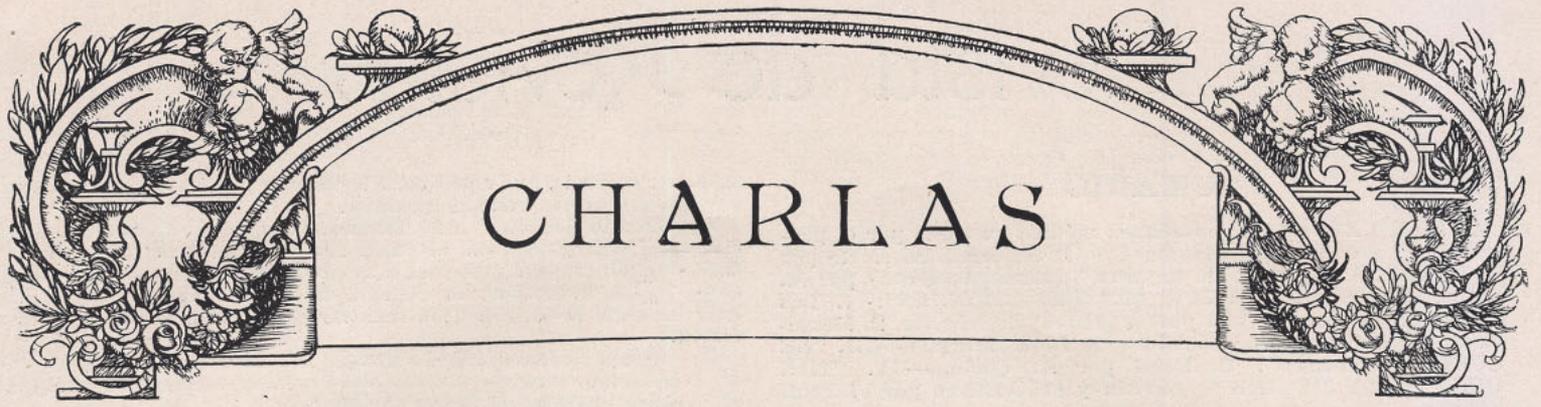
¡Adiós, amigo mío! No me consolaré. Las hojas del poema que te había dado, conmovido por verte estimarlo en más de lo que yo podía comprender, esas hojas que tocabas aún en la mañana de tu muerte y á las cuales me has hecho el honor de deber tus últimas alegrías, esas hojas son tuyas; son tuyas, es decir, ahora, de tu hijo Juan. Cuando llorando las encuentre en medio de tus papeles, él solo decidirá de su destino.

¡Adiós, amigo mío, á quien tanto debo! Hace algunos días, en ese hermoso teatro al que habías dado su esplendor, veía á tus jóvenes compañeros ensayar y agruparse alrededor de un lugar vacío que te esperaba. Hacia ese vacío que cambiaba misteriosamente de lugar, según la marcha de la escena, hacía ese vacío en que nuestra imaginación levantaba ya tu querida y gloriosa silueta, se lanzaban las miradas y las réplicas. Ahora, la vida de los que te han amado se asemeja á este triste ensayo: nos agitamos y hay allí, en medio de nosotros, un vacío al que jamás podremos dejar de hablar.

EDMOND ROSTAND.
(De la Academia Francesa).



Coquelin (Ainé)



CHARLAS

DICEN que la prensa es el cuarto poder del Estado. No las tengo yo todas conmigo de que así sea, cuando pienso en lo que pueden la moda, las preocupaciones, los moldes consagrados, los gerentes de Banco, las mujeres neurasténicas, y tantas otras entidades, que si bien no imprimen, en cambio comprimen, oprimen y suprimen.

Pero, lo que sí sé, es que en fuera de Jesús para con el finado Lázaro, hasta ahora sólo la prensa es capaz de resucitar muertos. ¿Cómo así? dirán ustedes. Pues, muy sencillamente: dando por muerto al que no lo está, y resucitándolo en seguida.

Es lo que acaba de ocurrir con Julio Flores, gran bohemio y gran poeta colombiano, á quien la mayoría de por estos mundos no conoce.

Flores vive en un hotel, en un aposento pobre, cuyo dueño se paga con el honor de albergar al poeta.

Modesto lecho, libros en desórden, ropa ninguna, borradores por concluir, luz á medias y muchas coronas, recuerdo de sendos triunfos: hé ahí el rincón en que habita el gran bohemio. En una de las coronas, una araña ha tejido su tela, y Flores cuida de la tela y de la araña como no cuida de sí mismo. La araña se ha domesticado, le obedece ¡sabe Dios si tiene cariño por él, como él por ella! Y ese tema desarrolla Flores en una de sus más soberbias composiciones.

Uno de los libros del poeta lleva corto y elocuente prólogo: "Este libro es un dolor cristalizado".

En un cantar á Víctor Hugo, empieza Flores con la estrofa que sigue:

"Un águila caudal clavó su garra sobre la muda esfinge del desierto y le dijo á la esfinge: ¡el viejo ha muerto!

Como estos, tiene Flores miles de pensamientos que son verdaderos modelos de poesía y de arte.

Por ejemplo:

"Si Dios me permitiera, ¡oh, dulce anhelo! engarzar en la bóveda del cielo dos soles más, al punto engazaría tus ojos ¡vida mía!
¿Y por qué? me preguntas, insensata; porque así lo que anhelo alcanzaría: arrancarte los ojos por ingrata y hacer más bello y luminoso el día!

Más ó menos la misma nota vibra en otra composición, igualmente hermosa:

"En las noches calladas, sueño mirar absorto las estrellas sobre la cresta azul de las montañas, tan sólo porque en ellas me parece que miro tus pupilas jugar entre la red de tus pestañas.
Entonces ¡vida mía! pierdo toda mi calma, y hasta el fondo del alma torno azorada la mirada fría. Y al contemplar de tu desdén los rastros, bien quisiera, con ira de pantera, rasgar los cielos y extinguir los astros".

En una ocasión tratábase de definir el dolor, el "sombrión déspota del mundo" que dijo Domingo Arteaga Alemparte, y contestó Julio Flores:

"Preguntas, ¿qué es dolor? un viejo amigo inspirador de mis amargas quejas, que se halla ausente cuando estás conmigo que está conmigo cuando tú te alejas".

¿Y cómo contrastan esos tonos con la dulcedumbre de la estrofa que sigue:

"En un playón del Bajo Magdalena que lame el agua con su oleaje mudo hay un árbol fantástico, y desnudo de toda pompa, en medio de la arena. Igual á mí, con magestad serena resiste el golpe de huracán ceñudo. ¡Solos y sin verdor! ¡Yo te salido, Compañero! La misma es nuestra pena. Una tímida garza cruza el cielo y de aquel tronco en las calladas ruinas refrena el blando y silencioso vuelo. De pie sobre esos míseros escombros, se te parece á tí, cuando reclinas tu cabecita frágil en mis hombros".

Una noche de luna, el bohemio Flores sintió un arranque: ir al cementerio de Bogotá, á que la luna con su arco, derramando velada luz sobre los sepulcros, inspirara su musa. Ante la tumba de su madre se detuvo el poeta, meditó en la soledad, é improvisó uno de los sonetos más hermosos que se hayan escrito en lengua castellana.

"¡Melancólica reina pudibunda que viajas por los ámbitos del cielo como un místico témpano de hielo entre la inmensa obscuridad profunda! En esta noche en que tu faz circunda un halo transparente, como el velo de las vírgenes novias, un anhelo, azul, y enorme como el mar, me inunda. ¿Sabes lo que mi espíritu ambiciona en esta noche de Noviembre, fría, en que el cierzo las tumbas desmorona? ¡Que bajas de la bóveda vacía, y pongas esa sideral corona sobre la tumba de la madre mía!"

Leyendo estas cosas, digo francamente que si en el mundo no hallo mucho que envidiar, no puedo desconocer que me dan envidia los poetas verdaderos, esos que sienten y que saben decir lo que sienten. La cosa no llega como hasta tenerles mala voluntad, porque mala no se la tengo ni á los malos poetas; por el contrario, se la tengo muy buena, como que en esos desvelos rebeldes á todo género de esfuerzos y de drogas, no necesito más que echar mano de un libro adocenado y me duermo que llegan á alarmarse las gentes de mi casa.
¿Cuántos habrá que hubiesen querido firmar estos reglones de Bartrina?

"Al arroyuelo, "Sierpe de plata", como los poetas siempre le llaman, pareces, niña, niña adorada, en que eres pura, en que eres casta, en que eres dócil, en que eres mansa, y en que murmuras y en que resbalas".

Amigo fuí, y apasionado admirador de Rubén Darío, del gran Darío de años atrás, de veinte años atrás, que estimo muy superior al poeta de hoy, porque con el tiempo ha llegado á ser anfibiológico, incomprensible, a menudo verdadero caos de ideas y de frases. ¡Qué distinto era el Rubén de

entonces! Una estrofa, pero muy corta, había que poner bajo el retrato de Campamor, que iba á publicar "La Epoca". Se abrió certámen, y Darío se llevó el premio con una décima preciosa:

"Este del cabello cano, como la piel del armiño, unió á su candor de niño la experiencia del anciano. Cuando se tiene en la mano un libro de tal varón, abeja es cada expresión que, volando del papel, deja en los labios la miel y pica en el corazón".

Voy á reproducir también otra estrofa, de las mejores de Darío pero precelida de recuerdos que la explican. Muy del brazo de gallardo mozo, pasó una vez frente á un café una muchacha de esas que desgarran las entretelas del alma. En el grupo que la vió estaba un amigo común nuestro, que había conocido á la muchacha, que quer a olvidarla y que no podía. Lo embromamos un poco, le dijimos que le improvisara una estrofitita á la chiquilla; pero él se quedó triste, nos rogó que lo dejáramos tranquilo y, mientras nosotros comíamos y reíamos, él pensaba y bebía en silencio. Darío encontró tema y escribió:

"Cuando la vió pasar el pobre mozo y oyó que le dijeron: "¡es tu amada!" lanzó una carcajada, pidió una copa y se bajó el embozo. —¡Que improvise el poeta!—Y habló luego, del amor, del placer, de su destino, y al aplaudirle la embriagada tropa, se le rodó una lágrima de fuego, que fué á caer al vaso cristalino. Después, tomó la copa y se bebió la lágrima y el vino".

A este recuerdo está ligado otro recuerdo, de un dicho que nos hizo la mar de gracia. Como el servicio demorara, uno de los comensales apostrofó a un sujeto que, á pesar de sus apariencias de sirviente, nos oía regañar y se quedaba sin embargo tan campante.

—¿Qué es usted aquí? se le preguntó.

—Oficial de pluma, señor.

—Pues, no sabíamos que Gage tuviera oficiales de pluma. ¿Y qué escribe usted? ¿las cuentas?

—No escribo, señor; soy el encargado de desplumar las aves.

El sujeto se calificaba por eso de oficial de pluma.

Y el dicho le salió ingenioso porque sí. No cabe decir lo mismo de la respuesta dada por otro que tal á una señora.

Cayóse la señora al bajar de un tranvía, y con tanta mala suerte para ella, nó porque se quebrara hueso ni cosa parecida, sino por la postura en que quedó, que un roto no pudo menos de reír á carcajada franca.

—Bien se vé que no es usted un caballero, apostrofó la señora.

Y el roto repuso sin vacilar: por lo que hemos visto, yo también puedo decir que tampoco usted es caballero.

Revista de Revistas

SUMARIO

- I. "EL SIGLO XX": 1. La enseñanza médica en Chile por el profesor V. Carvallo. 2. Impresiones de la América del Norte por G. Ferrero. 3. "El libro de un alma" (Remordimiento) por M. Latorre Cour.—II. "REVUE DES DEUX-MONDES": 1. Las fuerzas japonesas en 1909 por el general de Négrier. 2. Memorias del príncipe C. de Hohenlohe. 3. Dora Melegari.—III. "LE CORRESPONDANT": G. Sorel por A. Cochín.—IV. "THE QUARTERLY REVIEW": Darwin y sus críticos por el Prof. Poulton.

I.—EL SIGLO XX está en pleno progreso como lo demuestran la abundancia y el valor creciente de las colaboraciones que ha sabido asegurarse. Entre los artículos del número 3 (Agosto) señalaremos particularmente el del eminente profesor doctor V. Carvallo sobre *La enseñanza médica en Chile*, el de Guglielmo Ferrero intitulado *Impresiones de la América del Norte* y el del señor Latorre Cour sobre *Remordimiento* por la señora Cox Stuyven.

1.—En el primero hallamos datos interesantísimos tocante á la implantación de los estudios científicos de Medicina en Chile. Viendo lo que era la facultad en 1830 y lo que es hoy, se puede comprender lo que significa la palabra "progreso"... Merced á don Diego Portales, reorganizador del proto-medicato, y á los doctores Guillermo Blest, Nataniel Cox, Bustillos, Moran y Barrios, la profesión médica adquirió en Chile la estimación y autoridad que merece en todo país ilustrado. En seguida los doctores Lafargue, Sazie y Tocornal la llevaron al apogeo en que la vemos hoy en día.

2.—Guglielmo Ferrero, el célebre historiador de Roma, merece ser leído cuando habla sobre los Estados Unidos. Muchos de nuestros contemporáneos creen firmemente que en la Gran República del Norte el dólar es el único y verdadero soberano. Cuán grande sea este error demuéstralo Ferrero poniendo en evidencia la gran autoridad moral, la verdadera supremacía de que allí gozan los intelectuales y, particularmente, los jefes de las principales universidades. En los momentos de crisis, en efecto, ó cuando surge algún problema de interés general, el público no consulta ni á políticos ni á banqueros, ó si los consulta, es sólo después que hombres como Mr. Elliot, presidente de Harvard, Mr. Butler, presidente de la Universidad de Columbia ó Mr. Judson, de la de Chicago, han pronunciado sus "oráculos".

Es altamente consolador el ver que un intelectual vale más, en el país llamado del dólar, que un rey del petróleo, del acero ó del algodón. El pretendido materialismo norte americano es, pues, un "canard" ó, si se prefiere, un mito, como tantos otros cuya universal admisión desmiente al conocido proverbio: "Vox populi Vox Dei".

3.—El señor Latorre Cour dedica al libro de la señora Mariana Cox Stuyven un artículo que honra igualmente á esta distinguida escritora y á su crítico. Pero encontramos allí una frase cuyo alcance doctrinal exige discusión.

Después de varias consideraciones dice el crítico, por vía de conclusión: "Me convenzo una vez más de que en el fondo del alma de las mujeres duerme una heroína: una Julieta, una Santa Teresa, ó simplemente una cortesana, nunca una madre de familia" (pág. 187).

Cómo haya podido convencerse de tal cosa el señor Latorre Cour, es lo que no alcanzamos á comprender. Todo, en efecto, nos persuade de lo contrario y hasta para adquirir la convicción inversa, ó simplemente una cortesana, nunca una madre de familia" del presente.

La heroína es siempre (y nunca dejó de ser) una excepción, como lo son igualmente los héroes y grandes ingenios. La madre de familia, lejos de ser "la excepción" es, al contrario, "la regla", y lo es de tal manera que, aún en las mismas heroínas (por ejemplo, en Santa Teresa), los instintos maternales son visibles á toda hora desde la más tierna niñez hasta la edad más avanzada. Podría aún decirse que, esencialmente, por definición y vocación natural, mujer y madre son un solo y mismo sér, un par de sinónimos perfectos.

Esta es una tesis cuya demostración sería facilísima. Nunca, según creemos, ha sido mejor demostrada que en el libro de H. Drummond intitulado "The Ascent of Man". Hay allí un capítulo (el VIII) sobre "La Evolución de una Madre" que basta para poner en claro lo que me atrevo á llamar el error del señor Latorre Cour.

Por lo demás, el artículo de este joven crítico es interesante y digno de ser leído.

El señor B. Vicuña S. prosigue su *Crónica del Centenario*. En la página 176, queriendo demostrar cuán decaída se hallaba, bajo el reinado de Carlos IV, la autoridad de la Inquisición, dice nuestro autor: "En el pueblo de Esco, el cura Miguel Solano predica por las calles contra la "isonomía" de los clérigos y los obispos. Figúrate qué hubiese sido de él en otro tiempo. Ahora se le deja en paz".

Con razón y sin riesgo predica, añadiremos nosotros. ¿Qué herejía puede haber en enseñar que clérigos y obispos no son "isónomos", si se observa que "isonomía" significa "igualdad de derechos en un gobierno democrático"? ¿Cuándo, según la constitución de la iglesia católica, fueron iguales en derechos clérigos y obispos? Lo seguro es, pues, que el cura Solano predicaba precisamente lo contrario de lo que le atribuye el señor B. Vicuña Suber-

caseaux; es decir, que aquel cura levantisco predicaba, no en contra, sino en pró de esa soñada igualdad.

Equivocaciones como esta demuestran que el estudio, siquiera elemental, del griego en las escuelas de enseñanza media, no es superfluidad, como lo creen muchos, sobre todo si se tiene en cuenta que, con el avance de la ciencia, la terminología griega cunde hasta invadir la conversación familiar y las columnas de la prensa diaria.

II.—1.—La *Revue des Deux-Mondes* del 15 de Julio de 1909 trae un espléndido artículo del conocido general francés de Négrier sobre "Las Fuerzas del Japón en 1909".

¿Cuál es el poder militar actual del Japón? Está el considerable aumento de su ejército en proporción con sus recursos? ¿Cuáles son sus tendencias? ¿Es ese país, para los pueblos orientales, el "Sol Levante" del cual son emblemas sus banderas, ó es sencillamente un meteoro que asoma repentinamente la cabeza para desvanecerse en el instante próximo? Los "clans" feudales destruidos después de haber servido de cimiento á la sociabilidad del Japón, ¿volverán á aparecer en forma de partidos políticos tales como conocemos á éstos en ciertos países europeos? ¿No será el socialismo consecuencia del desarrollo industrial? Si así fuera, la cohesión del Imperio y su fuerza expansiva no tardarían mucho en ser meros recuerdos".

A esta série de importantísimas preguntas responde concisa y substancialmente el eminente "ex-généralissime" del Ejército francés, y de sus respuestas resulta en el lector una impresión de fuerza colosal é irresistible que haría del Japón la nación privilegiada de la fortuna y del porvenir.

Es imposible, en esta estrechísima sección, analizar detalladamente esas 37 páginas que, en verdad, más que análisis, merecerían traducción. Extractaremos, sin embargo, algunas líneas que demostrarán el valor del artículo.

Dice el general Négrier: "El espacio que nos separa de la última guerra (ruso-japonesa) nos proporciona alejamiento suficiente para permitirnos afirmar que el éxito no interrumpido de los ejércitos japoneses se debió á su excepcional energía y á su soberano desprecio por la muerte".

Aquel enérgico desprecio nace del atavismo japonés y, en particular, de la piedad filial, virtud que caracteriza especialmente á los pueblos del Extremo Oriente. Nuestra mentalidad occidental, dice Négrier, no alcanza á comprender que puedan los padres ser lo bastante crueles para sacrificar con sus mismas manos á sus propios hijos cuando, á su parecer, así lo exigen el honor ó la lealtad patriótica. Semejante acción, empero, será juzgada como muy natural por un japonés ó un chino. La autoridad absoluta del jefe de la familia es un dogma. Nadie se atreverá á discutirla".

"Dícese, agrega el general, que el japonés es irreligioso. Aquello no es exacto. En cada casa existe el altar de la familia en el que, sobre tablas, están inscritos los nombres de los antepasados y parientes fallecidos. En ciertos días, dáse á los muertos pruebas de respeto y preséntaseles también ofrendas. El "Shintoísmo", religión oficial del Imperio actual, no es, en realidad, sino el culto de los antepasados".

De ahí proviene el carácter peculiar del heroísmo japonés, el cual hace de la muerte por la patria presente un sacrificio religioso y un acto de solidaridad con la patria total en la cual están incluidos los muertos gloriosos ó anónimos del pasado. Así parece realizarse en el Japón la palabra de Comte: "Los vivos son gobernados por los muertos".

Al atavismo hay que añadir otro factor hoy muy descuidado en la Europa latina infestada de humanitarismo. "La fuerza actual del Japón, dice Négrier, se debe en gran parte á la acción ejercitada por el gobierno mediante la instrucción pública. Interesante es el advertir la minuciosidad con que se procura allí desarrollar en los niños el espíritu militar... Al terminar sus estudios los niños no necesitan sino aprender la práctica del tiro y el combate".

Nótese además que la mujer misma no está exenta de esa educación militar ya que, en las escuelas japonesas, se las prepara para el papel de enfermeras.

Un factor más de energía es el desprecio del extranjero. Fundado ó nó, el orgullo nacional es allí supremo y no es raro oír, en boca de japoneses, la expresión de su perfecto desprecio por sus educadores militares y aún por las universidades europeas ó americanas.

"En treinta años, dicen los sabios de Tokio, hemos hecho lo que á los europeos les costó treinta siglos".

Advirtamos de paso, aunque no lo haga el autor francés, que el "bluff" no es producto exclusivamente americano. El Sol Levante parece favorecer en gran manera su germinación y desarrollo (1).

De todos modos, tiene el Japón plena confianza en sí mismo y es sabido que á los audaces suele ayudarlos la "Suerte".

La conclusión es que el porvenir del Japón y aún su predominio, al menos asiático, parecen asegurados.

Négrier no cree en los efectos disolventes que podrán tener allí como los han tenido y tienen en otros países, el excepticismo, hijo de una instrucción destructora de mitos y leyendas, y el socialismo, fruto último del desarrollo industrial.

El general francés confía, no sabemos por qué, en el poder con-

(1) Alguien me advierte que la palabra adecuada sería "puffism"... Dejo la elección al cuidado y al gusto del lector.

servador del atavismo y la energía del gobierno, tan frágiles ambos en Europa y otras partes.

Parece, sin embargo, que las lecciones de la historia y las de la experiencia contemporánea debieran engendrar ciertas dulas y alejar tanto optimismo...

Esperemos... Lo cierto es, por ahora, que ni la falta de hombres enérgicos, ni la escasez de dinero amenazan al Japón, el cual, libre de algunos escrúpulos é ilusiones que nacen del decadentismo humanitario, tiene abierta ante sí la gran ruta del porvenir.

2.—En este mismo número de *La Revue des Deux-Mondes*, M. Welschinger publica un artículo sobre las "Memorias del príncipe Clovis de Hohenlohe", admirador y colaborador de Bismarck.

Al enviarle á Paris en calidad de embajador después de la destitución de Arnim, Bismarck, catequizándole, dijo Hohenlohe: "Tenemos interés en que Francia no llegue á ser lo suficientemente fuerte en el interior y respetada en el exterior para que le sea posible obtener alianzas. La República (esto es, la forma republicana de gobierno) envuelta en perturbaciones internas, es una garantía de paz. Una República sólida sería, bajo todo concepto, un pésimo ejemplo para la Europa monárquica" (pág. 398). ¿No es cierto que esta cita (ya conocida) valga la pena de ser reproducida aquí?

3.—Termina en este fascículo la hermosa novela de Dora Melegari intitulada "Mis hijas". No es este el lugar propicio para analizarla.

Digamos, sí, que ella es doblemente interesante, en sí misma, primeramente, y además por ser obra de una autora italiana que no escribe sino en francés, caso que no carece, por cierto, de originalidad, sobre todo si se observa que Dora Melegari maneja con perfección la lengua de Daudet y Maupassant.

III.—*Le Correspondant*. Un descuido involuntario nos impidió señalar en tiempo oportuno un artículo cuya lectura recomendamos encarecidamente á cuantos tengan el deseo de estar al corriente de la sociología actual. A cada paso la palabra "sindicalismo" aparece, en cablegramas de origen francés ó italiano, como distinta de "Socialismo unificado". Para entenderla, nada es más útil que el artículo de Mauricio Spronck intitulado "L'Esprit Nouveau" de los Revolucionarios: un maestro del sindicalismo: G. Sorel" (*Correspondant* del 10 de Enero).

G. Sorel es un tipo filósofo revolucionario que no tiene, según creemos, análogo alguno entre los escritores contemporáneos. Es-

píritu original, alma libre y generosa, entrégase, sin embargo, á la crítica destructiva de todos los sistemas políticos viejos ó nuevos, incluso el socialismo. Es sin duda alguna un gran pensador. ¿De dónde proviene que su nombre no sea tan conocido como lo merece? Probablemente de su modestia y también "de la conspiración del silencio" que parecen formar en torno de Sorel los pontífices del socialismo.

Aunque tarde, señalamos el artículo que Spronck le dedica, seguros de que nuestros lectores nos agradecerán la indicación.

Entre otras opiniones originales del revolucionario Sorel, hay una sobre el sufragio universal y el gobierno electivo que traduciré aquí para despertar en el lector el deseo de conocer las otras: "En todos los estados en que existen elecciones, las capacidades son puestas á un lado en provecho de politiqueros y "déclassés"... Puede uno preguntarse si las elecciones no serán en verdad una partida de ruleta con trampa, en la cual banqueros y jugadores procuran trampear á porfía". Sorel no está lejos de pedir que los representantes del pueblo sean elegidos por la suerte, como lo pedía, hace 2,000 años, Aristóteles. Creemos, empero, que aún la suerte no excluiría las trampas. El mal es incurable.

IV.—En la *Quarterly Review*, de Julio, hallamos, como siempre, una riquísima colección de artículos, entre los cuales descuellan uno del profesor Poulton, publicado con ocasión del centenario de Darwin, bajo el título de "Darwin y sus críticos", otro de F. J. Eccles sobre "La Poesía Francesa contemporánea y Racine" y un tercero, del finado G. Tyrrel, sobre "El Elemento místico en la Religión". Dejaremos los dos últimos para nuestro próximo número, contentándonos con señalar rápidamente el primero.

El profesor Poulton es un darwinista de "vieille roche"; pertenece, si es lícito hablar así, á la estricta observancia darwiniana.

Para él la obra famosa sobre "El Origen de las Especies" es intangible. Quien no adopta todas sus conclusiones queda fuera de la iglesia de Darwin... El naturalista holandés De Vries, con su teoría de la "Mutación" es, en este artículo, condenado y excomulgado con toda solemnidad.

Poulton, después de refutar (ó de intentarlo siquiera) la teoría holandesa, llega á privar á De Vries del mérito de su descubrimiento...

¿Qué habrá de fundado en esas excomuniones?... Lo único que por ahora salta á la vista es que, si el "odio teológico" es violento, no lo va en zaga el odio científico...

OMER EMETH

LA QUE PASA

¿Quién eres tú, transeunte anónima, tú que pasas delante de mí con soberbia majestad; tú que luces el garbo de una sevillana unido á la gracia de una chilena?

Mujer bella: tú que pasas indiferente á mi lado, tú que llevas la vista vagorosa delante de tí, tú no lo sabes ni lo sabrás nunca, que has hecho tiritar el alma de un desconocido con quien te cruzas en la acera; no sabes que en tu presencia mi entusiasmo ha despertado, y repercute y vibra como el parche de un tambor tocando diana al amanecer de un día de batalla.

Pasas, te deslizas con la desfachatez atrevida de tu hermosura subyugante, con la insolente despreocupación que te consiente tu rostro de virgen morena y tu cuerpo de diosa pagana. Pasas, te deslizas... ¿dónde vas? ¿Quién sabe!

No me advertiste en mi pequeñez. Como un barco que cruzó la estela que otro dejó, crucé á tu lado. El halda de tu vestido me rozó; yo he aspirado el perfume que exhalas de tí y que te envuelve como un nimbo; algo tuyo me ha pertenecido por un instante, y sin embargo, no nos veremos más. Tú sigues la ruta que te ha marcado el destino y yo la mía.

¿Qué encontrarás tú en el sendero? la felicidad? el desconsuelo? Quién sabe!

Y á mí, ¿qué suerte me aguarda? No lo sé.

Y fuera desgracia, desgracia bien amarga, que desde allá de lo alto nosotros estuviéramos destinados el uno para el otro; que pasáramos un día rozándonos como un barco que cruza la estela que otro barco dejó, y que nunca mas volvamos á vernos....

G. LABARCA HUBERTSON.

Viña San Carlos

José Luis Coo

Agencia General: Huérfanos 957

Reservado. \$ 20 cajón

Pinot. " 15 "

Reservado blanco " 25 "

SELECTA

Revista Mensual
Trimestra

Editada por la
Empresa "Zig-Zag"

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

UN AÑO	\$ 10.00
SEIS MESES	5.50
NUMERO SUELTO	1.00



SIEMENS-SCHUCKERT L^{TD}

Valparaiso
BLANCO, 366 — — — CONDELL, 152
CASILLA, 1258

SUCURSALES

Concepción
COLO-COLO, 568

Santiago
AHUMADA, 89

Antofagasta
WASHINGTON ESQ. BAQUEDANO

ULTIMAS NOVEDADES
ARAÑAS, INSTALACIONES ELÉCTRICAS

<p>ESTUFAS BOMBAS PARA AGUA BOMBAS ASPIRADORAS DESINFECTADORAS DINAMOS</p>		<p>VENTILADORES TETERAS, CAFETERAS PLANCHAS ELÉCTRICAS LAMPARILLAS, TELÉFONOS MOTORES</p>
---	--	--

Cosme Vitagliano & C^a

Importadores de Casimires
Perú - Chile - Ecuador

Valparaiso *Santiago*
168, Victoria, 168 *III, Estado, III*

Siempre nuevos arribos.
Esta casa tiene las mas altas nove-
dades en Casimires Ingleses.
Constantemente enorme surtido.
Ventas per mayor y menor a precio sin compe-
tencia III, Estado, III
calle esquina Moneda.

La Malla Pouget
Ultima creacion de la Maison Pouget.

La Carroza Blanca estilo Luis XV, única en Chile, la
proporciona LA EMPRESA DE POMPAS FUNEBRES
"LA CONFIANZA", la que atiende mejor al público.

CALLE ESTADO, NUMERO 11

OLIVER

THE OLIVER
STANDARD VISIBLE WRITER
No. 3

BEST
EXTRA EXTRA
PATENT VENTILATOR

1862

LIEPERANTEN DES
K. U. K. ALLERHÖCHSTEN HOFES

UNICO AJENTE
F. A. BLECH WEGENER
SANTIAGO VALPARAISO

LOS TONGOS

HABIG

Son los preferidos de la sociedad

Unico Importador para Chile:

T. A. Blech Wegener

SANTIAGO Y VALPARAISO

NOTA: La casa tiene constantemente en venta toda clase de
ARTICULOS PARA CABALLEROS

PIANOS

Steinway & Sons, C. Bechstein, R. Ibach Sohn, C. Ronisch, Schiedmayer & Sohne, Gebr. Perzina, E. Rubinstein, J. Pfeiffer, P. Görs & Kallmann ::
Universalmente apreciados por su EXCELENTE VOZ Y GRAN DURACION

Existencia permanente de 250 Pianos á la
= VISTA EN NUESTROS ALMACENES EN VALPARAISO, SANTIAGO Y CONCEPCION =

C. KIRSINGER & Co.

Depósito en Santiago: ADOLFO CONRADO, Estado 375
Depósito en Concepción: ADOLFO STEGMANN

El mejor tocador automático de piano: LA FONOLA - LA CONTINENTAL. Máquina de Escribir. de escritura muy visible

Dra. Ernestina Perez ♦ ♦

Estudios en Europa. Consultas por la mañana
CALLE CATEDRAL, NUMERO 1155

Casa Grain Band

Importadora de

Gramófonos y Fonógrafos

de las principales
marcas del mundo.



Discos cantados
por los principales
artistas del mundo.

909, Huérfanos, 909

La Relojeria y Joyeria

de

José Huber y Cia

está a disposición del público.

323, Ahumada, 323
al lado del Hotel Ocho



Sastreria L. Correa

Recibe constantemente las
últimas novedades directamente
de Londres.

Especialidad en obras de lujo.

Catedral, 1285



Gran Sastreria Economica Italiana

Salvador Talabella

78, Ahumada, 78

La más acudida y conveniente
en Chile

Las Novedades Parisienses

Especialidad de Artículos para Señoras

- Taller para Vestidos a cargo de M. A. Kamiski
ex-cortador de las afamadas casas parisienas
Bechoff, David y Charv

Gran depósito de Alfombras de una pieza
y del afamado Suante Sublime; se devuelve
el valor de todo par que no resulte perfectamente
bueno. Torre Tamuló Estado esq. Pasaje Matte



... puede Ud decir que

donde Riddell
encontrarán el
mejor surtido para
Señoras, Caballeros
y Niños.

266, Estado, 266

Cosme Vitagliano y Cia

Importadores de Casimires

Perú - Chile - Ecuador

Valparaíso

168, Victoria, 168

Siempre nuevos arribos.

Esta casa tiene las más altas nove-
dades en Casimires Ingleses.

Constantemente enorme surtido.

Ventas por mayor y menor a precio sin compe-
tencia

III, Estado, III
casi esquina Moneda.



La Malla Pouget

Última creación de la Maison Pouget

"SELECTA"

Sumario del mes de Noviembre:

	Págs.
LA PINTURA MODERNA, Primavera de Amor, A. Seifert	244
HECHOS Y NOTAS, L. O. L.	245
PERSEGUIDO POR LOS LOBOS	246
LAS EXPEDICIONES AL POLO NORTE	247
CONVERSANDO SOBRE ARTE, Don Onofre Jarpa, R. Brunet	250
LA PESCA, cuadro de Sommers	251
DON MARCIAL MARTINEZ, semblanza	253
DON MARCIAL MARTINEZ, retrato de la Universidad de Yale	254
WANDA DE ZAREMBSKA, Angel C. Espejo	255
LAS ROSAS, Guy de Teramond	257
LA VUELTA, cuadro de C. Malis	258
EL NOVENARIO DE ANIMAS, Narciso Oller	259
LA DESPEDIDA DEL TORERO, cuadro de P. Salinas	261
VIDA DOMESTICA EN UN TEMPLO BUDHISTA, Ah-ne Shawe Devin	262
DEL DIARIO DE UN SENTIMENTAL, J. M. Peilaza	265
EL MAR y EN EL CAMPO, fotografias artísticas	266
LA PRIMAVERA DE LOS MUERTOS, trieromfa	267
MEMORIAS, S. Rusiñol	267
TEORIA DE LA VIDA PRACTICA, Jacobo Edén	268
CUANDO RENACE LA VIDA, cuadro de Rudolf	269
ROMA (páginas de un libro), B. Vicuña S.	270
EL PROFESOR RAFAEL ALTAMIRA, Mont-Calm ...	274
CLAUDIO ARRAU LEON, el Mozart Chileno, Antonio Orrego Barros	275
REVISTA DE REVISTAS, Omer Emeth	276

Inserción: PAISAJE CHILENO, de Onofre Jarpa



PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Un año.....	\$ 10.00
Seis meses.....	„ 5.50
Número suelto.....	„ 1.00



Dirección: TEATINOS 666, SANTIAGO



Apasionato di profum
trovo tra u più soardi
soavisimi quelli
della casa Bertelli
J. J. J. J. J.
Salparaiso

**TÉ
SANTA
FILOMENA**

TÉ
SANTA
FILOMENA

*El mejor de los
tés que se
conoce.*



TURINAMBA



I. Angulo del mostrador de la expendición de cafés y téés.—II. Vitrina de exposición.—III. Cabecera del mesón de degustación.

Bajo este nombre de origen portugués y adoptado por una de las primeras tribus que cultivaron el café en países tropicales, se ha instalado un artístico y caprichoso negocio en la calle Merced 830, para la expendición de cafés y téés en paquetes, con elegantes y prácticos envases.

Uno de los réclames que ha establecido esta casa, por cierto con muy buen criterio, por beneficiarse con ello el público, consiste en atraer la concurrencia á dicho negocio en la sección interior de degustación, que por el sólo precio de \$ 0.20 (menos del costo material) se puede servir el cliente té ó café preparado del que expende la casa, ya sea simple ó con leche, así como horchatas y helados de varias clases, con lo que persigue dar á conocer y acreditar sus téés y cafés, que forzosamente han de conquistarse el primer puesto de sus similares entre las personas de delicado paladar.

Las clases de café que expende esta casa, extra superior y sublime, se componen en absoluto de moka, caracolillo de Puerto Rico y yauco, los que en Europa consiguen las más altas cotizaciones, sin emplear por nada los del Brasil, considerados los inferiores en aquellos mercados y por cierto tan generalizados aquí. Además, su sistema empleado de torrefacción, que concentra el aroma, los hace aún más superiores.

Los téés, importados directamente de Ceylan y de selección especial, son adoptados por cuantas personas los prueban, por superar á las otras marcas, en igualdad de precio, por sus finas condiciones.

Aunque sólo sea para contemplar la elegante instalación, poco comunes por cierto en esta capital, merece la pena de visitarse este negocio, instalado casi frente al Teatro Santiago.

MUEBLES!

LOS MEJORES EN CALIDAD Y PRECIOS LOS HALLARÁ UD. EN LA

CASA BRESCIANI

47, ESTADO, 47

PASTILLAS ESTOMACALES
del DR. COMAS

Curación radical de las enfermedades del estómago, intestinos, hígado y riñones.—Se vende en todas las Droguerías y Boticas.

Agente por mayor:
P. PEREZ BARAHONA
Portal Fernandez Concha, 918. Casilla, 2146 Santiago

Unico importador para América, **DOMINGO FIGUERAS**, Santiago-Valparaíso.